

Historias del Norte y del Sur (II)

Erskine Caldwell

Traducción de Rebeca Bouvier

Prólogo de Jorge Ordaz



“No tengo ningún mensaje, no quiero probar nada, no quiero cambiar nada, solo quiero contar una historia” E. C.

Lectulandia

Desde la habitación de una fría pensión un hombre se siente involucrado en un dramático suceso que sucede en la habitación de al lado. Un sádico plantador blanco se divierte cortando las colas de los perros de sus pobres arrendatarios. Un cazador blanco prefiere seguir a su jauría de sabuesos antes que socorrer a otro cazador negro que ha caído en un pozo. El hambre insoportable es el desencadenante de la fatal reacción de un padre hacia su hija pequeña. Un joven enamorado espera que un sombrero nuevo le ayude a declararse a su amada. Una pareja de jóvenes casados recorre más de cuarenta millas para visitar la tumba de su hija muerta. Un exgobernador del estado trata de obtener un «anticipo» de la muchacha con la que dice querer casarse. Estos son algunas de las situaciones y personajes que pueblan las historias de este volumen de relatos de Erskine Caldwell.

Historias del Norte y del Sur (II) complementa el anterior volumen, publicado en esta misma colección, y nos muestra una selección de dieciséis de los mejores relatos cortos escritos por el autor de *El camino del tabaco* en los años 30 del pasado siglo, su período más creativo en lo que a este género literario se refiere. Los difíciles años de la Depresión en las plantaciones del profundo Sur, con sus aparceros empobrecidos y desesperanzados, víctimas de unas condiciones de trabajo vejatorias, constituyen el escenario principal de la mayoría de los relatos. En ellos encontramos al Caldwell más vigoroso e idiosincrásico, con los temas, ingredientes y tipos que caracterizan la sólida narrativa que le hiciera famoso: crudo realismo, situaciones violentas, ternura, sentido del humor y toques de lirismo.

Lectulandia

Erskine Caldwell

Historias del norte y del sur (II)

ePub r1.0

Titivillus 07.12.15

Título original: *Stories of Life North and South* (1930-1940)

Daughter, Maud Island, The Cold Winter, A Day's Wooing, Kneel to the Rising Sun, The Growing Season, The Negro in the Well, Return to Lavinia, A Small Day, Man and Woman, The Night my Old Man Came Home, Wild Flowers, Balm of Gilead, The People v. Abe Lathan, Colored, Big Buck, Handy

Erskine Caldwell, 1983

Traducción: Rebeca Bouvier

Diseño de cubierta: Eduard Serra

Imagen de cubierta: Obrero rural americano (1943). © Arthur Robinson / Bettman / CORBIS

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

HABÉIS VISTO SUS CARAS

Erskine Caldwell saltó a la fama tras la publicación de su primera novela larga *El camino del tabaco* (1932) y se consagró como escritor con *La parcela de Dios* (1933). Desde el punto de vista literario los años treinta fueron los más productivos para Caldwell. Además de novelas y libros de ensayos, en esta década publicó un centenar de cuentos o relatos cortos que afianzaron su prestigio como narrador.

Erskine Caldwell comenzó muy joven a escribir relatos. Él mismo lo cuenta en «Sobre el modo de establecerse como escritor de ficción», texto introductorio a su autobiografía *Call It Experience*, incluido en el volumen anterior, *Historias del Norte y del Sur (I)*. A mediados de los años veinte, cuando estudiaba en la universidad de Virginia, y más tarde mientras trabajaba como redactor en el *Atlanta Journal*, llegó a escribir decenas de relatos que fue mandando sin éxito a revistas y periódicos. No fue sino hasta 1929 cuando su suerte cambió de signo y algunas revistas comenzaron a interesarse por sus cuentos. El momento clave, sin embargo, llegaría aquel mismo año cuando el influyente Maxwell Perkins, editor jefe de la potente editorial Charles Scribner's Sons e impulsor de las carreras literarias de Francis Scott Fitzgerald, Ernest Hemingway y Thomas Wolfe, entre otros, aceptó varios relatos suyos para su publicación en el *magazine* de la casa.

Caldwell tenía su propia concepción de lo que debía ser un relato corto: «Cuando escribía intentaba que los sentimientos fueran intensos, ponderando su efecto emocional en cierto equilibrio intenso. Si una historia me resultaba atractiva a pesar de no ajustarse al estilo tradicional, me sentía sumamente satisfecho del resultado. Esperaba que con el tiempo los demás —incluidos los editores— aceptaran que esa era la única manera posible de que aquella historia en concreto debía ser escrita, ya fuera por mí o por cualquiera, para producir la sensación que producía». Y en cuanto a contenido y forma: «Igualmente importante era mi convicción de que el contenido del relato era de mayor importancia —para la eficacia imperecedera de la ficción— que el estilo en que era escrito. El contenido —las cosas de la vida que uno explicaba, los pensamientos y aspiraciones de hombres y mujeres de todas partes, la calidad verdaderamente natural de los personajes de ficción que jamás vivieron en la tierra, pero que creaban la ilusión de ser personas reales— era la materia básica de la ficción».

De acuerdo con estas premisas, Caldwell fue moldeando sus personajes de ficción a partir de la recopilación y observación de hombres y mujeres reales. En los años treinta, en plena Depresión, recorrió las poblaciones rurales de Georgia —su estado natal— y de otros estados del sur, una zona especialmente castigada por la crisis económica. Las miserables condiciones de vida de los trabajadores, en especial de los *sharecroppers* o aparceros —que más tarde recogería en los libros *Tenant Farmers* (1935) y *You Have Seen Their Faces* (1937), con fotografías de Margaret Bourke-White, su futura esposa— le impresionaron sobremanera y serían objeto de

plasmación en muchas de las narraciones de esta época. Cuando algunos críticos calificaron de exagerados a determinados personajes o de improbables ciertas tramas de sus relatos, Caldwell solía contestar que se limitaba a plasmar la realidad y que esta era mucho más dura de lo que la mayoría de la gente, desconocedora de la situación real del Sur, podía imaginar. En este sentido puede afirmarse que ningún otro escritor sureño de estos años ha descrito de forma tan directa y fehaciente la penosa vida cotidiana de muchos de sus paisanos, lo que en su día le valió no pocos ataques y descalificaciones. «Las masas del Sur —dejó escrito en un artículo de 1931— siempre han estado mal alimentadas, faltas de educación y sin un portavoz». Y Erskine Caldwell se propuso ser su voz.

Los dieciséis relatos incluidos en *Historias del Norte y del Sur (II)* completan la antología de los mejores relatos cortos de Erskine Caldwell escritos entre 1930 y 1940 —su período más creativo en este género literario— y publicados en revistas de gran tirada como *The New Yorker*, *Squire* o *The Atlantic Monthly*, pero también en otras de ámbito más restringido como *Brooklyn Tagle* o la proletaria *Anvil*. Algunos de ellos serían reunidos por el autor en sus colecciones *Kneel to the Rising Sun and Other Stories* (1935) y *Southways* (1938).

La mayoría de relatos tienen por escenario el Sur y retratan con crudo realismo las desigualdades sociales, los conflictos de clase y la discriminación racial. Sus protagonistas son hombres y mujeres que sobreviven a duras penas como arrendatarios en los depauperados campos de algodón, víctimas tanto de draconianas servidumbres económicas como del maltrato y la falta de escrúpulos de los terratenientes. Son gentes desposeídas, sin esperanza y con las caras afiladas por el hambre, «lo bastante —como escribe Caldwell en un relato aquí incluido— como para rajarse su propia tumba».

El racismo manifiesto o subyacente, acompañado de la injusticia social, se erige como fuente de tensión en relatos como «El Pueblo contra Abe Lathan, de color» o «El negro en el pozo», en el que el autor ubica a dos cazadores de forma simbólica: el blanco arriba, en el suelo, y el negro abajo, en el pozo. Situaciones extremas, de fuerte carga dramática, son descritas en contundentes relatos como «La hija» o «Temporada de cultivo», cuyos motivos desencadenantes son el hambre y el miedo a la pérdida de una cosecha. Jóvenes parejas de casados, desahuciados y al borde de la inanición, protagonizan dos de las historias más desoladoras y tristes, «Hombre y mujer» y «Flores silvestres», en las que también se refleja la insolidaridad que suele aparecer en tiempos de carestía. También asoman otros temas y tratamientos. En «Maud Island», Caldwell regresa a uno de sus asuntos favoritos, la falsa religiosidad que encubre la picaresca de muchos ocasionales «predicadores»; y en «Lavinia» recurre a un tema ya transitado en relatos precedentes: la percepción entre los hombres blancos de que las mujeres negras son más pasionales. El humor agrídulce y el tono de tragicomedia, hacen asimismo acto de presencia en algunos relatos, como en «Un día insignificante» —un ataque entre serio y cómico a la arrogancia

masculina—, «Buck, el grande» o «La noche en que regresó mi viejo».

Seguramente, el relato en el que mejor se compendia la «intensidad de sentimiento» sea «Arrodillado al amanecer», el más largo y uno de los más logrados, que en su día fue rechazado por *Harper's Magazine* porque al parecer a un editor, que decía saberlo todo acerca de los aparceros sureños, le pareció «demasiado cruel y sádico». Aquí percibimos violencia y horror, injusticia y discriminación, pero también compasión, ternura y dignidad. Una combinación de las mejores cualidades narrativas y estilísticas que hicieron famoso a Erskine Caldwell y por las que merece la pena ser leído.

Jorge Ordaz
Enero de 2010

HISTORIAS DEL NORTE Y DEL SUR (II)

LA HIJA

Un negro que iba de camino a dar de comer a las mulas había ido a avisar al amanecer al coronel Henry Maxwell, y este había llamado al *sheriff*. El *sheriff* se llevó a Jim a empujones al pueblo y lo encerró en una celda. Luego se fue a casa y tomó su desayuno.

Jim dio vueltas en la celda vacía mientras se abotonaba la camisa. Luego se sentó en la litera y se ató los cordones de los zapatos. Todo había ocurrido tan rápido esa mañana que no había tenido siquiera tiempo de beber un vaso de agua. Se levantó y se dirigió a la puerta donde había un cubo de agua, pero el *sheriff* se había olvidado de llenarlo.

Para entonces ya había varios hombres reunidos en el patio de la cárcel. Jim se dirigió a la ventana y miró afuera cuando los oyó hablar. Justo entonces llegó otro automóvil del que salieron seis o siete hombres. Otros estaban acercándose a la cárcel desde ambas direcciones de la calle.

—¿Qué ha pasado en tu casa esta mañana, Jim? —preguntó alguien.

Jim metió la barbilla entre las rejas y miró las caras de la multitud. Sabía que estaban todos allá afuera.

Mientras reflexionaba sobre cómo todos en el pueblo se habían enterado de que estaba en la cárcel, alguien más se dirigió a él.

—Debe de haber sido un accidente, ¿no, Jim?

Un muchacho de color que transportaba una carga de algodón a la alijadora subió por la calle. Cuando el carro llegó enfrente de la cárcel el muchacho fustigó a las mulas con las riendas y las hizo trotar.

—No me gustaría que el Estado te culpara, Jim —dijo alguien.

El *sheriff* se acercó caminando calle abajo. En la mano llevaba una fiambarrera de hojalata que movía de un lado a otro. Se abrió paso a empujones entre la muchedumbre, abrió la puerta y dejó la fiambarrera dentro.

Varios hombres se acercaron por detrás del *sheriff* y miraron por encima de su hombro adentro de la celda.

—Aquí tienes el desayuno que mi esposa te ha preparado, Jim. Será mejor que comas algo, hijo.

Jim miró la fiambarrera, al *sheriff*, la puerta abierta y movió negativamente la cabeza.

—No tengo hambre —dijo—. Pero mi hija tenía hambre... mucha hambre.

El *sheriff* caminó hacia la puerta sin darle la espalda a Jim y con la mano en la culata de su pistola. Anduvo tan rápido que tropezó con los pies de los hombres que tenía detrás.

—Venga, no seas descuidado, Jim —dijo—. Siéntate y cálmate.

Cerró la puerta con llave. Después de dar unos pasos en dirección a la calle se detuvo y miró la recámara de su pistola para asegurarse de que estuviera cargada.

La muchedumbre al otro lado de la ventana avanzó un poco. Algunos de los hombres dieron golpes en las rejas hasta que Jim se acercó y miró afuera. Cuando los vio metió la barbilla entre las rejas y agarró las barras de hierro con las manos.

—¿Cómo ha pasado? —preguntó alguien—. Ha sido un accidente, ¿verdad, Jim?

La cara larga y delgada de Jim parecía que fuera a colarse por entre las barras. El *sheriff* se acercó a la ventana para cerciorarse de que todo estuviera en orden.

—Cálmate, Jim, hijo —dijo.

El hombre que le había preguntado a Jim lo que había pasado apartó al *sheriff* de un codazo. Los otros hombres se acercaron a empujones.

—¿Cómo ha sucedido, Jim? —dijo el hombre—. ¿Ha sido un accidente?

—No —respondió Jim mientras retorció los dedos en las barras—. Cogí mi escopeta y lo hice.

El *sheriff* se abrió paso de nuevo hasta la ventana.

—Venga, Jim, explícanos lo que ha ocurrido.

Jim forzó la cara entre las barras hasta que pareció que únicamente las orejas fueran a impedir que su cabeza las atravesara.

—Mi niña me ha dicho que tenía hambre y yo ya no he podido soportarlo más. Ya no he podido soportar más el oírsele decir.

—No te excites, Jim —dijo el *sheriff*, logrando abrirse paso un momento, y al otro siendo empujado atrás.

—Se ha despertado en mitad de la noche otra vez y me ha dicho que tenía hambre. Ya no he podido soportar más el oírsele decir.

Alguien se abrió paso entre la muchedumbre y llegó a la ventana.

—Pero Jim, podrías haber venido a pedirme algo de comer. Sabes perfectamente que te hubiera dado todo lo que tengo.

—No habría sido correcto —dijo Jim—. He estado trabajando durante todo el año y he producido lo suficiente para dar de comer a toda mi familia.

Se detuvo y miró las caras que había al otro lado de la ventana.

—He producido lo suficiente con mi trabajo, pero han venido y me lo han quitado todo. No podía ir por ahí mendigando después de que hubiera producido lo suficiente para mantenernos. Simplemente han venido y se lo han llevado todo. Entonces mi hija se ha despertado de nuevo esta mañana diciendo que tenía hambre y ya no he podido soportarlo más.

—Será mejor que vayas a sentarte a la litera, Jim —dijo el *sheriff*.

—No me parece bien disparar a una niña pequeña de esta manera —dijo alguien.

—Mi niña me ha dicho que tenía hambre —dijo Jim—. Lo ha estado diciendo durante todo este último mes. Mi hija se despertaba en mitad de la noche y lo decía. Simplemente ya no he podido soportarlo más.

—Deberías haberla enviado a mi casa, Jim. Mi mujer y yo podríamos haberle dado algo de comer. No me parece bien disparar a una niña pequeña de esta manera.

—He cosechado suficiente para todos —dijo Jim—. Simplemente ya no he

podido soportarlo más. Mi hija ha pasado hambre todo este último mes.

—Tranquilízate, Jim —dijo el *sheriff* intentando abrirse paso.

La muchedumbre se balanceaba de un lado al otro.

—Entonces, esta mañana ¿has cogido la escopeta y le has disparado? —preguntó alguien.

—Cuando se ha despertado esta mañana y ha dicho que tenía hambre sencillamente no he podido soportarlo más.

La muchedumbre empujaba más. Venían hombres desde todas las direcciones y aquellos que llegaban se abrían paso a empujones para oír lo que Jim explicaba.

—El Estado te condenará, Jim —dijo alguien—, pero de alguna manera no me parece bien.

—No puedo evitarlo —dijo Jim—. Mi hija ha vuelto a despertarse así esta mañana.

El patio de la cárcel, la calle, y el solar vacío del otro lado estaban llenos de hombres y muchachos. Todos intentaban abrirse paso para poder oír a Jim. La noticia de que Jim Carlisle había disparado y matado a su hija Clara de ocho años ya había corrido por todo el pueblo.

—¿Para quién es aparcerero Jim? —preguntó alguien.

—Para el coronel Henry Maxwell —gritó un hombre entre la muchedumbre—. El coronel Henry Maxwell ha tenido a Jim de aparcerero durante nueve o diez años.

—Henry Maxwell no tenía ningún derecho a ir y llevarse todo. Él tiene de sobras. No es justo que Henry Maxwell venga y se lleve la parte de Jim.

El *sheriff* se volvió a abrir paso a empujones.

—Ahora el Estado te culpará, Jim —dijo alguien—. Pero de alguna manera no me parece justo.

El *sheriff* avanzó a empujones y logró acercarse.

Un hombre alejó al *sheriff* de un empujón.

—¿Por qué ha ido Henry Maxwell y te ha quitado tu parte de la cosecha, Jim?

—Dijo que se la debía porque una de sus mulas murió el mes pasado.

El *sheriff* llegó a la ventana enrejada.

—Ahora deberías ir a sentarte a la litera, Jim, hijo —dijo—. Sácate los zapatos y échate un rato, Jim.

El *sheriff* fue apartado a codazos.

—¿Tú no mataste a la mula, verdad, Jim?

—La mula cayó muerta en el granero —dijo Jim—. Ni siquiera estaba cerca. Simplemente cayó muerta.

La muchedumbre empujaba con más fuerza. Los hombres que estaban en primera línea eran aplastados contra la pared de la cárcel y los que estaban detrás intentaban acercarse para poder oír. Los del medio estaban apretujados unos contra otros y no se podían mover. Todos hablaban cada vez más alto.

Jim apretaba la cara entre las barras y sus dedos agarraban el hierro con tal fuerza

que los nudillos se le quedaban blancos.

La gente de la fábrica de algodón cruzó la calle hacia el solar vacío. Alguien gritó y se subió a un automóvil y empezó a blasfemar a pleno pulmón.

Un hombre de entre la muchedumbre se abrió paso a golpes y se dirigió a su automóvil. Entró en el vehículo y se alejó.

Jim seguía agarrado a las barras y mirando por la ventana. El *sheriff* estaba de espaldas a la muchedumbre y le decía algo a Jim. Jim no pudo oírle.

Un hombre que iba de camino a la alijadora con una carga de algodón se detuvo para ver lo que pasaba. Miró a la gente que había en el solar y luego se dio la vuelta y vio a Jim tras las rejas. Los gritos al otro lado de la calle eran cada vez más fuertes.

—¿Cuál es el problema, Jim?

Alguien del otro lado de la calle se acercó al carro, puso el pie en el radio de una rueda y miró al hombre que estaba sentado encima del algodón.

—Mi hija se ha despertado esta mañana y me ha dicho otra vez que tenía hambre —dijo Jim.

El *sheriff* fue la única persona que lo oyó.

El hombre sentado encima de la carga de algodón saltó al suelo, ató las riendas a la rueda del carro y se abrió paso entre la muchedumbre hasta el coche de donde procedían los gritos e insultos. Después de escuchar durante un rato volvió a la calle, llamó a un negro que estaba con otros en una esquina y le dio las riendas. El negro se llevó el carro a la alijadora y el hombre regresó adonde estaba la muchedumbre.

Justo entonces el hombre que se había alejado en su coche regresó. Estuvo unos instantes sentado tras el volante y luego saltó al suelo. Abrió la puerta trasera y sacó una palanca tan larga como alto era él.

—Abre la puerta de esa celda y deja salir a Jim —dijo alguien—. No está bien tenerlo ahí.

La muchedumbre que había en el solar volvía a moverse. El hombre que había estado de pie encima del automóvil saltó al suelo. Los hombres cruzaron la calle en dirección a la cárcel.

El primero en llegar arrancó la palanca de seis pies de la tierra blanda donde había sido clavada.

El *sheriff* se alejó.

—Ahora tranquilízate, Jim —dijo.

Se dio la vuelta y empezó a caminar rápidamente calle arriba, hacia su casa.

MAUD ISLAND

Tío Marvin estaba preocupado. Se levantó del tronco y se dirigió al río.

—No me gusta la pinta que tiene, muchachos —dijo sacándose bruscamente el sombrero y enjugándose el sudor.

La casa flotante avanzaba a la deriva corriente abajo a unas tres millas por hora. Un hombre con sombrero de paja y camiseta sin mangas estaba intentando impulsarla hacia la orilla con un palo. Llevaba pantalones de algodón que al descolorarse habían pasado de marrón oscuro a un color claro.

—No tiene buena pinta —dijo tío Marvin volviéndose hacia mí y hacia Jim—. No me gusta nada su aspecto.

—Quizás se hayan perdido, tío Marvin —dijo Jim—. Quizás solo se paren para preguntar dónde están y luego sigan su camino.

—No creo, hijo —dijo moviendo negativamente la cabeza y secándose el sudor de la cara—. Tiene muy mala pinta. Desde que tengo uso de razón, este tipo de casa flotante no sale a navegar por ninguna buena razón.

En el lado de estribor había una cuerda de la que tendían seis o siete piezas de ropa que ondeaban al viento.

—Hijo, esto tiene muy mala pinta —repitió mirándome.

Caminamos por el cieno hacia el río y esperamos a ver lo que iba a hacer la casa flotante. Tío Marvin sacó su rollo de tabaco de mascar y cortó un pedazo con la navaja. La balsa se estaba acercando a la orilla y el hombre con el palo estaba intentando hacerla varar antes de que la corriente la atrapara y se la llevara hacia el cauce medio. Cerca de la popa había una lancha colocada de lado y en ella había una sirga que había sido utilizada para moverse corriente arriba.

Cuando la casa flotante estuvo lo suficientemente cerca, tío Marvin le gritó al hombre que la impulsaba.

—¿Cómo se llama y qué hace aquí? —preguntó ásperamente, tratando de espantar al hombre para que se alejara de la isla.

En vez de responder, el hombre nos lanzó un cabo. Jim lo recogió y empezó a tirar de él, pero tío Marvin le dijo que lo soltara. Jim lo hizo y la parte central del cabo se hundió en el agua amarilla.

—¿Por qué habéis soltado el cabo? —preguntó el hombre de la balsa—. ¿Qué os pasa?

Tío Marvin escupió jugo de tabaco y le lanzó una mirada hostil. La casa flotante estaba a punto de entrar en la playa.

—Me llamo Graham —dijo el hombre—. ¿Cómo se llama?

—No es asunto suyo —gritó tío Marvin—. Llévese esta balsa de aquí.

La casa flotante empezó a encallarse. Graham soltó el cabo en la cubierta y corrió y saltó al suelo de cieno. Mientras tiraba del cabo para sacarlo del agua llamó a alguien que estaba dentro de la casa.

La popa viró en la estela de la corriente. Jim me agarró por el brazo y me indicó las letras borrosas en la barca. Ponía *Mary Jane*, y debajo *St. Louis*.

Mientras nos quedamos observando como el hombre tiraba del cabo, dos muchachas salieron a cubierta y nos miraron. Eran muy jóvenes. No parecía que tuvieran más de dieciocho o diecinueve años. Cuando vieron a tío Marvin lo saludaron con la mano y empezaron a coger cajas y fardos para descargarlos.

—No pueden atracar esta barcucha en esta isla —dijo tío Marvin en tono amenazador—. Será mejor que no descarguen nada de eso porque tendrán que volver a cargarlo. Ninguna barcucha puede amarrar aquí.

Una de las muchachas se apoyó en la barandilla y miró a tío Marvin.

—¿Es esta isla suya, capitán? —le preguntó.

Tío Marvin no era capitán. Ni siquiera tenía aspecto de capitán. Él era el tipo de hombre que uno ve sembrando algodón en las empinadas laderas de más allá de Reelfoot Lake. Tío Marvin nos miró a Jim y a mí durante un instante, dio una patada a una raíz retorcida del suelo y volvió a mirar a la muchacha.

—No —dijo simulando estar enfadado con ella—. No es mía ni tampoco pretendo ser el amo de nada a lo largo del Mississippi, a este lado del acantilado.

La otra muchacha se acercó y se inclinó sobre la barandilla sonriendo a tío Marvin.

—¿Se está escondiendo, capitán? —preguntó.

Tío Marvin se comportaba como si quisiera decirle algo, pero no lo hacía porque Jim y yo estábamos delante. Negó con la cabeza.

Graham empezó a descargar las cajas y fardos. Tanto Jim como yo queríamos ayudarle para poder subir a la casa flotante, pero sabíamos que tío Marvin nunca nos lo permitiría. La barca había embarrancado en el lodo, y Graham la había amarrado atando un cabo alrededor de un ciprés joven.

Cuando terminó se acercó a nosotros y ofreció la mano a tío Marvin. Este miró la mano de Graham, pero no se la estrechó.

—Me llamo Harry Graham —dijo—. Vengo de río arriba, de Caruthersville. ¿Cómo se llama?

—Hutchins —dijo tío Marvin mirándole directamente a los ojos—, y no me estoy escondiendo.

Las dos muchachas, una morena y otra rubia, estaban llevando sus cosas al otro lado de la isla, pasado el cenagal. La isla solo tenía doscientos o trescientos pies de ancho, pero tenía casi media milla de largo. Había sido un banco de arena, pero ahora estaba llena de árboles y arbustos. El Mississippi estaba en el lado oeste y en el lado este estaba el cenagal que parecía no tener fondo. Los acantilados de la orilla del Tennessee estaban a tan solo media milla en esa dirección.

—Hemos venido a hacer una pequeña excursión durante el fin de semana —dijo Graham—. Las chicas pensaron que les gustaría venir al río y acampar en una isla durante unos días.

—¿Cuál es su esposa? —preguntó tío Marvin.

Durante un minuto Graham miró a tío Marvin con aire sorprendido. Después se rio un poco y empezó a dar patadas al suelo con la punta del zapato.

—No he entendido bien lo que me ha preguntado —dijo.

—Le he preguntado cuál de ellas es su esposa.

—Bueno, a decir verdad, ninguna. Son solo amigas mías y hemos pensado que sería bonito hacer una excursión por el río durante unos días y luego volver. Eso es todo.

—Son suficientemente mayores como para estar casadas —dijo tío Marvin haciendo un gesto con la cabeza en dirección a las muchachas.

—Quizás —dijo Graham—. Venga y se las presentaré. Las dos son de Evansville. Solía trabajar en Indiana y las conocí allí. También allí me compré esta casa flotante. La lancha ya la tenía.

Tío Marvin miró las letras que formaban las palabras *Mary Jane* y pronunció *St. Louis* en voz baja.

—Un poco de diversión durante el fin de semana —dijo Graham sonriendo—. A las chicas les gusta el río.

Tío Marvin nos miró a Jim y a mí. Inclino la cabeza a un lado y nos indicó que nos fuéramos. Caminamos hasta la orilla donde el *Mary Jane* estaba amarrado y aun así pudimos oír lo que decían. Al cabo de un rato tío Marvin estrechó la mano de Graham y caminó por la orilla hacia nuestro esquife.

—Vamos, tú y Milt —dijo—. Es hora de volver a mirar el sedal.

Alcanzamos a tío Marvin y todos nos dirigimos al esquife. Jim y yo pusimos los remos en los escálamos. Tío Marvin se dio la vuelta para poder ver a la gente. Graham estaba llevando las pesadas cajas a un claro y las dos muchachas estaban deshaciendo los fardos y abriéndolos en el suelo para que se ventilaran.

Jim y yo remamos hasta la boca del arroyo y tiramos del cabo. Tío Marvin sacó la caja de cebo y empezó a levantar los anzuelos y coger los bagres. Cada vez que encontraba un anzuelo con pesca, sacaba el bagre, escupía por encima del hombro izquierdo, soltaba el pescado en el cubo y ponía un nuevo cebo.

Esa mañana no había demasiada pesca. Después de remar a lo largo de todo el cabo —casi hasta la corriente que había en medio de la boca del arroyo, donde estaba el extremo del cabo que había sido atado a un ciprés que salía del agua— tío Marvin tiró el resto del cebo por la borda y nos dijo que diéramos la vuelta y remáramos de regreso a Maud Island.

Tío Marvin era predicador. A veces predicaba en la escuela que había cerca de donde vivía, y a veces predicaba en casas particulares. Nunca había sido ordenado ni había estudiado para clérigo. Tampoco era miembro de ninguna iglesia. Pero, creía en el acto de rezar y nunca dejó que su falta de formación le impidiera pronunciar un sermón siempre que se le ofrecía la oportunidad. En tierra firme, la gente lo llamaba pastor Marvin. No solo por el hecho de que fuera un predicador, sino porque tenía

pinta de serlo. Esa era una de las razones por las que había empezado a predicar. La gente cogió la costumbre de llamarlo pastor Marvin y antes de cumplir los cuarenta había decidido que la clerecía era su vocación. De todas formas nunca había sido un buen granjero. Mucha gente lo decía.

Nuestro campamento en Maud Island era el único a lo largo de diez o quince millas del río. La isla estaba a tan solo media milla de la orilla, donde estaba nuestro hogar en Tennessee. Durante el verano tío Marvin nos traía aquí cinco o seis veces a pasar el fin de semana. Cuando íbamos y veníamos de tierra firme a la isla, teníamos que hacer una gran vuelta, casi dos millas adicionales, para no entrar en el cenagal. Este consistía en una masa de lodo amarillo, árboles podridos y cualquier barco que quedara atrapado. Era casi imposible atravesarlo, tanto a pie como en una barca de fondo plano, así que nos manteníamos lo más alejados posible. A veces alguna mula o vaca accedían al cenagal desde tierra firme con la intención de llegar a la isla, pero no llegaban muy lejos y desaparecían en el fondo. El cenagal se las tragaba y se cerraba por encima de ellas como si se tratara de arenas movedizas.

No obstante, Maud Island era un buen lugar para acampar. Era el punto más alto a lo largo del río en diez o quince millas y apenas había peligro de que se inundara cuando la marea cubría todo lo demás. Cuando el río subía a cuarenta pies, no obstante, el agua cubría la isla como todo lo demás, desde los acantilados de Tennessee a las tierras altas de Missouri, separadas siete u ocho millas.

Cuando regresamos de poner cebo en los sedales, tío Marvin nos dijo que preparáramos una hoguera mientras él limpiaba el pescado capturado y lo cortaba para freírlo. Jim salió a buscar leña mientras yo soplaba las brasas. Jim trajo la leña y preparó la hoguera. Yo estuve vigilando el cubo lleno de agua que pendía encima de las llamas hasta que tío Marvin pudiera preparar el café.

A mitad de la tarde tío Marvin se despertó de la siesta y dijo que hacía demasiado calor para seguir durmiendo. Nos quedamos sentados durante diez o quince minutos sin decir nada. Al cabo de un rato tío Marvin se levantó y dijo que se iba al otro campamento a ver qué tal les iba a la gente de Caruthersville, o Evansville o de donde fuera que hubieran venido.

Jim y yo nos levantamos para acompañarlo, pero él movió la cabeza negativamente y nos dijo que nos quedáramos. No pudimos evitar sentir que había algo raro en eso, porque tío Marvin siempre nos llevaba allá adonde fuera cuando acampábamos en Maud Island. Cuando Jim mencionó de nuevo algo sobre acompañarlo, tío Marvin se excitó y nos dijo que le obedeciéramos o nos arrepentiríamos.

—Vosotros quedaos aquí y descansad —dijo—. Antes de mezclarnos con ellos he de averiguar qué tipo de gente son. Proceden de más arriba y no podremos saber cómo son hasta que no los conozca. Vosotros quedaos aquí y descansad hasta que vuelva.

Cuando se hubo ido nos levantamos y seguimos el camino entre la maleza seca

hasta el otro campamento. Jim no dejaba de decirme que me diera prisa para que no nos perdiéramos nada, pero yo tenía miedo de hacer demasiado ruido y de que tío Marvin nos oyera, volviera y nos pescara mirando.

—Tío Marvin no les ha dicho que es predicador —dijo Jim—. Esas muchachas creen que es capitán y apuesto lo que quieras a que él quiere que lo sigan creyendo.

—No tiene pinta de capitán. Tiene pinta de predicador. Esas chicas lo decían para divertirse.

—La morena parecía loca por tío Marvin —dijo Jim—. Me he dado cuenta.

—Esa es Jean —dije.

—¿Cómo sabes sus nombres?

—¿No has oído a Graham hablar con ellas mientras sacaban las cosas de la casa flotante?

—Quizás —dijo Jim.

—Llamó a esa Jean y a la rubia Marge.

Jim se agachó y miró entre los arbustos.

—Tío Marvin no está enfadado con ellos por venir a acampar aquí —dijo.

—¿Cómo sabes que no lo está? —le pregunté.

—Lo sé por la manera en que está actuando ahora.

—¿Acaso no le dijo a Graham que sacara la casa flotante de aquí?

—Claro, antes —susurró Jim—, pero eso ha sido antes de que salieran las dos muchachas y se apoyaran contra la barandilla y hablaran con él. Después de verlas ya no trato de impedir que Graham atracara, ¿no es verdad?

Nos habíamos arrastrado lo más cerca posible y a cincuenta pies de distancia podíamos ver todo lo que estaba sucediendo en el campamento de Graham. Cuando tío Marvin se acercó a ellos, Graham estaba sentado en un tronco de ciprés tratando de desenredar un sedal y las dos muchachas estaban echadas en unas hamacas que habían atado entre los árboles. No podíamos ver bien a ninguna de las dos porque los lados de las hamacas las tapaban, pero el sol brillaba en el claro y era fácil verlas cuando se movían o levantaban los brazos.

Había cinco o seis cajas de bebidas apiladas junto a uno de los árboles donde estaban atadas las hamacas. Varias botellas ya habían sido abiertas y tiradas al suelo vacías. Graham tenía una botella de cerveza junto a él en el suelo y de vez en cuando paraba de pelearse con el sedal, cogía la botella y daba varios tragos. La morena, Jean, tenía una botella medio llena en una mano y Marge lanzó una vacía al aire, por encima de su cabeza. Daba la impresión de que todos lo estaban pasando estupendamente.

Ninguno vio a tío Marvin hasta que llegó al claro. Graham estaba ocupado jugueteando con el sedal enredado y tío Marvin se detuvo y los miró a los tres durante casi un minuto antes de que se dieran cuenta de su presencia.

—Te apuesto lo que quieras a que tío Marvin coge una botella —dijo Jim—. ¿Qué te apuestas?

—Los predicadores no beben cerveza, ¿verdad?

—Tío Marvin beberá, te apuesto lo que quieras —dijo Jim—. Ya conoces a tío Marvin.

Justo entonces Graham levantó la cabeza y vio a tío Marvin a apenas diez pies de distancia. Graham se levantó de un salto y le dijo algo. Era divertido verlos porque tío Marvin no estaba mirando a Graham. Su cabeza estaba girada en otra dirección en todo momento, mirando hacia las hamacas donde estaban echadas las muchachas. No podía apartar sus ojos de ellas para mirar a Graham. Graham seguía hablando, pero tío Marvin actuaba como si estuviera demasiado lejos para oírle, como al otro lado del río.

Jean y Marge levantaron los lados de las hamacas, pero eso no hizo que tío Marvin dejara de mirarlas. Esbozó un principio de sonrisa, pero en lugar de ello su cara se puso toda roja.

Graham cogió una botella y se la ofreció a tío Marvin. Él la cogió sin tan siquiera mirarla y la sostuvo delante de él como si no supiera qué hacía en su mano. Cuando Graham vio que no estaba haciendo ningún esfuerzo por abrirla, la cogió de nuevo, se la llevó a la boca y la abrió con los dientes con tanta facilidad como si lo hubiera hecho con un abridor.

La espuma empezó a borbotar. Entonces tío Marvin se metió el cuello de la botella en la boca y le dio la vuelta. La espuma que se le había quedado en la mano antes de meterse la botella en la boca le caía por la parte delantera de la camisa y le estaba dejando una mancha oscura en la tela azul.

Jean se asomó por el borde de la hamaca y alargó la mano para coger otra botella del suelo. La abrió con un abridor y se volvió a echar.

—¿Has visto eso, Milt? —susurró Jim apretándome el brazo. Silbó bajito entre dientes.

—He visto un montón —dije.

—No sabía que las chicas hicieran eso donde todo el mundo las pudiera ver —dijo.

—Son de más arriba —le dije—. Graham ha dicho que son de Evansville.

—Eso no importa —dijo Jim negando con la cabeza—. Son muchachas, ¿no? ¿Quién ha visto a muchachas desnudas en hamacas? Yo sé que nunca las he visto.

—Y yo te aseguro que tampoco —le dije.

Tío Marvin se había ido al árbol que había junto a una de las hamacas y estaba ahí, de pie, apoyado, con la botella vacía en la mano y mirándolas directamente.

Graham estaba intentando hablar con él, pero tío Marvin no prestaba atención a lo que fuera que Graham le estuviera diciendo. Jean había soltado los lados de la hamaca y Marge también, y estaban riendo y tratando de hacer que tío Marvin dijera algo. La boca de tío Marvin estaba totalmente abierta, pero su cara ya no estaba roja.

—¿Por qué no les dice que es un predicador? —le pregunté a Jim dándole un golpe con el codo.

—Quizás se lo diga dentro de un rato —dijo Jim poniéndose de puntillas para tratar de ver mejor a través de la maleza.

—A mí me parece que no se lo va a decir —dije—. En cualquier caso no cambiaría nada, porque tío Marvin tampoco es un predicador de verdad. Solo predica cuando tiene ganas.

—Eso no importa —dijo Jim.

—¿Por qué?

—Sencillamente no importa.

—Pero él se hace llamar predicador.

—No tiene porqué ser predicador ahora si no quiere. Si les dijera que es un predicador se levantarían de un salto y se esconderían de él.

Tío Marvin seguía de pie junto al árbol mirando a la muchacha morena y Graham estaba a su lado con aspecto de no saber qué hacer.

Entonces tío Marvin se puso alerta y movió la cabeza en todas direcciones, tratando de reconocer sonidos. Miró en nuestra dirección, pero no nos pudo ver. Jim se tiró al suelo y yo me puse detrás de él.

Los otros tres reían y hablaban, pero no tío Marvin. Él los miró un rato más y entonces alargó la mano hacia la caja de más arriba junto al ciprés y sacó otra botella. Graham se ofreció a abrirla, pero tío Marvin la abrió con sus dientes. Enseguida empezó a salir espuma y antes de que se vaciara, tío Marvin levantó la botella y se puso a beber.

Cuando la botella estuvo vacía se secó la boca con el dorso de la mano y dio tres o cuatro pasos hacia la hamaca de la muchacha morena. Jean levantó las piernas y se tapó con los lados de la hamaca. La otra muchacha se incorporó para ver a tío Marvin.

De repente se detuvo y miró hacia nuestro campamento, al otro lado de la isla. No se oía nada en ningún lado, excepto los sonidos de succión de la ciénaga y los golpes del agua contra los lados de la casa flotante. Escuchó unos instantes, inclinando la cabeza como un perro a punto de saltar sobre un conejo, y entonces empezó a correr en dirección al campamento. Jim y yo apenas llegamos allá antes que tío Marvin. Estábamos jadeando y resoplando tras correr a toda prisa, pero tío Marvin resoplaba incluso más fuerte, así que no se dio cuenta de nuestra falta de aliento. Se detuvo y miró el fuego apagado durante un rato antes de hablarnos.

—Prepararos para volver a casa los dos —dijo—. Hemos de irnos ahora mismo.

Empezó a amontonar todo en una pila y a pisotear las cenizas al mismo tiempo. Se dio la vuelta y escupió tabaco sobre las brasas, luego se llenó los brazos con los fardos apilados. No esperó a que lo ayudáramos, sino que se dirigió hacia nuestro esquife que estaba en el llano cenagoso. Jim y yo tuvimos que correr para alcanzarlo, para que no se olvidara de nosotros y nos dejara atrás.

Nos cogió los remos de las manos y empezó a empujar sin esperar a que lo hiciéramos nosotros. Cuando estuvimos fuera de la boca del arroyo, se sacó el

sombrero y lo tiró al fondo del esquife. Empujó los remos con más fuerza que nunca. Jim y yo no podíamos hacer nada para ayudarlo porque solo había dos remos y él no soltaba ninguno de los dos.

Nadie dijo nada durante un rato mientras rodeábamos el cenagal. Cuando llegamos a unos cien pies de la orilla, tío Marvin empezó a tirar nuestras cosas en la popa formando una pila. Apenas habíamos empezado a rozar el fondo en la orilla cuando empezó a tirar todas nuestras cosas en el lodo seco. Las sartenes y los cubos rodaron en todas direcciones.

Teníamos mucho miedo de decirle nada a tío Marvin porque nunca antes había actuado así. Nos mantuvimos quietos y lo miramos mientras se alejaba hacia el río y daba la vuelta al esquife poniendo rumbo a la isla. Durante un rato nos sentimos verdaderamente aterrorizados porque nunca habíamos visto a nadie pasar tan cerca del cenagal. Sabía perfectamente dónde estaba en todo momento, pero no parecía importarle demasiado el riesgo que corría de ser tragado por el lodo. La última vez que le vimos fue antes de desaparecer tras Maud Island.

Recogimos nuestras cosas y empezamos a correr hacia casa. Teníamos tanta prisa por llegar que no nos dijimos nada por el camino. Había una distancia de milla y media hasta nuestra casa, y todo en subida, pero el trayecto lo hicimos corriendo, cargando lo más pesado a la espalda.

Al llegar a la verja delantera, tía Sophie salió al porche a toda prisa a recibirnos. Nos había visto subir la carretera corriendo desde el río y estaba sorprendida de vernos de vuelta tan pronto. Al irnos aquella mañana con tío Marvin creíamos que nos íbamos a quedar una semana en Maud Island. Tía Sophie miró la carretera para ver si veía a tío Marvin.

Jim soltó sus cosas y se tiró jadeando y resoplando sobre los escalones del porche.

—Milton ¿dónde está tu tío Marvin? —nos preguntó tía Sophie mirándonos a los dos desde arriba y con las manos en las caderas—. ¿Dónde está Marvin Hutchins?

Yo moví negativamente la cabeza porque no sabía qué decir.

—¿Dónde está tu tío Marvin, James? —preguntó a Jim.

Jim me miró y luego bajó la mirada a los escalones. Trató de evitar los ojos de tía Sophie.

Tía Sophie se puso entre los dos y sacudió a Jim por los hombros. Lo sacudió hasta que el pelo le cayó por toda la cara y los dientes le sonaron como si estuvieran sueltos dentro de la boca.

—¿Dónde está tu tío Marvin, Milton? —exigió dirigiéndose a mí y sacudiéndome aún más que a Jim—. ¡Respóndeme ahora mismo, Milton!

Al verla tan cerca de mí me levanté de un salto y corrí al patio para que no me alcanzara. Sabía lo fuerte que podía sacudirme. Era peor que una paliza con una vara de melocotonero.

—¿Se ha largado ese granuja inútil con una zorra de balsa? —dijo corriendo de

mí hacia Jim y de Jim hacia mí.

Nunca antes había oído hablar a tía Sophie de esa manera y estaba tan asustado que no podía abrir la boca. Nunca le había oído llamar a tío Marvin con esas palabras. Como norma general no le prestaba demasiada atención, excepto cuando quería que le cortara leña o algo así.

Jim se sentó y miró a tía Sophie. Vi que estaba a punto de decirle algo sobre el modo como ella había hablado de tío Marvin. Jim siempre lo defendía cuando tía Sophie se metía con él.

—¡Uno de vosotros me va a responder! —dijo tía Sophie—. Te doy una oportunidad más, Milton.

—No dijo adónde iba ni lo que iba a hacer, tía Sophie. De verdad, lo juro.

—¡Milton Hutchins! —dijo ella dando una patada en el suelo.

—¡Lo prometo, tía Sophie! —dije—. Quizás se haya ido a algún sitio a predicar.

—¡Predicar! ¡Y un jamón! —gritó poniéndose las manos en las caderas—. ¡Predicar! Si ese inútil predicara la mitad de sermones que dice que predica habría salvado medio país. ¡Predicar! ¡Ja! ¡Y un jamón! Esa es su excusa para largarse de casa siempre que le apetece hacer gilipolleces. Pero no me engaña, no. Y creo que sé dónde está ahora mismo. Se ha ido detrás de alguna zorra de esas balsas. Predicar... ¡y un jamón!

Jim me miró y yo miré a Jim. No teníamos ni idea de cómo tía Sophie había descubierto lo de las dos muchachas de Evansville en Maud Island.

Tía Sophie apalancó las manos en las caderas y nos hizo un gesto con la cabeza. La seguimos adentro de la casa.

—Vamos a limpiar esta casa —dijo—. James, trae las escobas. Milton, enciende el fuego en el patio trasero y calienta agua en la olla. Cuando esté encendido ven aquí y saca las telarañas de los techos.

Tía Sophie fue de habitación en habitación dando portazos. Empezó a arrancar las cortinas de los marcos de las ventanas y a sacar las alfombras de los suelos. Un poco más tarde pudimos oír el susurro de la escoba y vimos una densa nube de polvo saliendo por las ventanas.

EL FRÍO INVIERNO

Después de una semana en la ciudad, había cogido la costumbre de regresar temprano a la habitación que había alquilado y yacía despierto bajo la cálida manta.

En la calle, cuando caía la noche, hacía mucho frío. Normalmente soplaban un viento fresco y húmedo procedente del río, y desde las tierras altas descendía, hora tras hora, el crudo y helado invierno de febrero. Incluso los hombres que llevaban abrigo corrían por las calles heladas con las cabezas agachadas combatiendo el frío y dándose prisa por llegar a sus caldeados hogares.

En la habitación sin calefacción que había alquilado hacía frío, pero bajo el calor de la manta era como estar entre los brazos de una muchacha.

Al tercer día de esa semana ya me había acostumbrado a vivir en una casa sin calefacción. Al principio no podía dormir. Pero esa tercera noche me saqué los zapatos en cuando llegué a la habitación y me metí en la cama de inmediato. Durante las cinco o seis horas siguientes yací despierto, caliente bajo las mantas, mientras en los cristales de la ventana se formaba lentamente la escarcha creando diseños precisos y frágiles de fría belleza.

En el vestíbulo podía oír a la gente ir de una habitación a otra, dándose prisa por el frío pasillo y haciendo crujir los tablones contraídos del suelo bajo sus pies.

Al cabo de un rato noté un aire caliente que circulaba a través de las grietas de la pared. En la habitación contigua, a mi derecha, vivían una mujer joven y su hija pequeña. El calor de la calefacción que ellas disfrutaban escapaba hacia mi habitación. Pude oler a chamuscado y al gas que quemaba en su estufa. Entonces permanecí echado, escuchando sus movimientos en la habitación, mientras en mi memoria se fundía lentamente la imagen que tenía formada de ellas. Hacia medianoche caí dormido, recordando solo que en la habitación de al lado la mujer se movía con ligereza y que la niña hablaba a su madre bajito y cariñosamente.

Después de esa noche empecé a regresar a casa más temprano para taparme con la cálida manta y permanecer despierto en la oscuridad escuchando todo lo que pasaba en la habitación contigua. La joven madre preparaba la cena para ella y su hija y luego las dos se sentaban en una pequeña mesa junto a la ventana y comían despacio, riendo y hablando. La pequeña debía de tener unos ocho años y su madre parecía apenas mayor cuando las dos reían y hablaban.

El frío de mi cuarto sin calefacción ya no era tan difícil de soportar como antes de que las conociera.

Al final de la segunda semana sabía qué aspecto tenían a pesar de no haber visto a ninguna de las dos. A través de la delgada pared de yeso podía oír todo lo que decían y hacían y seguí el movimiento de sus manos y las expresiones de sus caras segundo a segundo, hora a hora. La joven no trabajaba. Permanecía en la habitación la mayor parte del día. Solo salía por la mañana para el trayecto de media hora de camino a la escuela de la niña, y de nuevo por la tarde para traerla de vuelta. El resto del día se

quedaba en la habitación, sentada junto a la ventana, mirando el tejado de zinc pintado de rojo al otro lado de la calle, esperando a que llegara la tarde para poder ir a buscar a su hija a la escuela.

En la casa había muchas otras personas. Las habitaciones de las tres plantas del edificio estaban alquiladas a hombres y mujeres que iban y venían a todas horas. Algunos trabajaban durante el día, algunos durante la noche, y muchos ni tan solo tenían trabajo. Pero a pesar de que había tanta gente en la casa, ninguno se acercó a mi puerta, y nadie fue nunca a la puerta de la mujer de al lado. A veces se oían los pasos pesados de un hombre que bajaba apresuradamente al vestíbulo. Entonces la joven mujer se levantaba de un salto de la silla junto a la ventana y corría desesperada hacia la puerta. Se apoyaba contra ella, con los dedos sosteniendo la llave en la cerradura y escuchando el ruido de pasos del hombre. Después de que hubiera pasado de largo, ella regresaba a la silla y se sentaba de nuevo para mirar el tejado de zinc pintado de rojo al otro lado de la calle.

A mitad de febrero el frío se hizo más intenso, pero yo permanecía caliente bajo la manta y seguía escuchando los sonidos que me llegaban a través de la delgada pared de yeso.

Hasta que no fui consciente de que la mujer corría a la puerta cada vez que oía los pasos del hombre, no me di cuenta de que algo iba a pasar. No sabía lo que pasaría, ni cuándo, pero todas las mañanas, antes de dejar mi habitación, esperaba atento durante unos minutos para oír si ella estaba junto a la puerta o sentada junto a la ventana. Cuando regresaba por la noche, apoyaba la oreja contra la fría pared para escuchar.

Esa noche, tras haber escuchado durante casi media hora, supe que algo estaba a punto de ocurrir, y por primera vez en mi vida, mientras estaba de pie temblando de frío, tuve deseos de ser el padre de una criatura. No me detuve a encender la luz, sino que me eché en la cama sin tan siquiera sacarme los zapatos. Estuve tensamente despierto en la cama escuchando los movimientos del otro lado de la pared. La mujer se movía con rapidez y nerviosismo, su cara estaba pálida y demacrada. Puso la niña a dormir tan pronto hubieron cenado y, sin decir palabra, la joven se dirigió a la silla junto a la ventana a esperar. Durante mucho rato permaneció en silencio, sin tan siquiera mecerse. Yo había levantado la cabeza de la almohada y el cuello se me había quedado rígido y frío del esfuerzo de mantenerlo en horizontal sin soporte alguno.

Eran las once cuando oí un ruido en la habitación de al lado. Durante las tres horas que había permanecido despierto en la cama, la mujer no se había movido de su silla. Pero a las once se levantó, se bebió un vaso de agua y le puso otra manta a la niña. Cuando terminó, se dirigió hacia la silla y entonces la llevó junto a la puerta y se sentó. Se sentó y esperó. Antes de que hubiera pasado una hora un hombre llegó por el vestíbulo caminando pesadamente sobre los tablones contraídos del suelo. Los dos lo oímos venir y los dos nos levantamos de un salto. Corrí a la pared y pegué la oreja contra el frío yeso y esperé. La joven se apoyó contra la puerta con los dedos

agarrando la llave y escuchó conteniendo la respiración.

Tras estar de pie durante varios minutos, noté que el frío de la habitación me había atrofiado las manos y los pies. Al calor de la manta había olvidado el frío que hacía y la sangre había circulado por todo mi cuerpo mientras esperaba tenso y escuchaba los sonidos en el edificio. Pero al estar de pie en la habitación sin calefacción, con la cara y la oreja pegadas a la fría pared de yeso, temblaba como si estuviera enfermo.

Él hombre llegó a la habitación contigua a la mía y se detuvo. Podía oír a la mujer temblar y cómo su respiración hacía que su cuerpo se agitara. Cada segundo que pasaba esperaba oír sus gritos.

Él dio un golpe en la puerta y esperó. Ella no abrió. Él giró el pomo de la puerta y lo sacudió. Ella se apoyó con todas sus fuerzas contra la puerta y mantenía la llave en su sitio con dedos de acero.

—Sé que estás ahí, Eloise —dijo lentamente—, abre la puerta y déjame entrar.

Ella no respondió. A través de la delgada pared podía oír la presión que su cuerpo ejercía sobre la frágil puerta.

—Voy a entrar —dijo él.

Apenas había terminado de hablar cuando se oyó un repentino empujón que reventó la cerradura de la puerta y lo lanzó hacia dentro. Incluso entonces los labios de ella no pronunciaron una palabra. Ella corrió hacia la cama y se tiró encima, abrazando desesperadamente a la niña que había estado durmiendo profundamente.

—No he venido a discutir contigo —dijo el hombre—. He venido a acabar con este lío. Levántate de la cama.

Entonces, por primera vez esa noche, oí la voz de la joven mujer. Se había levantado de un salto y estaba frente a él. Apreté la cara y la oreja contra la fría pared de yeso blanco y esperé.

—Es tan tuya como mía. No me la puedes quitar.

—Tú me la quitaste ¿no es así? Bien. Ahora me toca a mí. Soy su padre.

—¡Henry! —rogó ella—. Henry, por favor, no lo hagas.

—Cállate —dijo él.

El hombre se dirigió a la cama y cogió a la niña en brazos.

—Henry, te mataré si la sacas de esta habitación —dijo ella lentamente—. Lo digo en serio, Henry.

Él caminó con la niña hacia la puerta y se detuvo. No estaba excitado y su respiración no era audible a través de la delgada pared. Pero la mujer estaba frenética. Mis manos y mis pies estaban entumecidos por el frío y no podía mover los músculos de mis labios. La mujer no lloraba, pero a través de la pared de yeso podía oír su respiración y podía notar los movimientos rápidos de su cuerpo.

Él se dio la vuelta.

—¿Qué vas a hacer? —dijo.

—Te mataré, Henry.

Hubo un momento de total silencio. Él estaba junto a la puerta, con la niña en sus brazos despertando lentamente. Esperó. Cada segundo parecía durar una hora.

—No, no lo harás —dijo al cabo de un rato—. Yo me anticiparé a ti, Eloise.

A través de la delgada pared de yeso pude oír cómo deslizaba suavemente la mano en el bolsillo de su abrigo y la sacaba después. Podía oír todo lo que iba a suceder.

Cuando él apuntó la pistola hacia ella, la mujer chilló. El hombre esperó a que dejara de gritar y entonces apretó el gatillo sin apuntar con precisión, pero no obstante cerrando un ojo como si estuviera mirándola a través de la mira.

El eco de la explosión ahogó el sonido de los pasos acelerados del hombre por el pasillo y el crujido de la madera bajo sus pies.

Pasaron varios minutos antes de que cesara el zumbido en mis oídos y para entonces ya se oía a la gente corriendo por toda la casa, de arriba abajo, abriendo las puertas de las habitaciones con calefacción y de las que no tenían, y corriendo hacia nosotros, hacia la segunda planta.

Durante mucho tiempo permanecí apoyado contra la pared de yeso blanco, temblando porque yo, el padre, había permitido sin protestar que se llevaran a la niña, temblando porque tenía frío en la habitación sin calefacción.

UN DÍA DE CORTEJO

Cuando Tuffy Webb se despertó aquella mañana, lo primero que vio fue su sombrero de paja nuevo colgando del respaldo de la silla de mimbre que había junto a su cama. La cinta de seda roja, naranja y azul brillaba al sol como las decoraciones de los escaparates del pueblo el día que llegaba el circo. Alargó el brazo y tocó la copa y el ala, pasando los dedos por la rugosa y dura paja marrón. Con un sombrero así no tendría que echarse a un lado por nadie. Eso era todo lo que necesitaba para tener el mundo a sus pies.

—Los dejaré pasmados —dijo Tuffy apartando las sábanas y poniéndose en pie de un salto—. Se quedarán bizcos de tanto mirarlo.

Se puso el sombrero con cuidado y se acercó al espejo de la pared. El nuevo sombrero de paja era incluso más bonito el domingo por la mañana de lo que había sido el sábado por la noche, cuando se lo probó en la tienda.

—Cuando Nancy vea este sombrero se derretirá —dijo Tuffy dando un paso atrás, e inclinando levemente el sombrero a un lado se guiñó a sí mismo por debajo del ala.

Caminó por delante del espejo varias veces —libre y relajado en su amplia camisa de dormir que le llegaba hasta la rodilla— volviéndose para poder verse al pasar. Era fácil armarse de valor con un sombrero así.

—Ahora podría tener a todas las muchachas si yo quisiera —se dijo.

Tuffy se vistió rápidamente y encendió la lumbre en la cocina. Se encasquetó bien el sombrero para que no le cayera al suelo mientras preparaba el desayuno.

Durante todo el tiempo que estuvo en la cocina no dejó de pensar en que ya no tendría que quedarse soltero por mucho más tiempo. No después de que Nancy lo viera con su nuevo sombrero. Ahora estaría ansiosa por casarse con él, cuando lo viera venir a su casa con el sombrero de paja inclinado, como la cresta de un gallo que siempre parecía que fuera a caerse, pero que nunca llegaba a hacerlo.

Después del desayuno Tuffy tenía que llevar las vacas a los pastos del otro lado del arroyo porque había llegado el momento de que cambiaran de alimento y la hierba de Johnson estaba preparada para el pastoreo.

Salió con el sombrero puesto, pero se lo pensó un poco y finalmente decidió que debía dejarlo en casa. A veces un añojo corría desbocado hacia los matorrales y no quería arriesgarse a que el sombrero le cayera entre las zarzas o en el barro, o quizás a que las vacas lo pisaran. Ahora que lo pensaba, recordó ver una vez como una vaca masticaba un sombrero de paja y se lo tragaba.

Volvió corriendo a casa y colgó el sombrero en la silla de mimbre que estaba junto a la cama.

Tuffy regresó de los pastos hacia las once y se cambió de ropa enseguida. Se puso la chaqueta y el sombrero. Tenía casi una hora por delante antes de salir porque no quería aparecer en la casa de los Miller mientras estaban comiendo. Si lo hiciera, seguro que alguno de los Miller diría que había ido allá para comer con ellos.

Salió al porche y se apoyó un rato contra la barandilla. El sol estaba casi en el cenit y no había ni una nube a la vista. Sabía que no podía haber elegido mejor día para visitar a Nancy con su sombrero nuevo. No había una sola gota de lluvia a la vista en todo el cielo.

—Este será el mejor momento para hablar con Nancy de casarnos —dijo mientras salía al jardín. Primero caminó alrededor del árbol santo y después alrededor del sauce—. Sé que tendré que hacer ver que se lo ruego y sé lo que Nancy dirá. Tiene tantas ganas como yo, y lo sabe. No le hará ningún bien hacer ver que no.

Tuffy se apoyó contra el sauce y empezó a arrancar la corteza con la uña del pulgar.

—Cuando vaya y le diga, «Nancy, ¿qué te parece si nos casamos?», ella dirá, «¿Cuándo, Tuffy?» y yo diré, «Cuanto antes mejor». Entonces ella dirá, «Nada me complacería más». Eso será todo. Y prepararemos y acordaremos todo. Y yo me encargaré de conseguir a un pastor que nos case y en un santiamén Nancy y yo seremos marido y mujer. Casarse es muy rápido. Quizás no tengamos que esperar hasta más tarde que mañana a mediodía. Probablemente podamos empezar nuestra vida de casados mañana. Eso no es demasiado pronto para mí y sé que no será demasiado pronto para Nancy.

Tuffy fue a sentarse encima de una pila de leña.

—Iré a casa del viejo Berry Miller y me dirigiré al porche donde estarán todos y no perderé el tiempo. Berry probablemente querrá saber porqué voy así tan bien vestido, con la chaqueta y el sombrero y se lo diré bien dicho. «Bueno», diré, «he venido a casarme con Nancy, Berry. ¿Qué te parece? Ella y yo nos vamos a casar». No le tendré ningún miedo, no importa lo que me diga. Seguro que al principio pondrá algún impedimento, pero no existe razón alguna que me impida casarme con Nancy. Iré directamente allá donde esté sentada, en el porche, la rodearé con mi brazo y les demostraré a los Miller que voy en serio.

Tuffy cogió un tronco de leña y empezó a arrancar astillas con las uñas. Luego hizo un montón con las astillas que dejó entre sus pies.

—Si el viejo Berry Miller se enfada agarraré a Nancy y la besaré delante de todos los Miller y luego la cogeré en brazos y me la llevaré sin mirar atrás una sola vez. Eso le demostrará a Berry que estoy convencido de casarme y de que no dejaré que nada en el mundo me lo impida. Esos Miller no me asustan.

Arrojó el tronco de leña al patio. Por poco le dio a una de las gallinas que dormía en un hueco debajo del árbol santo. La gallina se despertó y corrió graznando por su vida. Las otras gallinas se asustaron y la siguieron debajo de la casa.

Tuffy sacó su pañuelo y secó la faja interior del nuevo sombrero de paja. Era un día abrasador, especialmente si uno estaba a pleno sol a mediodía. Nunca había notado la chaqueta de lana tan prieta.

—Si hubiera pensado en obtener la licencia ayer, Nancy y yo nos habríamos podido casar hoy —se dijo indignado, dando una patada al suelo.

—¿Porqué no pensé en eso ayer? Ahora tendré que esperar a mañana para ir a los juzgados.

Se levantó y se dirigió hacia su automóvil. No había tenido intención de meterse dentro —aún faltaba media hora para salir— pero ya no podía esperar más. Tendría que conducir a diez o quince millas por hora y quizás pararse junto al arroyo y esperar un rato, pero estaba demasiado ansioso por ponerse en camino como para seguir esperando en casa. Arrancó el coche y se encasquetó el sombrero para que el viento no se lo llevara.

Eran las doce y media pasadas cuando Tuffy Webb subió por el camino que llevaba a la casa de Berry Miller y aparcó su coche en la sombra. No había llegado demasiado temprano porque justo entonces los Miller estaban saliendo al porche después de haber comido. Cada vez hacía más calor y Tuffy se quedó en el coche durante unos minutos tratando de refrescarse antes de salir y subir a la casa.

Sin mirar hacia el porche de los Miller sacó el pañuelo y trató de secarse el sudor que le caía por las mejillas y la nuca. Después se sacó el sombrero y secó bien la taja interior.

El viejo Berry Miller le saludó desde el porche. Uno de los muchachos de Miller apoyó los codos sobre la barandilla del porche para alcanzar a ver lo que Tuffy estaba haciendo.

Tuffy salió y cruzó erguido el patio en dirección a la casa. Se sentía muy incómodo y su cara se puso roja cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Los Miller le miraban de una forma que a veces hacía que olvidara lo que estaba haciendo.

—Ven al porche, sal del sol y toma un pedazo de sandía recién sacada del fondo del pozo —dijo Berry Miller—. No queda mucha, pero la que queda te la puedes comer. Son solo los restos.

Berry apartó las moscas con su sombrero. Revolotearon durante unos momentos por el porche y luego se asentaron en las cortezas y pepitas de sandía que había desparramadas por el suelo.

—¡Hola! ¿Qué tal? —dijo Tuffy.

Uno de los muchachos agitó el brazo a modo de saludo y las dos muchachas rieron tontamente. La esposa de Berry se mecía en su silla sin decir una palabra. Se le había quedado pegada una pepita de sandía en la barbilla donde se estaba secando. Tuffy se preguntó porqué nadie le decía que se la quitara.

—Vaya día de calor —dijo enrojeciendo cuando recorrió el porche con los ojos y vio a las dos muchachas.

Sus vestidos blancos estaban tan almidonados que parecía que les hubieran cosido corsés en la tela.

—Más o menos —dijo Berry—. No podemos quejarnos. Es lo que toca.

Los muchachos, que estaban en la otra punta del porche, se levantaron.

—¿Porqué vas tan bien vestido, Tuffy? —le preguntó Henry—. ¿Vas a algún

sitio?

Tuffy bajó la mirada y enterró la punta de su zapato en la tierra.

Nancy, la mayor, rio tontamente.

Tuffy levantó la mirada rápidamente. Esperaba poder verla bien.

—Vaya Tuffy, vas de punta en blanco —dijo Henry.

Berry le dio una patada a una corteza de sandía.

—Ese sombrero es magnífico, Tuffy —dijo Berry—. Debes de haberlo comprado en una de las tiendas grandes y debes de haber pagado un montón de dinero por él. Una cinta de tantos colores y tan bonita no se ve todos los días.

Tuffy asintió.

El otro muchacho, Clyde, reunió un puñado de pepitas de sandía y empezó a lanzarlas apretándolas entre los dedos. Una le dio a Tuffy en la cara, lo que le hizo saltar como si alguien le hubiera lanzado al ojo una nuez con un tirachinas. Tuffy no quiso mirar a Clyde porque no se llevaba bien con él. Ese verano ya se habían peleado a puñetazos varias veces.

La esposa de Berry seguía meciéndose, mirando desinteresadamente a Tuffy. La pepita de sandía se le había secado en la barbilla; se le había quedado pegada para siempre. Echó una mirada a Tuffy y sus ojos se cruzaron. Siempre que lo miraba, Tuffy tenía la sensación de que miraba un objeto situado por detrás de él. En toda su vida le había dirigido la palabra.

Nancy alisó la falda de su vestido blanco almidonado y estiró el dobladillo por encima de las rodillas. Tuffy podía ver dónde terminaban las medias en sus piernas. La hermana de Nancy lo miró y rio tontamente.

—He pensado que podía pasar por aquí —dijo finalmente Tuffy—. No tenía demasiado que hacer hoy.

—¿Ya has tomado sandía hoy? —le preguntó Berry.

—No —dijo Tuffy.

—Si no te importa comer restos —dijo Berry mostrando con la mano el porche lleno de cortezas—, puedes tomar un poco.

Tuffy miró para ver lo que estaba haciendo Nancy. Sin embargo, cuando sus ojos estudiaron las ligas blancas y negras en las piernas de Nancy, Tuffy no pudo ver la expresión de su cara. Ella volvió a estirar el borde de la falda por encima de las rodillas, pero al recostarse se volvió a poner recto mostrando las llamativas piernas por encima de las medias.

—¿No te quedas? —preguntó Berry.

—Creo que no —dijo Tuffy—. Estaba dando un paseo y he pensado que podía pasar.

Clyde cogió un pedazo de corteza y lo lanzó contra el árbol del patio.

—Hace tiempo que no te veía tan bien vestido —dijo Berry—. Si mal no recuerdo, la última vez fue en el bautizo, en la iglesia, hace algo más de un mes. ¿No ibas muy elegante ese día, Tuffy?

Nancy rio tontamente y escondió la cara en el hombro de su hermana. Tuffy enrojeció de nuevo.

—Entonces no tenía este sombrero nuevo —dijo.

—No lo tenías —dijo Berry—. Eso es verdad. Este sombrero te sienta tan bien que me he olvidado de él. Pero ese día llevabas una chaqueta, ¿no es así?

Tuffy asintió mientras hundía la punta del zapato en la tierra.

—Ojalá hubieras venido un poco antes —dijo Berry—. Ahora es un poco tarde para que quede la parte buena de la sandía. Los restos no son suficientes. Pero claro, si no te importa, adelante, sírvete.

Uno de los muchachos dio una patada a un pedazo de corteza que cruzó todo el porche y cayó en el patio, junto a los pies de Tuffy. Lo miró, todo cubierto de tierra.

—¿Adónde vas, Tuffy? —le preguntó Henry.

—A ningún sitio —dijo Tuffy.

—¿Qué te parece si salimos tú y yo un rato? —dijo Henry guiñándole el ojo—. Los domingos por la tarde hay chicas fáciles más allá de Hardpan.

Tuffy miró a Nancy. Había algo peculiar en su cara que lo incomodó. Las ligas estaban a plena vista cuando se mecía suavemente en su silla. Tuffy bajó de nuevo la mirada.

—Ahora mismo no puedo —le dijo a Henry enrojeciendo.

Las dos muchachas empezaron a susurrarse cosas. De vez en cuando Nancy miraba a Tuffy y luego apartaba rápidamente los ojos.

Tuffy se sacó el sombrero y se abanicó.

—Ya hemos de pensar en ir a cazar zorros, ¿no crees, Tuffy? —dijo Berry—. Por la noche ya empieza a hacer un poco de fresco, hacia medianoche, y antes de que nos demos cuenta los zorros ya corretearán por todas partes. En cualquier caso, no está mal empezar a acostumar a los perros otra vez. Han estado tirados por ahí durante todo el verano y se han vuelto perezosos. He pensado salir una noche de estas y darles un buen paseo.

Tuffy asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

—He estado pensando en hacer un trueque por un par más de perros de caza —dijo Berry—. Esa *Blackie* sigue coja desde el año pasado y *Elsie* está preñada. *Rastus* parece que rastrea cada vez más pistas falsas y estoy algo disgustado. Supongo que no estaría mal hacer un trueque si encontrara exactamente lo que busco. Tengo una mula muy gorda y supongo que tengo más necesidad de perros de caza que de una maldita mula terca.

Tuffy miró a Nancy. Parecía que fuera a explotar si no le decía algo. La miró con tanta desesperación que ella se incorporó y estiró el borde de la falda por encima de las rodillas y lo sostuvo así. Tuffy solo pudo tragar saliva y ponerse rojo. Cuando ella lo miraba, la piel le picaba bajo la gruesa chaqueta.

Clyde se levantó y se subió a la barandilla del porche. Se sentó sobre ella dejando las piernas colgando y miró a Tuffy. Este se sentía cada vez más incómodo. Llevaba

media hora a pleno sol y su cuerpo empezó a oscilar sobre los pies.

—Me estoy fijando en lo bonito que es tu sombrero —dijo Berry—. Especialmente la cinta de colores.

Tuffy miró a Nancy con desesperación y luego al resto de la familia. Todos, excepto Nancy, lo miraban. Nancy bajó la cabeza cuando se cruzaron sus ojos.

Henry sacó algo de su bolsillo mientras cruzaba el patio hacia Tuffy. Tiró del objeto haciendo que chasqueara como un elástico. Cuando se detuvo delante de Tuffy, este miró lo que Henry tenía en la mano. Era una liga de seda rosa, atada como un lazo y que tenía cosido un capullo de rosa. Tuffy dio un salto como si le hubieran pinchado con un alfiler.

Tuffy retrocedió dando pasos cortos hacia su automóvil.

—¿Tan pronto te vas? —dijo Berry—. Pero si parece que apenas hace un minuto que has llegado.

Tuffy se detuvo. Henry lo había seguido, haciendo chasquear la liga. Puso un extremo en el brazo de Tuffy y estiró el otro extremo uno o dos pies y luego lo soltó. Tuffy saltó cuando el elástico lo golpeó.

—¿Adónde vas, Tuffy? —le preguntó Henry.

Tuffy miró hacia el porche, donde estaba Nancy. Estaba sentada tesa en su silla, levemente inclinada hacia delante, y había dejado de mecerse. El borde de la falda almidonada se había vuelto a poner tieso y Tuffy se alegró de que llevara ligas amarillas.

De nuevo empezó a retroceder. Henry lo siguió, golpeándolo con la liga del capullo de rosa.

—Vámonos más allá de Hardpan, Tuffy —insistió Henry—. No tendremos problemas para encontrar un par de chicas y al ser domingo tendremos más éxito. ¿Qué te parece, Tuffy?

Tuffy retrocedió con mayor rapidez, moviendo negativamente la cabeza. Cuando llegó al árbol donde estaba aparcado su automóvil, se dio la vuelta y saltó al asiento delantero.

Nancy se metió corriendo en la casa. Sus sollozos eran audibles desde el porche trasero.

Cuando Tuffy puso el coche en marcha, Berry se levantó y salió al patio. Miró como desaparecía el automóvil por la colina, tratando de no escuchar las maldiciones que lanzaba Henry.

—No me gusta cuando un hombre se va con tanta prisa —dijo Berry—. Habría jurado que había venido aquí con un propósito.

Se quedó de espaldas a la casa mientras Clyde salía del porche y cruzaba el campo para coger más sandías del fondo del pozo.

ARRODILLADO AL AMANECCER

1

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Lonnie. Apartó la mano de su barbilla al recordar lo que Clem le había dicho. Le hizo sentirse como si el mero hecho de estar en presencia de Arch Gunnard y mostrar su cara fuera un delito.

Esa tarde él y Clem habían subido la carretera juntos, de camino a la estación de servicio. Él le explicó a Clem lo mucho que necesitaba un par de raciones. Clem se había detenido un instante a apartar de una patada una piedra del camino y le había dicho que si alguien trabajaba el tiempo suficiente para Arch Gunnard la cara se le afilaba lo bastante como para rajar su propio ataúd.

Cuando Lonnie se fue a sentar encima de una caja vacía junto al surtidor, no pudo menos que desear no tener miedo de Arch Gunnard, como Clem. A pesar de ser negro, Clem jamás vacilaba cuando pedía las raciones de comida que necesitaba. O cuando él y su familia no obtenían lo suficiente, Clem no dudaba en decírselo a Arch. Arch lo consentía, pero juraba que echaría a Clem de sus tierras en cuanto tuviera una oportunidad.

Lonnie sabía, sin necesidad de darse la vuelta, que Clem estaba en una esquina de la estación de servicio con otros dos o tres negros, y que lo estaba mirando. Pero por alguna razón no era capaz de mirar a los ojos de Clem.

Arch Gunnard estaba sentado al sol, afilando la cuchilla de su navaja en el borde superior de su bota. Miró una o dos veces a la perra de Lonnie, *Nancy*, que estaba echada en medio de la carretera esperando a Lonnie para regresar a casa.

—¿Es tu perra, Lonnie?

Lonnie se levantó de un salto asustado y se llevó la mano a la barbilla para ocultar la enjuta cara que acusaría a Arch de ofrecer unas raciones ridículas.

Arch chasqueó los dedos y la perra se levantó, meneando la cola. Esperó a que la llamasen.

—Señor Arch, yo...

Arch llamó a la perra. Esta empezó a arrastrarse hacia ellos sobre su barriga, meneando la cola más rápidamente cada vez que Arch chasqueaba los dedos. Cuando estuvo a pocos pies de distancia, se dio la vuelta y se quedó echada con las cuatro patas en el aire.

Dudley Smith y Jim Weaver, ambos holgazaneando en la gasolinera, rieron. Habían estado apoyados contra la pared, pero ahora se habían incorporado para averiguar las intenciones de Arch.

Este escupió un poco de tabaco de mascar sobre la bota y humedeció la cuchilla de su navaja.

—¿Qué clase de sabueso es, Lonnie? —dijo Arch—. Me parece que podría ser un perro de presa.

Lonnie podía notar los ojos de Clem Henry clavados en la nuca. Se preguntó lo que Clem haría si Arch Gunnard chasqueara los dedos y llamara a su perra de esta manera.

—Tiene la cola demasiado larga para un rastreador o un cobrador, ¿verdad Arch? —dijo alguien detrás de Lonnie, riendo en voz alta.

Todos rieron, incluido Arch. Y miraron a Lonnie esperando a ver lo que tuviera que decirle a Arch.

—¿Es un sabueso, Lonnie? —dijo Arch volviendo a chasquear los dedos.

—Señor Arch, yo...

—Lonnie, no te debe dar vergüenza si no muestra señales de ser un perro cobrador o un raposero. Todo el mundo necesita una perra en casa que vaya detrás de los cerdos y los conejos. Un perro de presa es un animal muy respetable. Hubo un tiempo en que fui el orgulloso propietario de uno.

Todos rieron.

Arch Gunnard estaba a punto de coger a *Nancy* por la cola. Lonnie se incorporó y torció el cuello hasta que alcanzó a ver a Clem Henry en la otra esquina de la estación de servicio. La mirada de Clem lo decía todo. Era la misma mirada que tenía la tarde en que le dijo que nadie que trabajara para Arch Gunnard debería consentir que le dieran raciones tan pequeñas. Lonnie bajó la mirada. No podía entender cómo un negro podía ser más valiente que él. Muchas veces habría dado todo lo que poseía por ser capaz de meterse en la piel de Clem y cambiar sus papeles.

—El problema con esta perra, Lonnie, es que pesa demasiado. ¿No crees que sería un buen truco aligerar un poco su peso, dado que se trata de un perro de presa?

Lonnie se acordó entonces de lo que dijo Clem Henry que haría si Arch Gunnard intentaba alguna vez cortarle la cola a su perro. Lonnie sabía, y Clem sabía, y todos sabían que eso le proporcionaría a Arch la oportunidad que estaba buscando. Arch había dicho que lo único que necesitaba para actuar era que Clem Henry se sobrepasara un poquitín, o que le respondiera con una sola palabra de más. Todos sabían a lo que se refería Arch, especialmente si Clem no se daba la vuelta y echaba a correr. Y no se conocía que Clem hubiera echado a correr por nadie en los quince años que llevaba en el lugar.

Mientras Lonnie estaba pensando en Clem. Arch alargó la mano y cogió la cola de *Nancy*. Esta pensó que Arch estaba jugando con ella. Giró la cabeza hasta que alcanzó la mano de Arch y la empezó a lamer. Él la golpeó con el mango de la navaja

en el caballete de la nariz.

—Es una perra muy juguetona, Lonnie —dijo Arch agarrando la cola más cerca del cuerpo—, pero su cola es demasiado larga para un perro de este tamaño, especialmente si ha de ser un perro de presa.

Lonnie tragó saliva.

—Señor Arch, es una buena rastreadora de conejos. Yo...

—¡Caramba, Lonnie! —dijo Arch mientras afilaba la cuchilla de la navaja en la cola de la perra—, en mi vida he visto un perro que necesitara una cola tan larga para cazar conejos. Es demasiado larga para un perro de presa común, ordinario y corriente.

Lonnie miró expectante a Dudley Smith y a los demás. Ninguno ofreció ayuda. Era inútil tratar de parar a Arch, porque Arch Gunnard no dejaba que nada se interpusiera en su camino una vez se le metía en la cabeza hacer algo. Lonnie sabía que si él mismo se mostraba enfadado o resentido, Arch lo sacaría de la granja antes del atardecer. Clem Henry era la única persona que podría ayudarle, pero Clem...

Los hombres blancos y los negros en ambas esquinas de la estación de servicio esperaban a ver la reacción de Lonnie. Todos esperaban que peleara por su perra. Si alguien tuviera alguna vez la osadía de impedir que Arch Gunnard le cortara la cola a un perro, quizás llegara a acabar con esa práctica. Pero estaba claro que Lonnie, que era uno de los aparceros de Arch, tenía miedo de decir lo que pensaba. Clem Henry quizás. Clem era el único que podría intentar parar a Arch, incluso si eso significaba tener problemas. Y todos sabían que Arch insistiría en expulsar a Clem de la zona aunque para eso tuviera que llenarle el cuerpo de plomo.

—Imagino que estás de acuerdo ¿no es así, Lonnie? —dijo Arch—. No estoy oyendo ninguna objeción.

Clem Henry dio unos pasos y se detuvo.

Arch se rio mirando la cara de Lonnie y tiró de la perra hasta ponerla de pie. La perra aulló de dolor y sorpresa, pero Arch la hizo callar dándole patadas en la barriga.

Lonnie hizo un gesto de dolor. Apenas podía soportar que nadie le diera patadas a un perro.

—Señor Arch, yo...

Una contracción en la garganta casi lo ahogó durante unos instantes y tuvo que abrir la boca para recuperar el aliento. Los hombres blancos a su alrededor estaban callados. A nadie le gustaba que le dieran una patada así a un perro.

Lonnie pudo ver por el rabillo del ojo la otra esquina de la estación de servicio. Vio a un par de negros ir detrás de Clem y cogerle por los pantalones. Clem escupió al suelo, entre sus pies abiertos, pero no intentó moverse.

—Viendo que no tienes ninguna objeción, entiendo que puedo cortarle la cola al animal —dijo Arch escupiendo.

Lonnie adelantó la cabeza y lo único que pudo ver fueron las patas traseras de Nancy. Había venido a la estación de servicio para pedir un pedazo de cerdo salado y

un poco de melaza, o algo así. Ahora no sabía si sería capaz de pedir ninguna ración a pesar de lo hambrientos que estarían en casa.

—Siempre tengo la costumbre de preguntar primero —dijo Arch—. No voy a cortarle la cola a un animal si el propietario pone alguna objeción. No estaría bien. No señor, no sería justo.

Arch agarró la cola más cerca del cuerpo y colocó la cuchilla de la navaja a dos o tres pulgadas de las ancas. A los que lo miraban les pareció que estaba salivando, porque le empezó a gotear jugo de tabaco por las comisuras. Levantó el dorso de la mano y se limpió la boca.

Un ruidoso automóvil surcó la carretera levantando una polvareda roja. Todos echaron una mirada para ver quién iba en él.

Lonnie miró, pero no pudo mantener la mirada levantada. La cabeza le volvió a caer hasta que notó su afilada barbilla clavándosele en el pecho. Se preguntó si Arch se había dado cuenta de lo enjuta que tenía la cara.

—Tengo dos o tres perros de presa en casa —dijo Arch poniendo a punto la cuchilla en la cola de la perra como si fuera una tira de cuero. Sus movimientos hicieron que los hombres de alrededor sonrieran—. Pero nunca he visto que tuviera sentido que un perro de presa tuviera una cola larga. Les molesta cuando los envías a cazar un cerdo o un conejo para la cena.

Arch Gunnard —tirando con la mano izquierda y empujando con la derecha— cortó la cola del sabueso tan rápida y fácilmente como si hubiera estado en un prado cortando una vara de sauce para conducir las vacas a casa. La perra dio un salto hacia delante cuando le cercenaron la cola y salió huyendo lejos del alcance de Arch. Entonces empezó a soltar unos alaridos tan fuertes que se la pudo oír a media milla de distancia. *Nancy* se detuvo una vez a mirar a Arch y saltó a la carretera donde empezó a brincar y a moverse en círculos. Durante todo ese tiempo no dejó de aullar y morderse el muñón sangrante.

Arch se inclinó hacia atrás e hizo girar la cola amputada con una mano mientras limpiaba la cuchilla de la navaja en la suela de su bota; eso sin dejar de mirar como la perra de Lonnie se perseguía el muñón en medio del polvo rojo.

Nadie dijo nada entonces. Lonnie intentó no ver la agonía de su perra y se obligó a no mirar a Clem Henry. Entonces, con los ojos cerrados, se preguntó por qué se había quedado todos estos años en la plantación de Arch Gunnard, haciendo de aparcerero por meras raciones de comida y adelgazando cada vez más. Entonces vio la verdad de las palabras de Clem cuando decía que las caras de los aparceros de Arch acababan siendo tan afiladas que rajaban sus propios ataúdes. Se llevó la mano a la barbilla sin darse cuenta. La volvió a bajar cuando notó los huesos de la mandíbula y los tendones visibles de sus mejillas.

Hambriento como estaba, sabía que incluso si Arch le diera ahora unas cuantas raciones, no serían suficientes para comer durante toda la semana. Hatty, su esposa, ya se había venido abajo por el hambre y el trabajo en los campos, y su padre, Mark

Newsome, sordo durante los últimos veinte años, siempre le estaba preguntando por qué nunca había suficiente comida en la casa. Lonnie bajó la cabeza un poco más y notó cómo se le humedecían los ojos.

La presión de su barbilla afilada contra el pecho le molestó de tal manera que tuvo que levantar la cabeza para calmar el dolor.

Lo primero que vio cuando levantó la vista fue a Arch Gunnard haciendo girar la cola de Nancy con su mano izquierda. Arch Gunnard tenía un baúl lleno de colas en su casa. Llevaba cortando colas de perros desde hacía mucho tiempo y durante todos esos años había acumulado una colección de la cual estaba muy orgulloso y que guardaba en un baúl cerrado con llave. La llave la llevaba colgada al cuello. Los domingos por la tarde, cuando lo iba a visitar el pastor, o cuando había visitas en el porche delantero y se explicaban historias, Arch las mostraba y nombraba cada cola de memoria, como si hubieran llevado identificación.

Clem Henry abandonó la estación de servicio y caminó en solitario por la carretera que llevaba a la plantación. La casa de Henry estaba dentro de un grupo de cabañas para negros justo debajo de la casa de Arch. Para llegar allí tenía que pasar por delante de la casa de Lonnie. Este estaba a punto de levantarse e irse cuando vio que Arch lo miraba. No sabía si Arch le estaba mirando la cara enjuta o si estaba esperando a ver si se levantaría e iría de regreso a su casa acompañando a Clem.

La idea de irse le recordó la razón por la que había venido. Tenía que conseguir unas cuantas raciones para la cena de esa noche, sin importar lo pequeñas que fueran.

—Señor Arch, yo...

Arch lo miró fijamente durante un rato y pareció como si estuviera escuchando un sonido nunca antes oído.

Lonnie se mordió el labio y se preguntó si Arch iba a decirle algo de su aspecto enjuto y hambriento. Pero Arch estaba pensando en otra cosa. Se dio una palmada en la pierna y se puso a reír.

—A veces desearía que los negros tuvieran colas —dijo Arch enrollando la cola de Nancy y metiéndosela en un bolsillo—. Preferiría cortarles la cola a los negros que a los perros. Para empezar habría más que cortar.

Dudley Smith y alguien más detrás de él rieron brevemente. La risa se extinguió casi tan repentinamente como había comenzado.

Los negros que habían oído las palabras de Arch arrastraron los pies por el polvo y se movieron hacia atrás. En pocos minutos ya no había ninguno en la estación de servicio. Subieron por la carretera que había detrás del edificio de madera roja y desaparecieron.

Arch se levantó y se estiró. El sol estaba descendiendo y el aire de octubre ya no era tan agradable.

—Bueno, supongo que ya he de ir a casa a que me den algo de cenar —dijo.

Caminó lentamente hacia el centro de la carretera y se paró a mirar a *Nancy*, que estaba retirándose por la cuneta.

—¿Nadie va por el mismo camino? —preguntó—. ¿Qué te pasa, Lonnie? ¿No vas a cenar a casa?

—Señor Arch, yo...

Lonnie se levantó de un salto. Su primer pensamiento fue pedir el cerdo salado y la melaza y quizás un poco de harina de maíz. Pero cuando abrió la boca las palabras se negaron a salir. Dio varios pasos hacia delante y negó con la cabeza. No sabía lo que Arch haría o diría si llegaba a decir «no».

—Hatty te estará esperando —dijo Arch, dándole la espalda y alejándose.

Se metió la mano en el bolsillo de la cadera y sacó la cola de Nancy. Empezó a darle vueltas mientras bajaba por la carretera hacia la casa grande que había a lo lejos.

Dudley Smith entró en la estación de servicio y los demás se alejaron.

Cuando Arch hubo caminado varios cientos de yardas, Lonnie cayó sentado encima de la caja que había junto al surtidor. La misma caja de la que se había levantado cuando le habló Arch. Se sentó pesadamente, con los hombros encorvados y los brazos caídos entre sus piernas abiertas.

Lonnie no sabía durante cuánto tiempo había permanecido con los ojos cerrados. Pero cuando los abrió tenía a *Nancy* entre sus pies lamiéndose el muñón. Mientras la miraba, notaba la afilada barbilla clavándosele en el pecho de nuevo. Entonces oyó un portazo a sus espaldas y un minuto más tarde oyó cómo Dudley Smith se alejaba de la estación de servicio en dirección a su casa.

2

Lonnie había estado durmiendo de manera irregular durante varias horas cuando de repente se despertó por completo. Hatty le volvió a zarandear. Se incorporó sobre un codo e intentó ver en la oscuridad de la habitación. Sin saber la hora exacta, pudo determinar que faltaban dos horas para el amanecer.

—Lonnie —dijo Hatty de nuevo, tiritando por el aire frío—, Lonnie tu padre no está en la casa.

Lonnie se sentó.

—¿Cómo sabes que no está? —dijo.

—He estado despierta desde que me metí en la cama y le he oído cuando salía. Ha estado fuera de la casa todo este tiempo.

—Quizás solo haya salido un ratito —dijo Lonnie dándose la vuelta y tratando de

ver por la ventana.

—Sé lo que digo, Lonnie —insistió Hatty—. Tu padre lleva fuera demasiado rato.

Los dos permanecieron en silencio varios minutos, esperando oír a Mark Newsome.

Lonnie se levantó y encendió una lámpara. Tiritó mientras se ponía la camisa, los pantalones y los zapatos. Se ató los cordones con nudos apretados porque apenas veía en la penumbra. Afuera estaba oscuro como la boca del lobo y Lonnie notó en la cara el aire húmedo de octubre.

—Te ayudaré a buscarlo —dijo Hatty apartando las mantas y empezando a levantarse.

Lonnie se acercó a la cama. Hizo que Hatty se echara de nuevo y la volvió a tapar con las mantas.

—Trata de dormir, Hatty —dijo—. No puedes quedarte despierta toda la noche. Traeré a Pa de vuelta.

Dejó a Hatty en la cama, apagó la lámpara y caminó a trompicones por el pasillo. Fue a tientas hasta el porche delantero, tocando las paredes con las manos. Cuando finalmente llegó, apenas veía nada en la distancia, pero sus ojos ya se estaban empezando a acostumbrar a la oscuridad. Esperó un minuto, escuchando atentamente.

Bajó los escalones a tientas hasta el patio y fue hasta la esquina de la casa. Allí se detuvo a escuchar de nuevo antes de llamar a su padre.

—¡Pa! —dijo en voz alta—. ¡Eh! ¡Pa!

Estaba junto a la ventana del dormitorio cuando se dio cuenta de lo que había estado haciendo.

—Esto sí que es una idiotez —dijo reprendiéndose a sí mismo—. Pa no oye ni los truenos.

Oyó un crujido en la cama.

—Lleva fuera el tiempo suficiente como para haber llegado hasta el cruce, o más allá —le dijo Hatty desde el otro lado de la ventana.

—Acuéstate y trata de dormir, Hatty —le dijo Lonnie—. Le traeré de vuelta en seguida.

Pudo oír a *Nancy* rascarse las pulgas debajo de la casa, pero sabía que no estaba en condiciones de ir a buscar a Mark. Pasarían varios días antes de que se recuperara del *shock* de perder la cola.

—Hace mucho rato que se ha ido —dijo Hatty incapaz de quedarse quieta.

—Eso no importa —dijo Lonnie—. Le encontraré tarde o temprano. Ahora vete a dormir como te he dicho, Hatty.

Lonnie se dirigió al establo sin dejar de escuchar atentamente. En la casa grande se oían los cerdos gruñendo y chillando, y deseó que se callaran para poder oír otros sonidos. Los perros de Arch Gunnard aullaban de vez en cuando, pero no hacían más ruido de lo que era habitual por la noche y él estaba acostumbrado a sus alaridos.

Lonnie entró en el establo. Miró dentro y fuera. Después de rodear el edificio

entró en el prado hasta llegar al cobertizo del algodón. Sabía que era inútil, pero no pudo evitar llamar a su padre una y otra vez.

—¡Pa! —dijo, tratando de penetrar la oscuridad.

Se adentró en el prado.

—¿Qué diantres puede haberle pasado a Pa? —se dijo, deteniéndose y preguntándose dónde mirar a continuación.

Después de volver al patio delantero de la casa empezó por primera vez a sentirse intranquilo. Mark no se había comportado de manera más extraña la semana anterior de lo que era habitual en él. Pero Lonnie sabía que estaba disgustado por la forma en que Arch Gunnard distribuía sus miserables raciones. Mark incluso había dicho que al ritmo en que eran alimentados acabarían todos muertos en tres meses.

Lonnie se alejó del patio y bajó por la carretera hacia las cabañas de los negros. Cuando llegó delante de la casa de Clem subió por el sendero que llevaba a su puerta. Llamó varias veces y esperó. No hubo respuesta y llamó con más fuerza.

—¿Quién es? —dijo Clem desde la cama.

—Soy yo —dijo Lonnie—. He de verte un minuto, Clem. Te espero en el patio.

Se sentó y esperó a que Clem se vistiera y saliera. Mientras esperaba forzó los oídos para ver si oía algún ruido. Al otro lado de los prados, cerca de la casa grande, pudo oír a los cerdos cebados gruñir y chillar.

Clem salió y cerró la puerta. Se quedó en el umbral hablando a su esposa que estaba en la cama y le dijo que ahora volvía y que no se preocupara.

—¿Quién es? —dijo Clem bajando al patio.

Lonnie se puso en pie y fue a encontrarse con Clem.

—¿Qué problema tienes? —le preguntó Clem mientras se abotonaba el peto de los pantalones.

—Pa no está en su cama —dijo Lonnie—, y Hatty dice que ha estado fuera de la casa durante casi toda la noche. Le he buscado en los prados y en el establo, pero no he visto señal de él por ninguna parte.

Clem acabó de abotonarse los pantalones y empezó a liar un cigarrillo. Bajó lentamente el sendero que llevaba a la carretera. Todavía era oscuro y faltaba al menos una hora para el amanecer.

—Quizás tenía tanta hambre que no pudo quedarse más tiempo en la cama —dijo Clem—. Cuando lo vi ayer me dijo que había encogido tanto y estaba tan debilitado que no sabía si duraría mucho más tiempo. No parecía que su piel y sus huesos pudieran apergaminarse mucho más.

—Ayer le pedí a Arch unas cuantas raciones después de cenar. Tan solo un pedazo de cerdo salado y un poco de melaza. Me dijo que me haría el favor de darme algo a primera hora de la mañana.

—¿Por qué no le dijiste que te diera raciones enteras o que no te diera nada? —le dijo Clem—. Si supieras que no te iba a dar nada podrías irte y encontrar a un hombre mejor para el que hacer de aparcerero, ¿no?

—He sido fiel a Arch Gunnard durante mucho tiempo —dijo Lonnie—. No me gustaría largarme y dejarle así.

Clem miró a Lonnie, pero no dijo nada más. Siguieron la carretera hacia la avenida que llevaba a la casa grande. Los cerdos cebados seguían gruñendo y chillando en la pocilga y uno de los sabuesos de Arch se acercó desde una hilera de algodón que había plantado junto al camino y les olió los zapatos.

—Esos cerdos siempre tienen suficiente para comer —dijo Clem—. No hay ni uno que no pese al menos seiscientas libras y cada día están más gordos. Además de comerse lo que les dan, muchas de sus comidas incluyen las gallinas que se acercan a la pocilga a picotear.

Lonnie oyó los gruñidos de los cerdos mientras subían la carretera que llevaba a la casa grande.

—Supongo que será mejor que llamemos a Arch para que nos ayude a encontrar a Pa —dijo Lonnie—. No me gusta la idea de despertarle, pero tengo miedo de que Pa se aleje hacia los pantanos y se pierda para siempre. Ni siquiera puede oír los truenos. Nunca más lo encontraría si llegara a entrar en ese laberinto.

Clem dijo algo en voz baja y se dirigió hacia los establos y la pocilga. Llegó allí antes que Lonnie.

—Será mejor que vengas aquí rápido —dijo Clem dándose la vuelta para ver dónde estaba Lonnie.

Lonnie corrió hacia la pocilga. Se detuvo y trepó por los lados de la valla de madera y alambre. Primero no vio nada, pero poco a poco fue capaz de ver una masa de cerdos negros bien cebados en el lado opuesto. Estaban mordiéndose y gruñéndose mutuamente como una manada de perros hambrientos peleando por un conejo muerto.

Lonnie alcanzó el final de la valla, pero Clem lo agarró y tiró de él.

—No entres así en la pocilga —dijo—. Esos cerdos te harán pedazos. Están peleándose por algo.

Los dos corrieron alrededor de la pocilga y se acercaron a la esquina donde estaban todos los cerdos. Lonnie alcanzó a ver bajo sus patas una masa oscura con manchas blancas. Solo vio la masa brevemente porque uno de los cerdos la pisoteó.

Clem abrió y cerró la boca varias veces antes de poder decir nada. Agarró a Lonnie por el brazo y lo zarandeó.

—Me parece que es tu padre —le dijo—. Lo juro por Dios, Lonnie, ese parece tu padre.

Lonnie no se lo podía creer. Trepó a la parte superior de la valla y empezó a dar patadas a los cerdos para que se alejaran. No le prestaron atención.

Mientras Lonnie seguía encaramado allá arriba, Clem fue al cobertizo donde estaba el carro y volvió corriendo con dos yugos que había logrado encontrar en la oscuridad. Golpeteó a Lonnie con uno hasta que este dejó de prestar atención a los cerdos y se lo pudo dar.

Clem saltó encima de la valla y empezó a sacudir a los cerdos con el yugo. Lonnie estaba más abajo y gritaba. Un cerdo se dio la vuelta y quiso morder a Lonnie. Clem lo golpeó en la nuca con la fuerza suficiente para que por un momento se alejara.

Para entonces Lonnie ya se había dado cuenta de lo que había pasado. Corrió hacia la masa de cerdos y empezó a darles patadas con sus botas rígidas y pesadas. Los golpeó en la cabeza con el yugo de puntas de hierro. Una vez notó una sensación de dolor aguda y al bajar la mirada vio a uno de los cerdos mordiéndole la pantorrilla. Tuvo el tiempo justo de golpear al cerdo y apartarlo antes de que le destrozara la pierna. Sabía que le había arrancado la mayor parte de la pernera del pantalón porque notó el aire frío de la noche en la pantorrilla desnuda.

Mientras, Clem había continuado golpeando y había logrado apartar a los cerdos. No había otra manera de hacerlo. Los cerdos los rodeaban y los dos tenían que seguir blandiendo los yugos para mantener a los animales a distancia. Finalmente Lonnie se agachó y pudo agarrar una pierna de Mark. Con la ayuda de Clem, Lonnie logró acercarse a su padre a la valla y ambos lo levantaron para llevarlo al otro lado.

Apenas les quedaba aliento para decir nada ni hacer nada más. Los cerdos estaban junto a la valla gruñendo, mordiéndole la madera y el alambre y haciendo más ruido que nunca.

Justo mientras Lonnie buscaba una cerilla en sus bolsillos, Clem encendió una. Sostuvo la llama junto a la cabeza de Mark Newsome.

Miraron incrédulos y luego Clem apagó la cerilla. No dijeron nada mientras permanecían en la oscuridad.

Clem se alejó varios pasos y luego se dio la vuelta y se acercó a Lonnie.

—Es él —dijo Clem sentándose en el suelo—. Es él, sin duda.

—Creo que sí —dijo Lonnie. No podía pensar en nada más que decir.

Se sentaron en el suelo, uno a cada lado de Mark, mirando el cuerpo. No había habido una señal de vida en él desde que lo tocaron por primera vez. La cara, el cuello y el estómago habían sido completamente devorados.

—Será mejor que vayas a despertar a Arch Gunnard —dijo Clem al poco rato.

—¿Para qué? —dijo Lonnie—. Ya no me puede ayudar. Es demasiado tarde.

—No importa —insistió Clem—. Será mejor que le vayas a despertar y le enseñes lo que hay que ver. Si esperas a mañana quizás se le meta en la cabeza que no lo hicieron los cerdos. Ahora mismo es el momento de despertarle para que vea lo que han hecho sus cerdos.

Clem se dio la vuelta y miró hacia la casa grande. El contorno del oscuro edificio contra el cielo oscuro le hizo titubear.

—Un hombre que les da raciones míseras a sus aparceros debería como mínimo sentarse a mirar esto.

Lonnie miró a Clem con temor. Sabía que tenía razón, pero tenía miedo de escuchar a un negro decir algo así sobre un hombre blanco.

—No deberías hablar así sobre Arch —dijo Lonnie—. Está en la cama durmiendo. No ha tenido nada que ver con esto. Ha tenido tanto que ver con esta desgracia como nosotros.

Clem rio bajito y tiró el yugo al suelo, entre sus pies. Después de dejarlo un rato, lo recogió y empezó a golpear el suelo con él.

Lonnie se puso en pie lentamente. Nunca había visto a Clem actuar así y no sabía qué pensar. Se alejó sin decir nada y caminó en la oscuridad hacia la casa grande para despertar a Arch Gunnard.

3

Arch era difícil de despertar. Pero incluso después de despertar no se daba prisa por levantarse. Lonnie estaba afuera, debajo de la ventana de su dormitorio, y Arch estaba en la cama, a seis u ocho pies de distancia. Lonnie lo podía oír agitarse y rezongar.

—¿Quién te ha dicho que podías venir a despertarme en mitad de la noche? —dijo Arch.

—Bueno, Henry Clem está ahí fuera y ha dicho que quizás le gustaría saber lo que ha pasado.

Arch siguió dando vueltas en la cama, sacudiendo la almohada con los puños.

—Dile a Henry Clem que he dicho que uno de estos días va a encontrarse vuelto del revés, como la manga de un abrigo.

Lonnie esperó obstinadamente. Sabía que Clem tenía razón al insistir en que Arch debía levantarse y ver lo que había ocurrido. Lonnie tenía miedo de volver al establo y decirle a Clem que Arch no iba a venir. No lo sabía con certeza, pero tenía la sensación de que Clem era capaz de entrar en el dormitorio de Arch y arrastrarlo fuera de la cama. No le gustaba la idea de que algo así pudiera llegar a ocurrir.

—¿Sigues ahí, Lonnie? —gritó Arch.

—Estoy aquí, señor Arch. Yo...

—Si no tuviera tanto sueño saldría ahí afuera, cogería una vara y... no sé que acabaría haciendo.

Lonnie se encontró con Arch en los escalones traseros. De camino a la pocilga Arch no le habló. Caminaba pesadamente por delante de Lonnie y ni siquiera miraba si aquel lo seguía. La linterna que llevaba Arch proyectaba largos rayos planos de luz amarilla sobre el suelo. Cuando llegaron adonde Clem los esperaba, junto al cuerpo

de Mark, la cara del negro brilló en la oscuridad como una reja de arado muy pulida.

—¿Y qué estaba haciendo Mark en plena noche en la pocilga? —dijo Arch gritándoles a los dos.

Ni Clem ni Lonnie respondieron. Arch les lanzó una mirada feroz por no responderle. Pero no importaba cuántas veces los mirara, sus ojos siempre regresaban al cuerpo desgarrado de Mark Newsome que yacía a sus pies.

—No hay nada que podamos hacer ahora —dijo finalmente Arch—. Tendremos que esperar a que amanezca y llamar a un enterrador. —Dio unos pasos—. De todas formas podríais haber esperado a que amaneciera. No hacía falta despertarme.

Se dio la vuelta y miró de reojo a Clem. Clem se levantó y lo miró directamente a los ojos.

—¿Qué quieres, Clem Henry? —dijo—. ¿Quién te ha dicho que puedes venir a mi casa en mitad de la noche? No quiero que los negros vengan aquí excepto si los llamo yo.

—No podía soportar ver a alguien ser devorado por los cerdos y no hacer nada —dijo Clem.

—No te metas en lo que no te importa —le dijo Arch—. Y cuando me hables, sácate el sombrero, o te arrepentirás. No me costaría nada darte tu merecido.

Lonnie retrocedió. Había cierto malestar en el aire. Así empezaban siempre los problemas entre Clem y Arch. Lo había visto una docena de veces antes. Siempre y cuando Clem se diera la vuelta y se largara, nada ocurriría. Pero a veces se quedaba y le respondía a Arch como si fuera un hombre blanco.

Lonnie esperó que no ocurriera esta vez. Arch ya estaba suficientemente enfadado por haber sido despertado en mitad de la noche y Lonnie sabía que no había límites a lo que Arch podía llegar a hacer si se enfadaba con un negro. Nadie lo había visto matar a un negro, pero decía que lo había hecho, y que no temería volver a hacerlo.

—Supongo que sabe por qué ha acabado comido por los cerdos —dijo Clem mirando directamente a Arch.

Arch se dio la vuelta.

—¿Me estás hablando a mí?

—Le he hecho la pregunta —afirmó Clem.

—Maldito seas, mulato de... —gritó Arch.

Lanzó la linterna a la cabeza de Clem. Este esquivó el golpe, pero la parte inferior le golpeó el hombro y la linterna se rompió en pedazos. El aceite salpicó el suelo y se encendió en el aire debido a la llama ardiendo. Clem tuvo suerte de que no le salpicara en la cara y los pantalones.

—Oiga... —dijo Clem.

—Negro de mierda —dijo Arch lanzándose sobre él—. Voy a darte una lección por ser un respondón. Es la última vez que te creces. He estado aguantando mucho de ti, pero no voy a hacerlo más.

—Señor Arch, yo... —dijo Lonnie metiéndose un poco entre ellos. Ninguno lo

oyó.

Arch se alejó y miró como se apagaba el keroseno en el suelo.

—Sabe perfectamente por qué se lo han comido los cerdos —dijo Clem sin ceder un ápice—. Tenía tanta hambre que se levantó de la cama en mitad de la noche y vino aquí en plena oscuridad a ver si encontraba algo que comer. Quizás quería llegar al cobertizo de ahumar. No importa. Ha estado viviendo de las míseras raciones que usted da, como el resto de los que trabajan para usted, y era tan viejo que no sabía dónde buscar comida, excepto en su cobertizo de ahumar. Sabe perfectamente que es así como se ha perdido y ha caído en la pocilga.

El keroseno se había extinguido completamente. Aprovechando el último destello, Arch se había agachado y había agarrado el yugo que había soltado Lonnie hacía un rato.

Arch levantó el yugo por encima de su cabeza y golpeó a Clem con todas sus fuerzas. Clem esquivó el golpe, pero Arch volvió a levantarlo y logró darle un golpe en el brazo justo por encima del codo antes de que Clem pudiera esquivarlo. El brazo de Clem cayó a un lado, oscilando inánime.

—¡Maldito negro! —gritó Arch—. Te ha llegado la hora, bastardo. He estado esperando la oportunidad de darte una lección. Y esta va a ser una que no vas a olvidar.

Clem tanteó el suelo con los pies hasta que encontró el otro. Lo levantó, pero no trató de golpear a Arch sino que la sostenía delante para protegerse de los golpes. Continuaba sin ceder terreno, ni una pulgada.

—Suelta ese yugo —dijo Arch.

—No voy a quedarme aquí y dejar que me pegue de esta manera —protestó Clem.

—Por Dios, es lo que quería oírte decir —dijo Arch frunciendo la boca—. Por Dios, te ha llegado tu hora, negro.

Volvió a golpear a Clem, pero este se dio la vuelta y corrió hacia el establo. Arch fue detrás de él, pero luego se detuvo. Soltó el yugo, se dio la vuelta y corrió hacia la casa grande.

Lonnie fue hacia la valla y trató de pensar en lo que podía hacer. Sabía que no podía ponerse abiertamente del lado de un negro, incluso si Clem lo había ayudado, y sobre todo después de que Clem hubiera contestado a Arch de la forma en que lo había hecho. Era un hombre blanco y por salvar su vida no podía volverse contra Arch. No importaba lo que llegara a ocurrir.

Una luz se encendió junto a una de las ventanas de la casa grande y Lonnie oyó a Arch gritar a su esposa que se despertara.

Cuando vio que la esposa de Arch se dirigía al teléfono, Lonnie entendió lo que iba a pasar. Estaba llamando a los vecinos y a los amigos de Arch. A ellos no les importaría levantarse en mitad de la noche cuando supieran lo que iba a tener lugar.

Detrás del establo pudo oír como Clem lo llamaba. Se alejó del patio y fue a

tientas hasta el establo.

—¿Qué ocurre, Clem? —dijo.

—Me ha llegado la hora —dijo Clem—. Arch Gunnard solo habla así cuando está realmente enfadado. Habló justo así cuando se llevó a Jim Moffin a los pantanos... Y Jim jamás regresó.

—Arch no te haría nada parecido, Clem —dijo Lonnie excitado, pero sabía que no era cierto.

Clem no dijo nada.

—Quizás sea mejor que te vayas a los pantanos hasta que se calme un poco —dijo Lonnie—. Quizás tengas razón.

Lonnie notó como Clem le clavaba los ojos.

—No tendría que hacerlo si me ayudaras —dijo Clem—. ¿No te pondrías de mi lado?

—No sé lo que Arch diría —dijo Lonnie entrecortadamente.

Clem se alejó un poco. Le dio la espalda a Lonnie cuando se puso a mirar hacia el otro lado del prado, hacia su casa.

—Podría ir a esa zona de bosque y quedarme ahí hasta que se cansara de buscarme —dijo Clem dándose la vuelta para ver a Lonnie.

—Será mejor que vayas a otro sitio —dijo Lonnie con inquietud—. Conozco a Arch Gunnard. Es difícil hacerle cambiar de opinión una vez que se le mete en la cabeza hacer algo. No podría pararle. Quizás sea mejor que te vayas del pueblo.

—No puedo hacer eso. No puedo dejar a mi familia ahí, al otro lado del prado —dijo Clem.

—Si no te vas te atraparé.

—Si me ayudaras un poco no lo lograría. Solo tendría que esconderme en ese bosque durante un tiempo. Podrías hacer esto por mí. Yo te he ayudado a encontrar a tu padre y a sacarlo de la pocilga.

Lonnie asintió mientras escuchaba atentamente los ruidos procedentes de la casa grande. Continuó asintiendo mientras Clem esperaba ciertas garantías.

—Si me defiendes —dijo Clem—, me puedo ir al bosque y esperar a que cambien de opinión. Tú no les digas dónde estoy y diles que me he ido a los pantanos. No me encontrarán sin los sabuesos.

—Es verdad —dijo Lonnie, prestando atención a los sonidos de Arch procedentes de la casa. No quería que lo encontraran ahí, detrás del establo, donde Arch lo pudiera acusar de hablar con Clem.

En cuanto Lonnie respondió, Clem se dio la vuelta y desapareció en medio de la noche. Lonnie fue detrás de él, como si de repente hubiera cambiado de opinión respecto a lo de ayudarlo, pero Clem ya había desaparecido en la oscuridad.

Lonnie esperó unos minutos y oyó a Clem correr entre la maleza en dirección al bosque que había a un cuarto de milla. Cuando dejó de oír a Clem rodeó el establo para encontrarse con Arch.

Justo entonces salía Arch de la casa con su escopeta de doble cañón y un farol. Los bolsillos los tenía repletos de cartuchos.

—¿Dónde está ese negro, Lonnie? —le preguntó Arch—. ¿Adónde ha ido?

Lonnie abrió la boca, pero no le salieron las palabras.

—Tú sabes adónde ha ido, ¿verdad?

Lonnie trató de decir algo, pero no salió de él un solo sonido. Se sobresaltó al darse cuenta que estaba asintiendo a Arch.

—Señor Arch, yo...

—Está bien —dijo Arch—. Es todo lo que necesito saber. Dudley Smith, Tom Hawkins, Frank y Dave Howard y el resto llegarán en un minuto. Quédate aquí para que nos puedas decir dónde se está escondiendo.

Lonnie trató desesperadamente de decir algo. Había agarrado a Arch por la manga para detenerle, pero Arch se había ido.

Arch fue a la parte delantera de la casa. Al poco rato llegó un coche por la carretera. Los faros iluminaban todo el lugar, la pocilga, todo. Lonnie sabía que se trataba probablemente de Dudley Smith, porque su casa era la primera en esa dirección, a tan solo media milla. Mientras este entraba por el camino llegaron varios automóviles más procedentes de ambas direcciones.

Lonnie tembló. Tenía miedo de que Arch le exigiera saber adónde había ido Clem a esconderse. Sabía que Arch lo obligaría. Había prometido a Clem que no lo haría. Por mucho que lo intentara, no podía creer que Arch se limitara a azotar a Clem.

Clem no había hecho nada que exigiera un linchamiento. No había violado a una mujer blanca ni había disparado a un hombre blanco. Solo había respondido a Arch con el sombrero puesto. Pero Arch estaba lo suficientemente enfadado como para hacer cualquier cosa. Estaba suficientemente enfadado con Clem como para no quedarse corto y organizar un linchamiento.

Antes de darse cuenta ya tenía a todo el grupo de hombres revoloteando a su alrededor. Y ahí estaba Arch, agarrándolo por el brazo y gritándole a la cara.

—Señor Arch, yo...

Lonnie reconoció a todos los hombres a la débil luz del amanecer. Estaban excitados y tenían el aspecto que tienen los hombres durante la última etapa de una noche cazando zorros. Tenían las escopetas y pistolas en la cintura, preparadas para caer sobre su presa.

—¿Qué te pasa, Lonnie? —dijo Arch gritándole en la oreja—. Despierta y dinos adónde se ha ido a esconder Clem Henry. Estamos listos.

Lonnie levantó los ojos y vio a Frank Howard metiendo cartuchos amarillos del calibre doce en la recámara. Frank se inclinó hacia delante para poder oír a Lonnie decirle a Arch dónde se escondía Clem.

—¿No irá a matar a Clem, verdad, señor Arch? —dijo Lonnie.

—¿Matarlo? —repitió Dudley Smith—. ¿Qué crees que he estado esperando todo este tiempo si no una oportunidad de cargarme a Clem? Ese negro se lo estaba

buscando desde que llegó al condado. Es un mal negro y se va a llevar su merecido.

—No ha sido exactamente culpa de Clem —dijo Lonnie—. Si Pa no hubiera venido aquí arriba y no hubiera caído en la pocilga, Clem no habría tenido nada que ver. Solo me estaba ayudando.

—Cállate, Lonnie —alguien le gritó—. Estás tan alterado que no sabes lo que dices. Cuando hablas así es que estás tomando partido por un negro.

La gente se aglomeró a su alrededor tan estrechamente que era como si lo estuvieran ahogando. Necesitaba aire, recuperar el aliento, salir de entre este montón de gente.

—Verdad —dijo Lonnie.

Se oyó a sí mismo hablar, pero no sabía lo que decía.

—Pero Clem me ha ayudado a encontrar a Pa cuando se ha perdido buscando algo que comer.

—Cállate Lonnie —le volvió a decir alguien—. ¡Maldito idiota, cállate!

Arch lo agarró por los hombros y lo zarandeó hasta que sus dientes empezaron a hacer ruido. Entonces Lonnie se dio cuenta de lo que había estado diciendo.

—Mira, Lonnie —le gritó Arch—. Debes de haber perdido el juicio porque no hablarías como un amante de los negros si estuvieras en tu sano juicio.

—Verdad —dijo Lonnie temblando de arriba abajo—. Es verdad que no me gustaría hablar así.

Seguía notando el lugar en el hombro donde Arch lo había agarrado con sus fuertes dedos y le había hecho daño.

—¿Se ha ido a los pantanos, Lonnie? —dijo Dudley Smith—. ¿Es eso, Lonnie?

Lonnie trató de negar con la cabeza, luego trató de asentir. Los dedos de Arch empezaron a apretar su delgado cuello. Lonnie miró a los hombres con los ojos desorbitados.

—¿Dónde se ha escondido, Lonnie? —exigió saber Arch, apretando más.

Lonnie dio tres o cuatro pasos hacia el establo. Cuando se detuvo, el hombre que tenía detrás lo empujó de nuevo hacia adelante. Lonnie se vio empujado en dirección al establo y más allá.

—Está bien, Lonnie —dijo Arch—. ¿Y ahora hacia dónde?

Lonnie señaló la zona boscosa que había junto al arroyo. El pantano estaba en la dirección opuesta.

—Dijo que se iba a esconder en el bosque junto a aquel arroyo, señor Arch —dijo Lonnie—. Supongo que está ahí ahora.

Lonnie se vio empujado hacia delante. Tropezó en el suelo lleno de baches y trató de evitar caer y ser pisoteado. Nadie hablaba. Todos parecían caminar de puntillas. La luz gris del amanecer era suficiente tanto para esconderlos como para mostrarles el camino.

Justo antes de alcanzar las lindes del bosque los hombres se separaron y Lonnie se encontró formando parte del círculo que estaba rodeando a Clem.

Lonnie estaba solo y no había nadie que lo detuviera. Pero era incapaz de moverse, ni hacia delante ni hacia atrás. Empezó a darse cuenta de lo que había hecho.

Clem estaba probablemente subido a un árbol en la profundidad del bosque, pero ya debía de estar rodeado por todas partes. Si intentara bajar y escapar corriendo, le dispararían como a un conejo.

Lonnie se sentó en un tronco y trató de pensar en lo que podía hacer. El sol estaría en lo alto en pocos minutos y en cuanto estuviera arriba los hombres cercarían el arroyo y a Clem. No tendría ninguna oportunidad con todas esas pistolas y escopetas.

Una o dos veces vio el resplandor de una cerilla a través de la maleza donde algunos hombres se habían echado a esperar. Una ráfaga de humo de cigarrillo le llegó a los orificios de la nariz y se preguntó si Clem podía olerlo dondequiera que estuviera en el bosque.

No se oía ningún ruido alrededor y sabía que Arch Gunnard y el resto de hombres estaban esperando a que amaneciera, que tardaría unos pocos minutos en salir el sol por detrás de él, por el este.

Entonces ya habría suficiente luz para ver claramente el suelo desigual y la maleza enmarañada y la corteza formando volutas en los pinos.

Los hombres ya habían empezado a moverse hacia delante, agachados con la escopeta alzada, como si fueran tras un ciervo. El bosque no era grande y el círculo de hombres podía recorrerlo en pocos minutos al ritmo que avanzaban. Todavía había una oportunidad de que Clem hubiera escapado atravesando el círculo antes del amanecer, pero Lonnie presintió que seguía allí. Empezó a sentir que Clem estaba porque él lo había colocado allí para facilitar a los hombres la tarea.

Lonnie se dio cuenta de que iba avanzando y de que era arrastrado hacia el círculo que se iba estrechando. Entonces pudo ver los contornos borrosos de los hombres. Sus ojos registraban las copas verdes y espesas de los pinos mientras avanzaban de árbol en árbol.

—¡Pa! —susurró con voz ronca—. ¡Pa!

Dio unos pasos, mirando entre la maleza y en las copas de los árboles. Al ver a los demás hombres, se dio cuenta de que no estaban buscando a Mark Newsome. No sabía qué era lo que le había hecho olvidar eso.

El avanzar agachado empezó a introducirse en los movimientos del cuerpo de Lonnie. Se dio cuenta de que saltaba sobre las puntas de los pies y de que su cuerpo se inclinaba hacia delante. Era como acercarse sigilosamente a un conejo sin escopeta.

De nuevo olvidó qué estaba haciendo allí. El movimiento ágil de sus piernas parecía fortalecerse a cada paso. Se inclinaba tan hacia delante que casi tocaba el suelo con la punta de los dedos. Ahora no podía detenerse. Iba al mismo paso que el círculo de hombres.

Los quince hombres iban cerrando el círculo más y más. Ya había amanecido lo

suficiente como para poder ver la hora en la esfera de un reloj. El sol empezaba a dar color al cielo.

Para entonces Lonnie era el más adelantado. No podía detenerse. La fuerza de sus piernas era tan grande que no la podía controlar.

Hacía tanto tiempo que no podía comprar cartuchos para su escopeta que había olvidado lo mucho que le gustaba cazar.

El sonido de los hombres acechando se había convertido en un ritmo en sus oídos.

—¡Aquí está el bastardo! —gritó alguien y se oyó una concentración de hombres corriendo por entre la maleza seca. Lonnie se lanzó hacia delante llegando al árbol tan rápido como casi todos los demás.

Vio a todos con las escopetas levantadas y miró más allá, hacia el cielo que había encima del contorno de la cara de Clem Henry brillando al sol naciente. Su cuerpo abrazaba la parte más delgada del pino.

Lonnie no supo quién fue el primero en disparar, pero el resto no lo dudó un instante. Hubo un estruendo ensordecedor cuando las escopetas y revólveres estallaron y humearon alrededor del árbol.

Cerró los ojos. Tenía miedo de mirar de nuevo a la cara que había arriba. Los disparos continuaron sin pausa. Clem se abrazó al árbol con todas sus fuerzas y entonces, con el sonido lejano de la madera astillándose, la copa del árbol y Clem se estrellaron contra el suelo atravesando las ramas inferiores. El cuerpo despatarrado y desgarrado se estrelló con un sonido seco que paró por un momento el corazón de Lonnie.

Cuando los disparos volvieron a empezar se dio la vuelta y se agarró a un árbol para no caer. El cuerpo era sacudido una y otra vez, como si estuvieran disparando con un rifle automático a unos gatos metidos en un saco. Las balas de plomo procedían de todas partes. Se levantó una asfixiante nube de polvo que apestaba a pólvora quemada.

Lonnie no se acordaba luego de cuánto duraron los disparos. De repente se vio a sí mismo corriendo de árbol en árbol, agarrándose a las ásperas cortezas de pino, tropezando violentamente mientras corría hacia el claro. Cuando salió a campo abierto el cielo había pasado de gris a rojizo. Mientras corría tropezaba con los terrones duros del campo arado. Trató de mantener la vista en la casa que tenía delante.

Una vez cayó y le fue casi imposible volver a levantarse. Con dificultad logró ponerse de rodillas, de cara al sol. El calor le proporcionó la fuerza suficiente para ponerse en pie y murmuró algo. Trató de decir cosas que nunca pensó que diría.

Cuando llegó a casa, Hatty le estaba esperando en el patio. Había oído los disparos en el bosque, le había visto tropezar con los terrones en el campo y le había visto arrodillado mirando directamente al sol. Hatty temblaba cuando corrió hacia Lonnie para averiguar lo que había pasado.

Cuando llegó al patio, Lonnie se dio la vuelta y miró por encima del hombro

durante un segundo. Vio a los hombres trepar la valla de Arch Gunnard. La esposa de Arch estaba de pie en el porche trasero y les estaba hablando.

—¿Dónde está Pa, Lonnie? —preguntó Hatty—. ¿Y qué demonios eran todos esos disparos en el bosque? —Lonnie avanzó a trompicones hasta el porche delantero. Cayó de bruces en las escaleras.

—¡Lonnie, Lonnie! —dijo Hatty—. Despierta y dime qué demonios pasa. Nunca había visto nada parecido.

—Nada —dijo Lonnie—. Nada.

—Bueno, si no pasa nada, ¿puedes ir a la casa grande y pedir un pedazo de carne magra? No tenemos nada para preparar el desayuno. Tu padre estará más hambriento que nunca después de pasar toda la noche fuera.

—¿Qué? —dijo Lonnie. Su voz se convirtió en un grito al ponerse de pie de un salto.

—He dicho que vayas a la casa grande y pidas un pedazo de carne magra, Lonnie. Eso es todo.

Agarró a su esposa por los hombros.

—¿Carne? —gritó mientras la zarandeaba con brutalidad.

—Sí —dijo ella con cara de sorpresa e intentando zafarse—. ¿No podrías pedirle a Arch Gunnard un poco de carne magra?

Lonnie se desplomó de nuevo sobre los escalones y dejó caer las manos entre las piernas. Clavó la barbilla en el pecho.

—No —dijo con voz casi inaudible—. No. No tengo hambre.

TEMPORADA DE CULTIVO

Hacía calor como para volver loco a todo el mundo.

La hierba crecía tan rápido que Jesse English no llegaba a tiempo de segarla y taparla toda. Había segado doce acres de campo de algodón durante cinco días y estaba a punto de darse por vencido.

A mediodía, cuando su esposa lo llamó para almorzar, Jesse desató la mula y la dejó suelta. La mula caminó vacilante hacia el granero, tropezando con las hileras cavadas como dando palos de ciego. Los ojos de Jesse estaban inyectados en sangre debido al calor y temía haber cogido una insolación. Entró en la casa, pero no pudo comer nada. Se sentó en el porche y se tapó la cara con el sombrero para evitar el resplandor del sol, sintiendo como que nunca más en su vida iba a poder ponerse en pie.

Lizzie llegó a la puerta y le dijo que se levantara y comiera lo que le había preparado. Jesse no respondió y al cabo de un rato ella volvió a meterse en la casa.

El repiqueteo de la cadena procedente del patio despertó a Jesse. Se incorporó, se apoyó en un codo y miró a *Fiddler*, que estaba bajo el árbol santo. *Fiddler* se arrastró alrededor del árbol dando vueltas a la cadena alrededor del tronco. Cuando *Fiddler* hubo bobinado la cadena todo lo que pudo, se volvió a echar.

Jesse miró fijamente a *Fiddler* con los ojos ardiéndole hasta que no pudo soportarlo más. Hundió sus nudillos en las cuencas hasta que durante un breve instante el dolor desapareció.

Fiddler se incorporó y se puso a dos patas, pero cayó hacia delante como un borracho. Cada vez que *Fiddler* hacía ruido con la cadena, Jesse notaba como un torrente de sangre que le subía a la cabeza. Mirándolo empezó a preguntarse lo que ocurriría con su cosecha de algodón. Cuando el algodón ya estaba listo para ser azadonado se puso a llover durante una semana. Pero antes de poder segar la hierba, había crecido, se le había adelantado. Lizzie había cogido una insolación el año anterior y cada vez que estaba al sol durante quince o veinte minutos se desmayaba. No le podía ayudar a pasar la azada y no tenía a nadie que lo ayudara. Ni siquiera había un negro en la granja.

Cuando miró el campo se dio cuenta de lo poco que había hecho desde el amanecer. No veía cómo iba a ser capaz de arrancar toda la hierba antes de que las plantas de algodón se ahogaran.

La cadena sonó otra vez. Jesse se arrastró con manos y pies hasta el borde del porche y se quedó mirando a *Fiddler*. Lizzie volvió a asomarse a la puerta y le dijo que entrara a comer, pero él no la escuchó.

Fiddler dio vueltas, se echó y apoyó la cabeza contra el tronco del árbol santo.

Jesse, sentado en el borde del porche y meciendo los pies de atrás a delante, se frotó los ojos con los nudillos y trató de razonar. El calor, incluso a la sombra del porche, lo cegaba. Los ojos le ardían como si tuviera castañas en la cabeza. Cuando

volvió a oír el ruido de la cadena de *Fiddler*, trató de observarlo a través del calor, pero para entonces *Fiddler* ya no era más que una mancha azul en el patio.

La cosecha se iba a arruinar porque no tenía a nadie que lo ayudara a quitar las hierbas antes de que ahogaran las plantas de algodón.

Jesse se bajó del borde del porche, subió las escaleras y entró en el vestíbulo. En la esquina, tras la puerta estaba su escopeta. La tenía siempre cargada y no se detuvo a mirar si había cartuchos en los cañones.

—Se está estropeando tu almuerzo, Jesse —le dijo su esposa desde algún lugar de la casa.

No le respondió.

De nuevo al sol y en medio del calor, Jesse pudo ver cómo la hierba estaba ahogando su cosecha de algodón. Atravesó el patio corriendo, entró en el campo y empezó a dar patadas a las plantas de algodón y la hierba que tenía bajo los pies. Incluso así, la hierba se volvía a levantar como los muelles de un colchón. Las plantas de algodón que había arrancado de raíz con las patadas empezaron a marchitarse lentamente al calor del mediodía. Cuando se dio la vuelta las plantas ya se habían secado y muerto.

Regresó al patio y dio una patada a la cadena. Un extremo estaba atado al árbol santo y el otro estaba sujeto al cuello de *Fiddler*. Apoyó la escopeta contra el árbol y empezó a hurgar en la cadena. Mientras estaba agachado, Lizzie salió de nuevo al porche.

—¿Qué quieres hacer con esa escopeta, Jesse? —preguntó haciéndose sombra con las manos.

Al no obtener respuesta, Lizzie bajó las escaleras y atravesó corriendo el patio hacia el árbol santo.

Para entonces Jesse ya había conseguido abrir el cierre. Jesse cogió la escopeta y tiró de la cadena. Volvió a tirar de ella con más fuerza y *Fiddler* se puso de pie y se alejó por el patio temblando como un borracho.

Lizzie intentó arrancar la cadena de la mano de Jesse. Él la empujó.

—Jesse —le gritó—. ¿Qué vas a hacer con *Fiddler*?

La empujó hasta colocarla detrás de él. *Fiddler* se bamboleaba sobre sus cortas piernas y Jesse lo levantaba con la culata de la escopeta cada vez que parecía que iba a caer. Lizzie fue detrás de ellos gritando y cayó a los pies de su esposo. Jesse se alejó de ella antes de que pudiera rodearle las piernas con los brazos.

Fiddler empezó a correr hacia el granero. Jesse corrió detrás de él sujetando la escopeta de manera que pudiera dirigir los pasos de *Fiddler* en la dirección que quería.

La cosecha estaba arruinada. Pero había olvidado que la hierba había ahogado las delicadas plantas de algodón. La hierba había crecido tanto que no había podido evitarlo. Si Lizzie no hubiera cogido una insolación o si él hubiera tenido a alguien que lo ayudara, podría haber salvado su algodón. La hierba que había en los doce

acres era demasiada para un solo hombre si este se rezagaba.

Sus ojos estaban tan inyectados en sangre que no podía ver bien a *Fiddler*. El calor y el martilleo en su cabeza le hicieron olvidar todo excepto que tenía que llevar a *Fiddler* a la parte trasera del granero, donde estaba el terraplén. Lanzó una panocha de maíz a la mula para apartarla del camino que seguía *Fiddler*. La mula entró en el granero.

Fiddler corrió en otra dirección, pero Jesse lo volvió a dirigir hacia el terraplén con la culata de su escopeta. Golpeó a *Fiddler* de nuevo para que no volviera a ir en la dirección opuesta.

En el patio Lizzie gritaba. No llevaba el sombrero y ya le había dado demasiado el sol.

Cuando llegaron al terraplén Jesse empujó a *Fiddler* hacia abajo. Este se quedó en el fondo, escarbando los lados y tratando de salir.

Jesse levantó la escopeta, ajustó la mira y lo único que vio fue una masa gris contoneándose contra el fondo de color rojo del barro. Apretó el gatillo de todos modos y esperó un momento. Sin bajar la escopeta disparó un segundo cartucho contra *Fiddler*.

Fiddler estaba haciendo más ruido que antes. Jesse se sentó en el borde del terraplén y se frotó los ojos con los nudillos. Notó que la tierra cedía bajo sus pies y retrocedió un poco para evitar deslizarse hacia abajo, donde *Fiddler* se movía como un pez que hubieran dejado tirado fuera del agua.

—¡Deja de patear y chillar, maldito seas! —gritó Jesse—. ¡Muérete, maldito, muérete!

No podía quedarse más rato allí. Había esperado todo el tiempo que podía a que *Fiddler* dejara de retorcerse. La carga en los cartuchos era suficiente para matar a un mulo a corta distancia, pero no había sido suficiente para matar a *Fiddler*.

Lizzie gritaba bajo el árbol santo. El calor y el sol abrasador hicieron que Jesse corriera hacia el montón de leña de detrás de la casa. Allí cogió el hacha y regresó a la hondonada. *Fiddler* seguía retorciéndose en el fondo como una gallina a la que le hubieran cortado la cabeza. Jesse saltó abajo y golpeó a *Fiddler* tres o cuatro veces. Cuando se detuvo, la sangre cubría el mango y la cuchilla del hacha, y bañaba las perneras de sus pantalones.

Al cabo de un rato *Fiddler* se quedó quieto y Jesse se dirigió al lado del terraplén donde el talud no era tan empinado y subió. De camino a la casa pudo ver a Lizzie en el suelo, junto al árbol santo donde *Fiddler* había estado atado.

Llevó el hacha al montón de leña y la clavó en un tronco de nogal. Después se sentó encima del montón de leña y trató de aliviar el ardor en sus ojos hundiendo los nudillos en ellos.

De algún lugar vino una brisa y el viento en la cara hizo que se sintiera mejor. Se pasó el pulgar por debajo de uno de los tirantes de los pantalones y lo soltó. La brisa que soplaba contra su camisa y su piel mojadas parecía una suave lluvia.

Uno de los sabuesos que había estado durmiendo debajo de la casa se levantó y se dirigió al montón de leña y empezó a lamer el mango del hacha. Jesse lo miró hasta que hubo terminado. Cuando el perro empezó a lamer las perneras de sus pantalones, Jesse le dio una patada con todas sus fuerzas. El sabueso cayó y corrió aullando de vuelta bajo la casa.

Jesse se secó la cara con las manos y se levantó. Encontró la azada apoyada contra la pared de la casa. La llevó al porche y arrancó el afilador del soporte de madera donde había estado metido desde la última vez que lo había usado.

Creyó oír a su esposa dando traspies en la entrada de la casa.

Apoyó la azada contra el porche y empezó a afilar la cuchilla hasta que estuvo tan fina como un cuchillo para el maíz. Cuando terminó, clavó el afilador otra vez en el soporte de madera y se dirigió al campo de algodón con la azada al hombro y sin nada que le protegiera la cabeza del sol.

Jesse no estaba seguro, pero pensó que quizás podría salvar la cosecha. La hierba no se vuelve a levantar cuando uno pasa la azada y podía volver a afilarla siempre que lo necesitara.

EL NEGRO EN EL POZO

Jule Robinson estaba roncando en la cama cuando sus perros raposeros encontraron un rastro a una milla de distancia y lo despertaron de un sobresalto con sus aullidos. Se levantó de un salto, se puso los zapatos y corrió al patio delantero. Faltaba como una hora para el amanecer.

Sostuvo el sombrero a un lado de la cabeza como si fuera una mano ahuecada para escuchar el rastreo que tenía lugar en la cresta de la colina cercana a su casa. El sombrero le ayudó a desviar los sonidos hacia su oído y así pudo oír —tan claramente como su propia respiración— a los perros pisar la maleza seca. Apenas le costó unos segundos averiguar que los perros no estaban siguiendo una pista falsa, se puso el sombrero en la cabeza y se agachó a atarse los cordones de los zapatos.

—Papá —dijo una voz asustada—, por favor, no te vayas ahora. Espera a que amanezca.

Jule se dio la vuelta y vio el contorno borroso de sus dos hijas. Estaban acurrucadas en la ventana de su habitación. «Jessie y Clara eran suficientemente mayores para cuidarse», pensó, «pero eso no las impedía estorbarlo cuando quería ir a cazar zorros».

—Vuelve a la cama a dormir, Jessie... tú y Clara —dijo ásperamente—. Esos perros están en la colina. No creo que se alejen demasiado hasta antes del amanecer.

—Tenemos miedo, papá —dijo Clara.

—¿Miedo de qué? —preguntó Jule impaciente—. No hay nada que debáis temer dos muchachas mayores como tú y Jessie. ¿De qué tenéis miedo en este sitio?

Los perros dejaron de rastrear por un momento y Jule se detuvo a escuchar en el silencio. En seguida volvieron a seguir el rastro y Jule se agachó a acabar de atarse los cordones de los zapatos.

En la distancia pudo oír otras jaurías de perros y forzando la vista el titileo de las hogueras donde los cazadores habían acampado para calentarse las manos y los pies.

—¿Vas a ir, papá? —preguntó Clara.

—Sí, voy a ir —respondió.

Las dos niñas corrieron a sus camas y se taparon con las mantas hasta cubrirse las cabezas. No había manera de convencer a Jule Robinson cuando se empecinaba en seguir a sus raposeros.

La moda debía de haber empezado en algún momento durante las fiestas, porque al final de la primera semana de enero parecía como si todo el mundo en Georgia estuviera trocando perros durante el día y bramando «uuuaaa joo» por la noche. Desde la puesta de sol hasta el amanecer del día siguiente, los bosques, campos, pastos y pantanos hervían de hombres cubiertos de plantas espinosas y sabuesos aullando. Nadie montaba a caballo tras los perros en unas tierras donde había alambradas cada cien yardas.

Los automóviles rugían y traqueteaban por las carreteras rurales durante toda la

noche. Los cazadores tenían que viajar rápido si no querían perder la pista de los sabuesos.

Ningún animal de cuatro patas estaba seguro después de la puesta de sol porque los perros estaban poseídos por la liebre de la caza y las jaurías de esos perros larguiruchos y hambrientos iban persiguiendo y devorando terneros, cerdos e incluso lince de pelaje amarillo. Había llegado un punto que hasta las gallinas se metían en los gallineros una hora antes porque esas jaurías hambrientas de caza ya ni esperaban la puesta del sol.

Jule terminó de atarse los cordones de los zapatos y dio la vuelta a la casa. El sendero que llevaba a la colina empezaba en el patio trasero y serpenteaba hacia arriba como una senda de vacas entre los matorrales. Jule pasó delante del pozo y se detuvo a ver si llevaba en los bolsillos suficiente tabaco hasta la vuelta.

Mientras estaba allí de pie oyó un sonido como de agua borboteando a través del cuello de una damajuana. Jule se detuvo a escuchar de nuevo y el sonido le llegó con más claridad. No había ningún arroyo cerca y el agua más cercana estaba dentro del pozo. Se acercó al borde y volvió a escuchar. El pozo no tenía base ni cabrestante. Era sencillamente un agujero de veinte pies en el suelo con tablones de madera por encima para evitar que los cerdos y las gallinas cayeran dentro.

—¡Por Dios, ayúdeme! —dijo una voz.

Jule se puso de rodillas y observó la tapa del pozo. Tocó a tientas los tablones y notó que tres se habían movido y que había un gran orificio alargado por el que podía pasar un ternero.

—¿Quién hay ahí? —dijo Jule estirando el cuello y ladeando la cabeza para oír mejor.

—¡Por Dios, ayúdeme! —repitió la voz más débilmente.

Volvió a oírse el borboteo y Jule supo que era el agua del pozo.

—¿Quién hay ahí ensuciándome el agua del pozo? —dijo Jule.

No se oyó nada. Incluso el borboteo había cesado.

Jule buscó una piedra a tientas y la dejó caer en el pozo. Contó hasta que pudo oír la salpicadura en el agua.

—¡Maldita sea tu estampa, quienquiera que seas ahí abajo! —dijo Jule—. ¿Quién eres?

Nadie respondió.

Jule buscó en la oscuridad el cubo de agua pero no lo encontró. En lugar de ello, encontró una piedra más grande, una piedra tan grande como su puño, y la dejó caer en el pozo.

Esta piedra tocó algo antes de caer dentro del agua.

—¡Por Dios! Me estoy hundiendo y no puedo hacer nada —dijo la voz en el fondo—. Oh, Dios. Una gran mano está intentando sumergirme.

Los sabuesos en la colina torcieron hacia el este y volvieron a empezar. El zorro que perseguían estaba tratando de hacerlos retroceder, pero los perros de Jule no se

dejaban engañar fácilmente. Eran casi tan listos como un zorro.

Jule se incorporó y se puso a escuchar a los animales corriendo.

—¡Uuuuuu joo! —llamó a los perros.

Eso hizo que aullaran con más fuerza.

—¿Es usted, señor Jule? —preguntó la voz.

Jule se inclinó sobre el pozo de nuevo, pero manteniendo un oído atento a lo que hacían los perros en la colina. No quería perderles la pista cuando rastreaban de esta manera.

—Soy yo —dijo Jule—. ¿Quién eres?

—Solo Bokus Bradley, señor Jule —dijo la voz.

—¿Qué estás haciendo en mi pozo? Llenándolo de barro, Bokus.

—Ha sido así, señor Jule —dijo Bokus—. Estaba bajando la colina hace un rato, tratando de no perder a mis perros, y he tropezado con la tapa de su pozo. Supongo que de alguna manera me he salido del sendero. La tapa de su pozo no ha aguantado mi peso, no sé, y en un momento aquí estaba. Llevo dentro del pozo desde entonces. Supongo que he estado aquí casi toda la noche. Espero que no se enfade conmigo, señor Jule. No lo he podido evitar.

—Has llenado de barro mi agua —dijo Jule—. Tú verás si estoy contento.

—Supongo que sí, la he llenado un poco de barro —dijo Bokus—. Pero es que no he podido evitarlo.

—¿Adónde han ido tus perros? —preguntó Jule.

—No lo sé, señor Jule. No los he oído desde que he caído aquí dentro. Iban hacia el arroyo cuando bajaba la colina detrás de ellos. ¿Los puede oír, señor Jule?

Se podían oír varias jaurías de perros. La de Jule estaba rastreando hacia el este y una jauría bajaba el arroyo hacia el pueblo. Más allá, hacia las colinas, había varias jaurías corriendo, pero estaban tan lejos que no era fácil determinar a quien pertenecían.

—Me parece que tus perros están en el arroyo y van hacia el pantano —dijo Jule.

—¡Uuuuuu joo! —llamó Bokus.

El sonido procedente del pozo le pareció a Jule como si hubiera salido de un megáfono.

—Tus perros no te pueden oír desde ahí abajo, Bokus —dijo.

—Sé que no pueden, señor Jule, y por eso quiero salir de aquí. Mis pobres perros no saben adónde quiero que vayan rastreando si no me oyen decírselo. ¡Uuuuuu joo! —gritó Bokus—. ¡Por Dios, ayúdeme!

Parecía que los perros de Jule estaban cercando a un zorro y Jule se incorporó de un salto.

—¡Uuuuuu joo! —gritó ahuecando las manos junto a la boca—. ¡Uuuuuu joo!

—¿Sigue ahí, señor Jule? —preguntó Bokus—. Por favor, señor Jule, no se vaya y me deje abandonado en el pozo frío. Haré por usted lo que quiera si me saca de aquí. He estado aquí con el agua fría hasta el cuello durante toda la noche.

Jule tiró unos tablones por encima del pozo.

—¿Qué está haciendo, señor Jule?

Jule se sacó el sombrero y lo sostuvo a un lado de su cabeza por el ala como si se tratara de un abanico. Podía oír el jadeo de los perros corriendo.

—¿Cuántos perros raposeros tienes, Bokus? —preguntó Bokus.

—Tengo ocho —dijo Bokus—. Y son muy buenos rastreadores, señor Jule. Pero me gustaría salir de este pozo antes de seguir hablando con usted.

—Podrías pasar con menos perros, ¿no, Bokus?

—Si tuviera que hacerlo, lo haría —dijo Bokus—, pero lo que es seguro es que no me gustaría tener menos de ocho. Ocho es el número natural para una jauría, señor Jule.

—¿Cómo piensas salir del pozo? —dijo Jule.

—Pues imaginaba que usted me iba a ayudar, señor Jule —dijo—. Al menos esa es la única manera de salir de este pozo. He tratado de trepar, pero la tierra se desmenuza cada vez que hundo los dedos en las paredes.

—Has llenado ese pozo con tanto barro que el agua no se podrá beber durante una semana o más —dijo Jule.

—Haré lo que pueda para dejarla limpia, señor Jule, si algún día vuelvo a pisar suelo firme. ¿Puede oír a mis perros, señor Jule?

—Siguen en el arroyo. Supongo que podría bajar el cubo de agua y podría tirar un poco y tú podrías trepar otro poco y quizás podrías salir de esta manera.

—Eso sería perfecto, señor Jule —dijo Bokus con ansiedad—. Aquí estoy. ¿Cuándo va a bajar el cubo de agua?

Jule se levantó y escuchó a sus perros en la colina. Por el ruido que hacían, no faltaba mucho para que obligaran al zorro a subir a un árbol.

—Solo queda una hora para el amanecer —dijo Jule—. Será mejor que suba a la colina y vea lo que hacen mis perros. No puedo hacer demasiado aquí hasta que no salga el sol.

—No se vaya y me deje aquí, señor Jule —le rogó Bokus—. Señor Jule, por favor, solo baje el cubo y ayúdeme a salir. Tengo que salir de aquí, señor Jule. Mis perros se echan a perder si yo no los sigo. ¡Uuuaaa joo! ¡Uuuaaa joo!

La jauría de sabuesos venía procedente del arroyo y se dirigía a la casa. Jule se sacó el sombrero y se lo puso junto al oído. Escuchó los jadeos y aullidos.

—Si tuviera dos sabuesos más me sentiría muy satisfecho —dijo Jule gritando lo suficiente para que Bokus lo oyera—. Solo necesito dos ahora.

—¿No querrá dos de los míos, señor Jule? —preguntó Bokus.

—Es un buen momento para hacer un trueque —dijo Jule—. Es el momento perfecto, ahora que estás dentro del pozo y quieres salir.

—¿Ha dicho dos?

—Dos es lo que he dicho.

Se hizo un silencio largo en el pozo. Durante casi cinco minutos Jule escuchó las

jaurías de perros a su alrededor, algunos en la colina, otros en el arroyo y otros en los campos a lo lejos. El ladrido de los perros era para él el sonido más dulce del mundo. Perdería una noche de sueño solo por escuchar una jauría de perros raposeros rastreando.

—¡Uuuaaa joo! —llamó.

—¡Señor Jule! —gritó Bokus desde el fondo del pozo.

Jule se acercó al borde y se inclinó para oír lo que el negro tenía que decirle.

—¿Qué hay del trueque, Bokus?

—Señor Jule, no puedo canjear dos de mis perros. Seguro que no puedo.

—¿Por qué no? —dijo Jule.

—Porque entonces solo me quedarían seis perros, señor Jule, y no podría salir de caza con tan pocos.

Jule se levantó y dio una patada a los tablones de encima del pozo.

—No podrás seguir a ninguno de tus perros durante un tiempo —dijo—, porque te voy a dejar en el fondo del pozo. Falta una hora, casi, para que amanezca y no puedo perder tiempo hablando contigo. Quizás cuando vuelva te interese hacer un trueque, Bokus.

Jule dio una patada a los tablones.

—¡Por Dios, ayúdeme! —dijo Bokus—. Pero no me haga canjear dos perros por la ayuda que le pido.

Jule tropezó con el cubo de agua cuando se dio la vuelta para cruzar el patio e ir hacia el sendero que subía hasta la colina. Oía como sus perros corrían allá arriba, y cuando se sacó el sombrero y lo sostuvo a un lado de la cabeza pudo oír a *Polly* jadear, a *Senator* bufar, a *Mary Jane* gemir y a *Sunshine* aullar y al resto ladrar a la cabeza de la jauría. Se puso el sombrero, se lo encasquetó bien, y subió corriendo por el sendero para seguirlos. El zorro no aguantaría mucho más.

—¡Uuuaaa joo! —llamó a sus perros.

—¡Uuuaaa joo!

El eco sonó magistral.

LAVINIA

Al principio no supo qué había sido lo que la había despertado. No estaba segura de si había sido un ruido en alguna parte de la casa o la quemazón metálica en su piel febril. Cuando abrió los ojos pudo oír un cacareo que provenía de todas las direcciones. A medianoche, los gallos cantaban durante una hora de forma constante. Esos sonidos —que venían de los gallineros del pueblo y de las granjas que lo rodeaban— cubrían la planicie con barullo casi insoportable.

Lavinia se sentó en la cama, totalmente despierta tras tres horas de sueño irregular. Se apretó los oídos con las palmas de las manos para hacer desaparecer el cacareo, pero incluso eso no funcionaba. Podía oír el jaleo hiciese lo que hiciese.

—Nunca más podré dormir —dijo con las manos todavía apretadas a los lados de la cabeza—. Será mejor que deje de intentarlo.

Cuando levantó la cabeza vio una luz en la ventana y puerta traseras. La luz bañaba el porche y se reflejaba pálidamente, como la luna, en las paredes de su habitación. Se quedó sentada, totalmente despierta, en tensión, aguantando la respiración mientras escuchaba.

Entonces se abrió la puerta mosquitera del otro extremo del pasillo, haciendo un chirrido. Luego se cerró de golpe. Tembló. Mientras, el ventilador que había en el borde del tocador zumbaba de manera monótona. Excitada, se agarró los hombros con las manos. Los temblores continuaron mientras el ventilador le soplaba una corriente constante de aire sofocante a la cara y el cuello.

Los pasos fueron inaudibles por un instante, y luego se oyeron distintamente. Los reconocería dondequiera que los oyese. Durante tres años los había oído, noche y día desde que tenía quince años. Algunos pasos cambiaban con el transcurrir de los años. Las zancadas se hacían más grandes, más pequeñas. Los tacones de cuero y clavos pasaban a ser de goma. La pisada lenta pasaba a un mero arrastrar de pies planos. La mayoría de los pasos cambiaba, pero su caminar había permanecido igual durante todo este tiempo.

Phil Glenn cruzó el porche en dirección a la cocina, la habitación que estaba al lado de la de ella, y encendió la luz. Ella tembló convulsivamente debido al aire del ventilador y respiró entrecortadamente en medio del bochorno.

Lavinia pudo oír a través de la pared cómo abría la heladera, rompía varios pedazos de hielo y los echaba dentro de un vaso. Cuando soltó la tapa de la heladera y cruzó la habitación hacia el grifo, ella pudo oír cómo el agua llenaba el vaso y se derramaba por el borde. Todo lo que él hacía, cada movimiento suyo, tenía lugar delante de sus ojos tan claramente como si hubiera estado a su lado mientras rompía el hielo y llenaba el vaso hasta derramar el agua.

Cuando terminó, apagó la luz y volvió a salir al porche. Se quedó ahí, secándose espasmódicamente la cara y los labios con un pañuelo y escuchando con tanta intensidad como lo hacía ella.

Se oyeron los pasos de alguien desconocido en la parte delantera de la casa. Era un sonido nuevo, un sonido que ambos oían y escuchaban por primera vez.

Cuando ya no pudo aguantar más, Lavinia se echó de nuevo en la cama y se tapó la cara con la almohada. No importaba lo mucho que se esforzase, no podía evitar sollozar en la almohada. De manera tan regular como la llegada de la medianoche, ella había llorado todas las noches desde que él se había ido.

Cuando se dio cuenta, ya lo tenía sentado al borde de la cama tratando de decirle algo. Ella no pudo entender una palabra de lo que le decía. Incluso después de incorporarse, seguía sin saber lo que le había dicho. Al cabo de un buen rato, cuando él hubo callado, ella miró fijamente sus facciones a la pálida luz. Trató de pensar algo que cualquiera de los dos pudiera decir.

—Acabamos de regresar —dijo él.

Después de decir estas palabras, ella rio para sí por no haber sabido que él diría exactamente eso.

—Fuimos a la playa durante unos días después de salir de aquí —concluyó.

Lavinia lo miró fijamente y se preguntó qué esperaba él que dijera ella a modo de comentario o respuesta.

Lo único que pudo hacer fue asentir con la cabeza.

—Pensaba que te había dicho adonde íbamos, pero después de marcharnos me acordé de que no lo había hecho. Si no hubiéramos estado a medio camino habría dado la vuelta y regresado a decírtelo. No quería que pensaras...

Ella se rio.

—No quería que pensaras... —repitió él.

Lavinia tiró la cabeza hacia atrás y se rio en voz alta. Su risa sonó suave y profunda.

—En cualquier caso —dijo él—, ha sido una luna de miel corta. Pero se estaba bien en la playa.

Ella volvió a reírse, pero el sonido de su risa fue ahogado por el zumbido del ventilador eléctrico.

—Ha sido como esperaba —dijo él con indiferencia.

El aire del ventilador hizo que su camión se le pegara a la espalda con movimientos ondulantes. Se puso de lado para que el ventilador no le impidiera oír cada palabra que él dijera. Cuando finalmente se quedó quieta, él cruzó las piernas.

—Supongo que todo va a ir bien —dijo él mirando por la ventana y luego mirándola a ella—. Todo irá bien.

Antes de que terminase de hablar, los dos se pararon a escuchar el ruido de pasos en la parte delantera de la casa. El ruido resonó en medio de la noche.

En la estrechez de la habitación, Lavinia pudo notar cómo su respiración acompasada hacía vibrar el aire. Ella quiso decirle algo, pero tenía miedo. No sabía qué podía decirle. Si decía algo equivocado sería peor que no decir nada. Perpleja, contuvo la respiración.

Él se levantó, se dirigió hacia la ventana, miró hacia la oscuridad durante un instante y luego regresó a sentarse junto a ella. Lavinia notó cómo la miraba a pesar de no ser capaz de ver con claridad en medio de la sombra que él proyectaba cuando le daba la espalda a la puerta. Tuvo que contenerse para no alargar el brazo y tocarlo para ver si seguía junto a ella.

—Hannah es buena mujer —dijo finalmente, riendo un poco para ocultar su desasosiego.

Ella sabía que tendría que decir algo tarde o temprano. Era la única manera de superarlo. Esperó a que prosiguiera.

—Nos llevaremos todos bien —dijo él—. No habrá problemas.

Ella se sacudió el pelo a la corriente del ventilador. De repente parecía que iba más rápido. La corriente era más fuerte, el sonido del zumbido subió de volumen hasta alcanzar un tono estridente. Sus hombros temblaron involuntariamente debido a la fría brisa del ventilador.

—Pensaba que me iba a costar —dijo—, pero ahora que ya ha pasado, no ha sido tan malo como pensaba. Nos llevaremos bien.

Lavinia alargó el brazo y encontró su mano en la oscuridad. Él se sentó a un lado de la cama mientras ella pensaba en algo que decir.

—¿Qué pasa, Lavinia? —le preguntó—. ¿Qué te pasa?

—Déjame irme, Phil —le rogó ella con su voz profunda y suave, empezando a llorar—. Quiero irme.

Él movió negativamente la cabeza.

—No puedo dejarte ir ahora, Lavinia —dijo él con seriedad—. Nos pusimos de acuerdo el otro día, antes de que todo tuviera lugar. Me lo prometiste. Si no hubiera creído que cumplirías tu promesa, no lo habría hecho.

—Por favor, Phil —le rogó llorando con voz quebrada, profunda y suave que llenó toda la habitación—. Por favor, déjame ir.

Él seguía moviendo negativamente la cabeza, rehusando escucharla. De repente volvió a oírse el jaleo de cacareos que se producía intermitentemente durante una hora cada medianoche. Ninguno de ellos trató de decir nada mientras prosiguió el cacareo.

Al cabo de unos minutos el zumbido del ventilador y los sollozos procedentes de su pecho ahogaron el alboroto de los gallos.

—He de marcharme, Phil —dijo ella, conteniendo los sollozos mientras hablaba.

—No puedo dejarte marchar —dijo él—. Sencillamente, no puedo dejarte marchar, Lavinia.

Ella dejó de llorar y se sentó más erguida, casi de rodillas. Él la miró sorprendido.

—Soy una negra, Phil —dijo despacio—. Soy una negra que cocina, limpia y lava.

—¡Cállate, Lavinia! —dijo él, sacudiéndola hasta hacerle daño—. ¡Cállate! ¿Me oyes?

—Lo soy, y sabes que lo soy —gritó ella—. Soy una negra que cocina, limpia y lava. Como el resto.

Ella se secó las lágrimas de los ojos e intentó verle claramente en la penumbra. Pudo ver su expresión grave y seria y supo que todo lo que él había dicho lo sentía de verdad.

—En unos días lo superarás —le dijo—. Espérate unos días y verás si todo no ocurre como he dicho que sucedería.

—Pero sabes lo que soy —dijo ella de modo incontrolable.

—¡Cállate, Lavinia! —dijo sacudiéndola un poco más—. No lo eres. Eres una muchacha blanca con sangre de color... y bien poca. Cualquiera de nosotros puede serlo. Hasta yo puedo tener sangre de color. Hasta *ella* puede tener algo.

Hizo un gesto con la cabeza indicando la parte delantera de la casa. Los dos olvidaron todo momentáneamente y se quedaron escuchando durante un rato. No se oía ningún ruido procedente de esa parte de la casa.

—Ella me dará órdenes como a todos los demás —dijo Lavinia—. Ella me tratará como la lavandera más negra que jamás hayas visto. Será tan mala como pueda. Sencillamente para ponerme en mi lugar. Incluso me llamará «negra» de vez en cuando.

—Estás excitada —dijo él—. Mañana todo será distinto. Sabes tan bien como yo que no me importa lo que seas. Incluso si fueras una muchacha de color no me importaría. Pero no lo eres. Eres una muchacha dorada. Es lo que eres, y se acabó. Si ella te llama de otra manera, no le hagas caso.

—Me pondrá en mi lugar —dijo Lavinia—. Y no me importa estar en mi lugar. Pero no puedo vivir aquí y oírsele decir una docena de veces al día. Quiero irme. Me voy.

Phil se levantó, se dirigió a la puerta y la cerró. Volvió y se quedó a su lado.

—Te vas a quedar aquí, Lavinia —dijo firmemente—. Si alguien se va, será ella. Lo digo en serio.

Lavinia se echó encima de la almohada, cerró los ojos y respiró profundamente. Había ansiado oírle decir eso más que cualquier otra cosa que había dicho esa noche. Había esperado durante cinco días y noches para oírle decir eso y por fin se podía relajar gracias al alivio que él le había proporcionado.

—Me he casado por una buena razón —le dijo—, pero no voy a dejar que mi boda lo estropee todo. Creía que lo habías entendido antes de que llevara a cabo el plan. Incluso me dijiste que adelante, que me casara con ella, para que la gente dejara de hablar de ti y de que vivieras aquí como mi criada. Dañaba el negocio de la tienda. Teníamos que hacer algo. Y ahora dices que te vas.

Se produjo un largo silencio cuando terminó de hablar. Solo se podía oír el zumbido del ventilador, y por primera vez sonaba más templado.

—No me iré —dijo lentamente Lavinia. Su voz era tan baja que él tuvo que inclinarse para poder oírla—. La única manera de hacerme marchar es echarme. E

incluso así volvería. Quiero quedarme, Phil.

Estaba echada de espaldas y notó cómo iba perdiendo lentamente la conciencia. Durante un rato no hizo ningún esfuerzo por mantenerse despierta. Permaneció echada con los ojos cerrados y una sonrisa en la boca.

No fue consciente de nada más hasta que él se levantó del lado de la cama. Ella abrió los ojos tanto como pudo para poder ver si él seguía ahí.

—Ahora me he de ir —dijo él.

Ella se incorporó. Sacudió la cabeza de lado a lado, buscando la brisa del ventilador eléctrico. El aire que sopló en su cabellera era caliente y pegajoso e hizo que volviera a sentirse adormilada.

—Phil —preguntó—, ¿me dirás algo antes de irte?

—Claro —dijo él riendo—. ¿Qué?

—¿Te lo pasaste bien durante la luna de miel?

Él se rio un instante. Hubo una pausa y volvió a reír.

—Lo pasé muy bien en la playa —dijo titubeando.

Ella se rio de él con esa voz profunda y suave, moviendo la cabeza.

—¿Y con esa profesora solterona con la que te has casado también? —dijo ella. Sus palabras se fundieron en una suave y profunda risa que llenó la habitación.

Él no le contestó. Fue a la puerta para abrirla, pero no giró el pomo de inmediato. Se dio la vuelta para volver a mirarla. La risa de ella llenaba sus oídos.

Al cabo de un rato tiró de la puerta, salió al porche, y cerró la puerta tan rápido como pudo. Esperó un momento para ver si Hannah había podido oír la risa procedente de la habitación de Lavinia. Al ver al cabo de un rato que no salía al recibidor, caminó rápidamente por el porche hasta la puerta que daba al recibidor.

La risa de Lavinia bañó el aire caliente de la noche y entró en sus oídos hasta que ni siquiera pudo oír sus propios pasos. Las notas suaves y profundas lo siguieron como un sonido familiar, tan cercano a él que no podía hallar su origen.

UN DÍA INSIGNIFICANTE

El gobernador Gil estaba en el sendero con las piernas abiertas descabezando la maleza a palos, cuando Walter Lane se le acercó subiendo la colina procedente de la fuente. A su alrededor había un amplio círculo de maleza marchita y el bastón seguía oscilando. Daba la sensación de que había estado esperando ahí durante media hora o más.

—Ha hecho mucho calor hoy —dijo Walter deteniéndose y dejando los dos cubos de agua en el suelo.

—Qué insignificante es un día sin sol —dijo el gobernador Gil—. ¿Dónde está el resto de tu familia? ¿Y la muchacha?

—Mi esposa y los pequeños han ido a visitar a los abuelos esta tarde —le dijo Walter—. Volverán esta noche después de cenar. —Se dio la vuelta y dirigió la vista al sendero que tenía detrás—. Daisy subirá en cualquier momento. Está en la fuente llenando un cubo de agua.

El gobernador Gil miró hacia el sendero, pero no se veía a Daisy. Había una distancia de casi cien yardas desde la cima de la cuesta hasta el fondo de la colina, donde estaba la fuente.

—Supongo que puedo esperar aquí —dijo agarrando el bastón con fuerza e inclinándose para alcanzar la maleza más alejada—. Qué insignificante es un día en el que no me puedo permitir esperar un poco.

Walter vio cómo las cabezas de las hierbas caían de los tallos. El gobernador prosiguió como si estuviera decidido a no permitir que ese año la maleza granara en toda la zona. De vez en cuando se movía un poco, pisaba las hierbas mustias y alargaba el brazo para alcanzar más maleza que aporrear. A veces salía a caballo temprano, después del desayuno, para ver cómo crecía su algodón y su caña de azúcar. Pero antes de alejarse demasiado de su casa desmontaba y empezaba a dar golpes a la maleza con su bastón. Odiaba la maleza con mayor encono que a los gorgojos o los gusanos barrenadores. Pero por una u otra razón nunca prestaba atención a la maleza que crecía en el jardín que rodeaba la casa. Estaba tan invadido por las malas hierbas que a veces los perros de caza se perdían y tenían que volver sobre sus pasos para salir a campo abierto.

—¿Quería verme, gobernador? ¿O quizás sea a Daisy a quien quiere ver? —preguntó Walter.

En lugar de responder, el gobernador Gil se detuvo un momento y miró hacia el sendero. Asintió con la cabeza en esa dirección y volvió a la tarea de usar su bastón contra la maleza.

Unos veinticinco o treinta años atrás, el gobernador Gil Counts había sido gobernador del estado durante un mandato. El tratamiento le quedaba tan bien que nunca nadie pensó en llamarlo de otra manera. Elevaba su granja con la ayuda de Walter Lane y varios arrendatarios más y nunca la abandonaba. No había salido del

condado desde el día que dejó su cargo como gobernador. Entonces había dicho que nunca más abandonaría su casa. Vivía un cuarto de milla carretera arriba en una gran mansión de tres pisos. La pintura blanca de los muros se había despegado durante su mandato. Las columnas que se erguían en el porche delantero, anteriormente blancas y de tres pisos de altura, estaban ahora ennegrecidas y ásperas como la corteza de un pino.

—No tiene sentido estarse aquí de pie a pleno sol —dijo Walter—. Venga a mi casa y siéntese en el porche, gobernador Gil. Daisy tardará lo mismo en aparecer por aquí que en llegar a casa.

—No importa —dijo dejando de golpear y mirando hacia el sendero—. Ahora no tengo tiempo de sentarme.

Pasó por delante de Walter y descendió el sendero que llevaba a la fuente. Walter dejó los cubos y lo siguió. Las cabezas de las malas hierbas se alborotaban a derecha e izquierda.

Vieron a Daisy al llegar a la cima de la pendiente. Llevaba un cubo de agua en una mano y con la otra se abanicaba con una rama de sauce.

—Más vale que te lo diga, Walter —dijo el gobernador Gil deteniéndose—. Es hora de que tu muchacha se case. Es peligroso retrasarlo cuando ya han llegado a cierta edad.

Walter dio una docena de pasos alrededor del gobernador Gil para poder mirarle la cara.

—¿Con quién debería casarse? —dijo Walter.

El gobernador Gil atacó unos bledos rojos que tenía alrededor de las piernas golpeándolos justo por debajo de las vainas de las semillas. Las cabezas volaron en todos los sentidos.

—Lo tengo todo preparado —dijo—. Hoy he enviado una carta a mi abogado para que solicite una licencia. Llegará en pocos días.

Walter dirigió la mirada de nuevo al gobernador Gil y luego al sendero. Daisy ya había superado la cima.

—Eso está muy bien —dijo Walter—, pero no sé si se dejará domesticar. Ahora mismo es tan fiera como la que más. Por supuesto, no tengo ningún reparo. Simplemente estoy pensando en los inconvenientes a los que se podría enfrentar.

—Dentro de un año habrá inconvenientes de sobras —dijo el gobernador Gil—. Ahora mismo los inconvenientes no cuentan porque ya tiene edad para casarse y no hay nada más importante. Si yo tuviera una hija, Walter, querría hacer lo correcto por ella. Querría casarla antes de que los inconvenientes la estropearan. Estoy dispuesto a casarme con ella sin discusión alguna.

—Maldito viejo estúpido —dijo Daisy soltando el cubo—, ¿quién le ha metido semejante idea en la cabeza?

El gobernador había retrocedido un poco para atacar un grupo de hierbas que había junto al sendero y que la brisa hacía ondear. Sin embargo, no llegó a golpearlas.

El bastón se le cayó entre las piernas y el grupo de hierbas continuó ondeando al viento.

—Eso es justo lo que pensaba que pasaría —dijo Walter—. Sabía que todavía no se dejaría domesticar.

—Llevo mucho tiempo contando con que se celebre este enlace —dijo el gobernador Gil, excitado—. He estado esperando el momento más oportuno desde que eras pequeña, Daisy. Tengo la mirada puesta en ti desde hace tres años. He estado esperando a que crecieras.

—Maldito viejo estúpido —dijo Daisy, agachándose a recoger su cubo y rodeando a los dos hombres para proseguir su camino.

Walter no intentó detenerla. Miró al gobernador Gil para ver lo que iba a decir.

Ambos la miraron durante un rato.

—Se dejará domesticar —dijo el gobernador Gil asintiendo con la cabeza y siguiéndola por el sendero hacia la casa.

Cuando llegaron a la puerta trasera, Daisy dejó el cubo en la repisa y se sentó en el umbral. Los miró a los dos con las rodillas dobladas bajo los codos y sosteniendo el mentón con las manos.

—Quizás, si pudiera esperar... —empezó Walter. El gobernador lo apartó de un barrido con el bastón.

—Esta noche tendré el anticipo —dijo el gobernador Gil apuntando hacia Daisy con la cabeza y agitando el bastón en el aire—. La boda puede esperar, pero el anticipo no. Mi abogado me traerá la licencia en un día o dos. En cualquier caso se trata de una mera formalidad.

Walter miró a Daisy, pero ella se limitó a mirarlos a los dos con resentimiento.

—Supongo que deberíamos esperar a que mi esposa regrese de visitar a sus padres —dijo Walter—. Ella debería dar el visto bueno. Además, primero tendrá que coserle a Daisy algo de ropa porque no tiene nada más excepto lo que lleva puesto y es tan poco que no sería decente de no ser porque somos familia. Casi lo único que es suyo es ese endeble pedazo de tela que lleva puesto. Sería un pecado y una vergüenza que se casara tal como va ahora. Si llevara algo puesto debajo, sería distinto, pero yo no estaría de acuerdo en llevarla al altar con únicamente un frágil vestido entre ella y el mundo exterior.

El gobernador Gil sacudió su bastón en el aire como si quisiera apartar cualquier inconveniente que Walter mencionara.

—Eso está bien para la boda —dijo—, pero no tendrá lugar hasta dentro de varios días. A tu mujer le sobrarán tiempo para hacerle una enagua si lo desea. Pero ni siquiera tendrá necesidad de hacerlo, porque yo le compraré lo que necesite después de la boda. Y lo que necesita para el anticipo no vale la pena mencionarlo.

Se detuvo y se dio la vuelta para mirar el sol. Ya se estaba poniendo por el oeste, por detrás del pinar.

—¿Ya habéis comido? —preguntó mirando a Walter y haciendo una señal en

dirección a Daisy.

—Todavía no —dijo Walter—. No hemos parado de trabajar en los campos de algodón hasta hace media hora y lo primero que teníamos que hacer era traer agua de la fuente. Daisy, ve a la cocina y empieza a preparar algo. Quizás el gobernador quiera quedarse y cenar con nosotros.

—No —respondió agitando el bastón hacia Daisy—, no lo hagas. Ven a mi casa y cenarás allí esta noche. No tiene sentido que te agotes en la cocina. Hay comida de sobra en casa.

Se volvió hacia Walter.

—Si tu esposa no regresa hasta más tarde, simplemente sube a mi casa, entra por la puerta de la cocina y los sirvientes te darán una buena cena, Walter.

Empezó a cruzar el patio en dirección hacia la carretera. Cuando llegó a la esquina de la casa se detuvo y vio que ni Daisy ni su padre lo seguían.

—¿Qué ocurre? —dijo con impaciencia.

—Bueno —dijo Walter—, yo puedo obligar a Daisy a ir a su casa, gobernador Gil, pero no puedo hacerme responsable de lo que haga cuando esté allá. Me gustaría que esperara a que llegara mi esposa antes de llevársela. Pero si está empeñado en no esperar, entonces todo lo que puedo decir es que tendrá que manejarla usted cuando llegue allá.

—No será necesario —dijo el gobernador Gil—. Aún he de conocer a la fiera más salvaje que no se deje domesticar cuando llega el momento del anticipo.

Se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la carretera que conducía a su casa, a un cuarto de milla de distancia.

Walter miró hacia el umbral donde Daisy permanecía inmóvil y con aire resentido.

—Deberías estar contenta de tener la oportunidad de casarte con el gobernador Gil —le dijo—. ¿Quién más hay por ahí que te trate bien y te pueda dar todo lo que deseas? Te apuesto lo que quieras a que hay muchas chicas que no dejarían pasar la oportunidad de casarse con él.

—Maldito viejo estúpido —dijo Daisy.

—Será mejor que aceptes —le dijo—. Apuesto que tu madre te obligará si yo no puedo. Ella no es idiota. Sabe lo rica que serás, que no pasarás hambre y que tendrás suficiente ropa para taparte, nada de lo cual tienes ahora ni tendrás nunca si no subes ahí arriba ahora mismo, tal y como deberías hacer.

Walter se sentó en el escalón inferior y esperó a que Daisy dijera algo. El sol se había puesto y pronto oscurecería. Si no iba ahora, el gobernador Gil se enfadaría y podría cambiar de opinión.

Se dio la vuelta y la miró.

—¿Qué te pasa, Daisy? Ni siquiera hablas. ¿Qué mosca te ha picado?

—¿Por qué quiere que suba allá esta noche? —preguntó—. Ha dicho que la licencia no llegará hasta dentro de un par de días o tres.

—Es sencillamente la forma de hacer del gobernador, Daisy. Cuando se le mete en la cabeza una cosa, no hay nada que lo detenga. Quiere casarse contigo y quiere hacerlo ahora mismo. No tiene sentido aplazarlo. Lo mejor es que vayas antes de que cambie de opinión. Si no lo haces te arrepentirás, porque mañana tendrás que volver al campo... mañana y todos los días mientras se siga cultivando algodón.

Daisy se levantó sin decir nada y se metió en la casa. Estuvo en su habitación unos diez minutos y cuando salió afuera ya había oscurecido. Apenas podía ver a su padre sentado en los escalones.

—Eso es lo que llamo tener sentido común —dijo Walter—. Estaba seguro de que cambiarías de opinión al pensar en todos esos días de calor bajo el sol, allá, en los campos de algodón.

Bajó los escalones, pasó por su lado y cruzó el patio sin decir palabra. Empezó a subir la carretera en dirección a la mansión del gobernador Gil.

* * *

Después de que Daisy se marchara Walter empezó a preguntarse lo que diría su esposa cuando llegara a casa. Estaba seguro de que estaría contenta de que el gobernador Gil quisiera casarse con Daisy, pero no estaba seguro de lo que diría tras saber que la licencia no llegaría hasta dentro de dos o tres días. Decidió que lo mejor sería no mencionar esta parte. Mientras solo supiera que el gobernador había venido a la casa para pedirle a Daisy que se casara con él, ella se sentiría satisfecha.

Ya era noche cerrada cuando se levantó y entró en la cocina, encendió una luz y buscó algo para comer. Encontró un poco de pan que había sobrado del almuerzo y así no tuvo que encender el fuego en la cocina. Se sentó en la mesa y comió pan y sorgo.

Cuando terminó, apagó la luz y se fue a sentar al porche delantero a esperar a que regresara su esposa.

Carretera arriba podía ver las luces de la casa del gobernador. Había luz en la cocina, como siempre, y una luz en la fachada de la casa. Vio que arriba también habían encendidas varias luces, cosa que no había visto en mucho tiempo.

Justo cuando esperaba la llegada inminente de su esposa y los niños oyó que alguien corría carretera abajo. Se levantó para escuchar atentamente el ruido que se acercaba. Era alguien que corría rápido, porque a cada segundo sonaba más cerca.

Salió corriendo a la carretera para ver quién era. Primero pensó que sería Daisy, pero pronto supo que no era ella porque se trataba de un muchacho que lo llamaba.

—¡Señor Walter! ¡Señor Walter!

—¿Quién es? —respondió.

Un joven criado negro se detuvo a su lado, jadeando.

—¿Qué ocurre, Lawson?

—Señor Walter. El gobernador dice que si vuelve usted a criar una fiera como la

señorita Daisy, le cortará la cabeza. Señor Walter, yo no lo he dicho. Por favor, señor, no piense que he sido yo. Ha sido el gobernador que me ha dicho que se lo dijera. Usted sabe que yo no se lo diría, ¿verdad, señor Walter?

—¿Qué ha pasado allá arriba, Lawson? —preguntó Walter.

—No lo sé exactamente, señor Walter, excepto que el gobernador empezó a chillar en el piso de arriba hace un rato y todavía no ha dejado de hacerlo. Me dijo que hiciera venir rápidamente al médico y al abogado. Apenas dejó de chillar mientras me hablaba. En cuanto hice lo que me había ordenado me dijo que bajara aquí tan rápido como pudiera para decirle lo que le he dicho.

—¿Estaba la señorita Daisy arriba? —preguntó Walter.

—Supongo que es la señorita Daisy la que lo ha hecho chillar —dijo Lawson algo vacilante.

—¿Por qué?

—No sé si el gobernador quiere que se lo diga —respondió Lawson—. Él solo me ha dicho que le diga lo que ya le he dicho, señor Walter.

—Será mejor que me lo digas, Lawson. ¿De qué se trata?

—La señora Daisy saltó encima de él y lo mordió que casi lo mata. El gobernador chillaba tanto que no tuvo tiempo de decir mucho más.

Walter enfiló el camino de regreso al porche para sentarse a esperar a su esposa. No podía evitar reír un poco, pero trató de contenerse para poder reír más con su esposa cuando llegara.

Lawson seguía en el patio. Walter se dio la vuelta para decirle al muchacho que regresara.

—¿Qué más ha dicho el gobernador? —le preguntó.

—No le he oído decir mucho más, excepto que el día que vuelva a intentar obtener un anticipo de una fiera como la señorita Daisy será un tremendo día insignificante.

Walter entró en el porche y se sentó. Se reclinó contra el respaldo de la silla y empezó a reír. No podía esperar a su esposa. Se reclinó y rio hasta caer de la silla.

HOMBRE Y MUJER

Subían despacio por la carretera a la luz de un amanecer incoloro, como sombras en la noche. En sus cuerpos no había sensación de movimiento y sin embargo sus pies levantaban el polvo que luego se asentaba tan rápido como antes había sido levantado. A cada paso alzaban la vista, mirando hacia el horizonte en busca de los primeros rayos rojos de sol.

La mujer tenía el labio inferior fuertemente sujeto entre los dientes. Ello le causaba dolor, pero era la única manera de obligarse a dar un paso tras otro. No había otra manera de arrastrar los pies milla tras milla. De vez en cuando gimoteaba, pero no lloraba a gritos.

—Hemos de parar y descansar —dijo Ring.

Ella no le respondió.

Continuaron.

En la cima de la colina se encontraron cara a cara con el sol. Ya había realizado un cuarto de su recorrido, recortado contra el horizonte sin árboles. Ante ellos se abría un valle cubierto de una neblina que se levantaba lentamente de la tierra. Pudieron ver varias casas y granjas, pero la mayoría estaban tan lejos que apenas se distinguían entre la niebla. De la chimenea de la primera casa salía humo.

Ruth miró al hombre que tenía al lado. Los rayos de sol rojos habían empezado a dar un color de sangre a su pálido rostro. Pero sus ojos seguían cansados y sin vida. Parecía como si aguantara el equilibrio con un gran esfuerzo, como si en un instante lo fuera a perder y caer al suelo.

—Podremos comer algo en esa primera casa —dijo ella, esperando minuto a minuto a que él respondiera.

—Nos darán algo allá —dijo ella, respondiendo por él—. Nos darán algo.

El sol se levantó por el horizonte, rápido y rojo. La esfera estaba cubierta de vetas de nubes grises, como capas de humo. Tan pronto como hubo salido, el sol se redujo a un pequeño botón ardiente que abrasaba los ojos hasta que se hacía imposible mirarlo.

—Intentémoslo —dijo Ruth.

Ring la miró a la clara luz del día, viéndola por primera vez desde que el sol se había puesto el día anterior. Su cara era más pálida, sus mejillas estaban más hundidas.

Sin decir nada, el hombre empezó a descender la colina. No se dio la vuelta para ver si ella lo seguía. Simplemente bajó la carretera arrastrando un pie tras otro con toda la fuerza de que disponía. Era la única manera que tenía de avanzar sobre el terreno.

Cuando ella finalmente lo alcanzó, él ya se había detenido enfrente de la casa y miraba el humo que flotaba por encima.

—Voy a ir a probar —dijo ella—. Tú siéntate y descansa, Ring.

Él abrió la boca para decir algo, pero se le hizo un nudo en la garganta y no le salieron las palabras. Miró la casa, con el umbral desgastado, las ventanas con cortinas y la chimenea llena de humo, y no se sintió extranjero en un país extraño, siempre y cuando no apartara los ojos de esas cosas.

Ruth atravesó la verja, se dirigió a un lado de la casa y se detuvo frente a la puerta de la cocina. Miró atrás y vio a Ring cruzar el patio desde de la carretera.

—Llama —dijo Ring.

Colocó los nudillos de su mano derecha contra la pared de la casa y golpeó las tablas de madera hasta que le empezó a doler la mano.

Se dio la vuelta y miró rápidamente a Ring. Él asintió.

Entonces la puerta de la cocina se abrió unas pulgadas y pudo ver la cabeza de una mujer a través de la abertura. Era una mujer de mediana edad, con la cara morena y una cicatriz larga y gruesa en la frente, como si le hubiera sido hecha al reventarse un tarro de fruta.

—Váyanse —les dijo.

—No la molestaremos —dijo Ruth tan rápidamente como pudo—. Lo único que queríamos pedirle es si nos podía dar algo de comer. Una patata, si tiene, o pan, o algo.

—No sé lo que están haciendo aquí —dijo la mujer—. No me gusta que vengan extraños a mi casa.

Casi cerró la puerta, pero al cabo de un momento se abrió más y de nuevo apareció su cara.

—Daré de comer a la muchacha —dijo finalmente—, pero no puedo darle nada al hombre. De todos modos no tengo suficiente para los dos.

Ruth se dio rápidamente la vuelta, hundiendo los talones en la tierra arenosa. Miró a Ring. Él asintió con ansiedad.

Él pudo ver la palabra formándose en los labios de ella a pesar de no poder oírla. Ella sacudió la cabeza.

—Probaremos en otro sitio —dijo.

—No —respondió él—. Entra y come lo que te dé. Yo probaré en la siguiente casa.

Ella seguía sin querer entrar en la casa sin él. La mujer abrió la puerta un poco más y esperó a que ella subiera los escalones.

Ring se sentó en un banco bajo un árbol.

—Me sentaré aquí y esperaré a que comas algo —dijo.

Ruth subió despacio los escalones del porche y entró en la casa. Una vez dentro la mujer le indicó una silla junto a la mesa y Ruth se sentó.

Había patatas recalentadas de la noche anterior y bollos fríos. La mujer los puso delante de ella y luego le sirvió una taza de café caliente que puso junto al plato.

Ruth empezó a comer tan rápido como pudo, sorbiendo el café caliente y masticando las patatas y los bollos mientras la mujer permanecía de pie detrás de ella,

junto a la puerta, desde donde podía vigilarla a ella y a Ring a la vez.

Dos veces pudo Ruth deslizar pedazos de pan dentro de su blusa y finalmente metió media patata en el bolsillo de la falda. La mujer la miraba con recelo, cuando no estaba observando a Ring en el patio.

—¿Van lejos? —preguntó la mujer.

—Sí —respondió Ruth.

—¿Vienen de lejos? —preguntó la mujer.

—Sí —respondió Ruth.

—¿Quién es ese hombre que la acompaña?

—Es mi esposo —respondió Ruth.

La mujer volvió la vista al patio, y luego de nuevo a Ruth. No dijo nada más durante un rato.

Ruth intentó volver a deslizar un pedazo de patata en el bolsillo de su falda, pero ahora la mujer la observaba con mayor atención.

—No creo que sea su esposo —dijo la mujer.

—Bueno —dijo Ruth—, pues lo es.

—No es muy buen esposo si deja que vaya por todo el país pidiendo comida como acaba de hacer.

—Ha estado enfermo —dijo Ruth rápidamente y volviéndose para mirar a la mujer a la cara—. Durante cinco semanas, antes de empezar el viaje, estuvo en cama.

—¿Por qué no se quedaron donde estaban en lugar de convertirse en vagabundos? ¿No es capaz de seguir en un puesto de trabajo? ¿O no quiere trabajar?

Ruth se levantó y soltó el pan de la mano.

—Gracias por el desayuno —dijo—. Ya me voy.

—Hágame caso —dijo la mujer—, deje a ese hombre en la primera ocasión. Si no trabaja, será una estúpida...

—Tenía un trabajo, pero cogió unas fiebres.

—No la creo. Seguro que miente.

Ruth se dirigió a la puerta, la abrió y salió afuera. En el porche se dio la vuelta y miró a la mujer que le había dado de comer.

—Si estaba enfermo como dice —dijo la mujer siguiéndola—, ¿por qué se levantó y empezó a vagabundear sin poder comer nada ni usted ni él?

Ruth vio a Ring sentado en el banco de debajo del árbol y no iba a contestar a la mujer, pero no pudo evitar decir algo.

—La razón por la cual empezamos a caminar fue porque mi hermana me escribió diciendo que nuestro bebé había muerto. Cuando mi esposo cayó enfermo envié a nuestro bebé a casa de mi hermana. Ahora vamos a ver su tumba.

Bajó los escalones corriendo y cruzó el patio tan rápidamente como pudo. Cuando llegó a la esquina de la casa, Ring se levantó y la siguió a la carretera. Ninguno dijo nada, pero ella no podía evitar mirar atrás, a la casa, donde la mujer los miraba a través de la abertura de la puerta.

Después de caminar un poco, Ruth se abrió la blusa y sacó los pedazos de pan que llevaba. Ring los cogió sin decir palabra. Cuando hubo comido todo, ella le dio la patata. Comió con hambre, diciéndolo todo con la mirada mientras masticaba y tragaba.

Habían caminado durante casi media hora cuando volvieron a hablar.

—Era una mujer mezquina —dijo Ruth—. Si no hubiera sido por la comida me habría levantado y marchado antes de comer lo que me daba.

Ring no dijo nada durante mucho rato. Habían llegado al pie del valle y cuando empezaban a subir la siguiente cuesta él habló de nuevo.

—Quizás si hubiera sabido adonde íbamos, no habría sido tan mezquina —dijo Ring.

Ruth contuvo un sollozo.

—¿Falta mucho, Ring?

—Unas treinta o cuarenta millas.

—¿Llegaremos mañana?

Él movió negativamente la cabeza.

—¿Pasado mañana?

—No lo sé.

—Quizás, si conseguimos que alguien nos lleve, podríamos llegar esta noche —dijo ella incapaz de contener los sollozos que le obstruían la garganta y el pecho.

—Sí —dijo él—. Si pudiéramos conseguir que nos llevaran, llegaríamos antes.

Ring giró la cabeza y miró carretera abajo, pero no había nada a la vista. Entonces miró el suelo que pisaba y empezó a contar los pasos que daba con el pie derecho y luego los que daba con el izquierdo.

LA NOCHE EN QUE REGRESÓ MI VIEJO

Poco antes de medianoche los perros empezaron a ladrar y Ma se levantó a mirar por la ventana. Era una noche de invierno y faltaban dos semanas para Navidad. El viento había amainado un poco desde la cena, pero no lo bastante para que dejara de silbar por los aleros de vez en cuando. Era la típica noche de invierno en la que a uno le apetecía estar en la cama bajo un montón de mantas.

En la entrada había una luz encendida porque siempre dejamos una luz encendida durante toda la noche. Ma no encendió la lámpara del dormitorio enseguida. Podía ver mejor lo que pasaba afuera si la habitación estaba a oscuras.

No dijo nada durante un rato. Los perros gruñeron un poco y luego volvieron a ladrar. Durante la noche los teníamos atados a un lado de la casa. Si los hubiéramos dejado sueltos habrían mordido a cualquiera que pasara por ahí después de anochecer. Eso también le fue bien a mi viejo. Le habrían mordido igual que morderían a alguien a quien no hubieran olisqueado antes. Mi viejo pasaba tanto tiempo fuera de casa que era como un extraño. La última vez que vino a casa fue en verano y solo se quedó durante cinco minutos. Había regresado a por un par de pantalones que había dejado colgando de un clavo en la leñera el invierno anterior.

—Es él —dijo Ma golpeando el alféizar con la llave de la puerta. No estaba más enfadada de lo normal, pero sí lo suficiente. Lo único que los demás necesitábamos para saber cómo se sentía era ver si golpeaba la carpintería con cosas como una llave.

De repente hubo un estruendo que sonó como un carro tirado por dos caballos cruzando un puente de madera. Entonces una sacudida agitó la casa como si alguien hubiera cogido un mazo y hubiera tirado abajo los cimientos.

Era mi viejo tanteando los escalones delanteros para ver si sostenían su peso. Siempre tenía miedo de que alguien le colocara una trampa, como aflojar los tablones en el porche de manera que pudiera caer y quedar tirado ahí abajo hasta que Ma le acercara una escoba o algo.

—Uno de estos días será la última vez que venga a esta casa de esta manera —dijo Ma—. Estoy más que harta.

—Quiero levantarme y verle —dije—. Por favor, Ma, déjame.

—Quédate donde estás, William, y tápate la cabeza con las mantas —dijo Ma volviendo a golpear el alféizar con la llave—. Cuando entre aquí no va a ser un espectáculo apto para tus ojos.

Me agazapé y me tapé la cabeza con las mantas. En cuanto pensé que Ma había dejado de mirarme aparté las mantas lo justo para poder ver.

La puerta de la entrada se abrió con un golpe y casi se rompió el cristal de la parte superior. A mi viejo nunca le importaba romper el cristal de una puerta, o los muebles, o cualquier otra cosa de la casa. Una vez vino y destrozó la máquina de coser de Ma y a Ma le costó mucho ahorrar dinero para arreglarla.

No sabía que mi viejo pudiera armar tanto jaleo. Era como si estuviera saltando

en el vestíbulo para comprobar si podía atravesar el suelo. Las fotos colgadas en las paredes temblaban y algunas se torcieron. Incluso la foto grande del abuelo quedó horizontal.

Ma encendió la luz y se acercó a la chimenea para prender el fuego. Entre las cenizas había muchas brasas que brillaron en cuanto ella las abanicó con un periódico. Colocó encima astillas y cuando estas empezaron a arder colocó dos o tres troncos y se sentó de espaldas al fuego a esperar a que mi viejo apareciera.

Él estaba dando golpes en la entrada. Parecía como si su intención fuera enviar todas las sillas al otro extremo junto a la cocina a base de patadas. En medio de todo ese jaleo se detuvo y le dijo algo a alguien que estaba con él.

Ma se levantó rápidamente y se puso un albornoz. Se miró al espejo una o dos veces y se atusó el pelo. Que trajera alguien a casa no era algo normal en él.

—Tápate la cabeza y duérmete como te he dicho, William —dijo Ma.

—Quiero verle —le rogué.

—No discutas conmigo, William —dijo dando golpecitos en el suelo con los pies descalzos—. Haz de una vez lo que te he dicho.

Me tapé con las sábanas, pero luego las bajé un poquito para poder ver.

La puerta que conducía al pasillo se abrió unas pulgadas. Me incorporé sobre mis rodillas y codos para poder ver mejor. Justo entonces mi viejo dio una patada a la puerta. Esta golpeó la pared y se levantó una cantidad de polvo que nadie sabía que existiera.

—¿Qué quieres, Morris Stroup? —dijo Ma con los brazos doblados y mirada desafiante—. ¿Qué quieres esta vez?

—Ven, entra y ponte cómoda —dijo mi viejo dándose la vuelta y tirando del brazo de alguien para que entrara en la habitación—. No seas tímida en mi propia casa.

Hizo entrar a una muchacha la mitad de grande que Ma y la empujó por toda la habitación hasta que se colocaron cerca de la máquina de coser de Ma. Esta se dio la vuelta para mirarlos como si fuera una veleta movida por el viento.

Daba bastante miedo ver a mi viejo borracho y tambaleante, y a mi madre tan enfadada que no le salían las palabras de la boca.

—Di hola —le dijo a la muchacha.

Ella no abrió la boca.

Mi viejo le pasó el brazo alrededor del cuello y la hizo inclinarse. Continuó haciendo que se inclinara ante Ma y luego él empezó a hacer lo mismo. Lo hicieron durante tanto rato que la cabeza de Ma empezó a moverse arriba y abajo, como si no pudiera evitarlo.

Supongo que entonces yo debí de reírme en voz alta porque Ma me miró con aire un poco ridículo y se fue a sentar junto al fuego.

—¿Quién es? —preguntó Ma haciendo ver que estaba ansiosa por saberlo. Hasta dejó de tener aspecto enfadado—. ¿Quién es, Morris?

Mi viejo se sentó con suficiente violencia como para romper el asiento de la silla.

—¿Ella? —dijo—. Es Lucy. Ahora es mi ayudante.

Se dio la vuelta en la silla y me vio agazapado sobre mis rodillas y codos, tapado con la manta.

—Hola, hijo —dijo—. ¿Cómo estás?

—Bastante bien —dije encogiendo las rodillas y tratando de pensar en algo que decirle para que viera lo contento que estaba de verle.

—Sigues creciendo ¿verdad, hijo? —dijo.

—Un poco, supongo —le respondí.

—Eso está bien. Es lo que debes hacer. Sigue así, hijo. Algún día, antes de que te des cuenta, serás un hombre hecho y derecho.

—Pa, yo...

Ma cogió una astilla y se la arrojó. Erró el tiro y la astilla dio en la pared que tenía detrás. Mi viejo se levantó de un salto y empezó a bailar como si la astilla le hubiera dado a él en lugar de estrellarse contra la pared. Se tambaleó por toda la habitación hasta que perdió el equilibrio. Se deslizó pared abajo y se quedó sentado en el suelo.

Alargó las manos y cogió una silla de respaldo recto. La miró con cuidado y entonces empezó a arrancar los travesaños. Cada vez que lograba arrancar uno, lo lanzaba al fuego.

—Vámonos, Morris —dijo Lucy, la muchacha. Era lo primero que decía desde que habían llegado. Tanto Ma como yo la miramos sorprendidos y mi viejo también le lanzó una mirada, como si hubiera olvidado que estaba ahí.

—Morris, vámonos —dijo.

Lucy parecía muy asustada, estaba claro. Y no era de extrañar, ya que todos la habíamos estado mirando muy intensamente y Ma actuaba como una demente.

—Siéntate y ponte cómoda —le dijo mi viejo—. Siéntate, Lucy.

Ella alcanzó una de las sillas y se sentó tal como le habían ordenado.

Lucy sentada en un rincón, la veta demente de mi madre y mi padre destrozando la silla, todo eso era una escena digna de ver. Supongo que debí de reírme en voz alta porque Ma se dio la vuelta, agitó su dedo hacia mí y me indicó que me tapara la cabeza con las mantas y que me durmiera, supongo. Pero yo no me podía dormir con todo eso sucediendo ahí mismo. Además hacía tiempo que no había visto a mi padre y Ma debía saberlo. Me agazapé todo lo que pude y continué mirando.

—Cuando hayas terminado con la silla, Morris Stroup, puedes darme los siete dólares que cuesta comprar una nueva —dijo Ma meciéndose.

—Caramba, Martha —dijo mi viejo—. Caramba. No creo que haya una sola silla en el mundo por la que pagara algo más de un dólar, o quizás dos.

Ma se despertó de su embeleso como con un chasquido de dedos. Se levantó de un salto y cogió la escoba que había junto a la repisa y se fue hacia mi padre. Le estuvo pegando en la cabeza hasta que vio como estaba destrozando la paja de la escoba. Entonces se detuvo. Había arrancado tanta paja que ahora yacía esparcida por

el suelo. Entonces le dio la vuelta a la escoba y empezó a atizarle con el palo.

Mi viejo se levantó rápidamente y cruzó la habitación hacia el armario. Por el camino tiró lo que quedaba de la silla al fuego. Abrió la puerta del armario y se metió dentro. Algo hizo con la cerradura, porque Ma intentó abrirla y no pudo.

Para entonces Ma estaba tan enfadada que ya no sabía lo que hacía. Se sentó en el borde de la cama y se recogió el cabello.

—Bonitos tejemanejes te montas a estas horas de la noche, Morris Stroup —le gritó a través de la puerta—. ¿Cómo voy a criar a este niño con este tipo de cosas sucediendo en casa?

Ni siquiera esperó a que mi viejo le respondiera. Se dio la vuelta hacia Lucy, la muchacha que mi viejo había traído con él.

—Quédatelo —dijo Ma—, pero lo has de mantener alejado de aquí.

—Me dijo que no estaba casado —le dijo Lucy a Ma—. Todo el tiempo me dijo que era soltero.

—¡Soltero! —gritó Ma.

Se puso roja y corrió a la chimenea a por el atizador. Nuestro atizador tenía tres pies de largo y estaba hecho de hierro. Lo metió por la abertura del armario y empezó a atizar.

Mi viejo empezó a gritar y a dar golpes. Nunca había oído tanto jaleo como cuando los perros empezaron a ladrar de nuevo. La gente que los oyó debió de pensar que esa noche unos ladrones nos estaban asesinando.

Entonces Lucy se levantó llorando.

—¡Para! —le gritó a Ma—. Le estás haciendo daño.

Ma se dio la vuelta mientras seguía atizando con un brazo.

—¡Déjame en paz! —le dijo Ma—. Ocupate de tus asuntos.

Yo tuve que escurrirme al otro lado de la cama para no perderme lo que estaban haciendo en la puerta del armario. Nunca había visto a dos personas comportarse así. Las dos estaban enfadadas y tenían miedo a su propia reacción. Eran como dos gallitos que querían pelea, pero que no sabían cómo empezar. Se limitaban a agitar las alas tratando de asustarse mutuamente.

Pero Ma era muy fuerte por su tamaño. Todo lo que tuvo que hacer cuando se decidió a atacar fue soltar el atizador, agarrar a Lucy y empujarla. Lucy salió volando hacia la otra punta de la habitación y aterrizó contra la máquina de coser. Parecía muy asustada cuando se dio cuenta de lo rápido que había llegado allí.

Ma volvió a coger el atizador y empezó a golpear de nuevo. Entonces, ¡bang! La puerta se abrió de golpe. Ahí estaba mi viejo, contra la pared del armario, todo enredado en la ropa de Ma. Parecía que lo hubieran cogido por sorpresa con una mano en la caja registradora del tendero. Nunca antes había visto a un hombre tan avergonzado.

En cuanto lo sacó del armario y lo lanzó en medio de la habitación, Ma arremetió contra Lucy.

—Voy a sacarte de mi casa —le dijo Ma—, y poner fin a esto de ir por ahí con mi esposo. ¡Eso es algo que no voy a permitir!

Agarró a Lucy, pero se le escapó. Entonces se enfrentaron exactamente como dos gallos que finalmente han reunido valor para darse picotazos. Empezaron a dar vueltas por la habitación agitando los brazos como alas. El albornoz de Ma y la falda de Lucy volaban como plumas sueltas. Saltaron en círculo durante tanto tiempo que parecía que estuvieran subidas en un tiiovivo. Entonces empezaron a tirarse del pelo con las manos. Nunca antes había oído tantos gritos. Justo entonces los ojos de mi viejo se empezaron a acostumbrar a la luz y las pudo ver. Su cabeza daba vueltas y se perdía parte del espectáculo.

Ma y Lucy siguieron peleándose en la habitación, luego cruzaron la puerta y salieron al pasillo. Allí la refriega continuó. Mientras, mi viejo cruzó a trompicones la habitación y buscó una silla. Cogió la primera que encontró. Era la mecedora de respaldo alto de Ma, la silla que utilizaba para coser y descansar.

Para entonces la escaramuza proseguía en el porche principal. Mi viejo cerró con llave la puerta que daba a la entrada. Esa puerta era gruesa y tenía una cerradura de golpe y un pasador.

—Es inútil hablar, hijo —dijo sentándose en la cama y sacándose los zapatos—, no hay nada en el mundo como un par de hembras peleando. A veces...

Metió los zapatos debajo de la cama y apagó la luz. Buscó a tientas alrededor de la cama hasta que encontró la mecedora de Ma. Pude oír el crujir de la madera mientras arrancaba los travesaños. Se tapó con las mantas y empezó a hacer pedazos la mecedora. Los pedazos los iba lanzando al fuego. De vez en cuando daban contra la repisa y a menudo también contra la pared.

Para entonces Ma y Lucy habían hecho que los perros empezaran a ladrar de nuevo. Debían de estar prosiguiendo la escaramuza en el patio, porque no las pude oír en el porche.

—A veces, hijo —dijo mi viejo—, a veces me parece que el buen Dios nunca debería de haber creado a la mujer.

Me acurruqué bajo las mantas y encogí las piernas apretándolas muy fuerte, deseando que mi viejo se quedara en casa siempre en lugar de largarse de nuevo.

Mi viejo arrancó el respaldo de la mecedora y la arrojó en medio de la oscuridad a la chimenea. Primero dio al techo y luego a la repisa. Luego procedió a hacer pedazos el asiento.

Me gustaba mucho estar con él en la oscuridad de la habitación.

FLORES SILVESTRES

El sinsonte que se había posado sobre el tejado durante toda la noche llenando el aire frío con su música, había desaparecido al amanecer. Había un silencio profundo y tan misterioso como la planicie arenosa que se extendía millas y millas en todas las direcciones. Las sombras sobre la arena blanca empezaron a juntarse bajo los árboles y alrededor de los postes de la cerca, y difundían por el suelo el follaje de las ramas y los tablones difusos de la valla de madera.

El sol subió rápidamente, propulsándose hacia arriba como si tuviera prisa por superar las copas de los pinos y poder brillar sobre la planicie desde allí hasta el golfo.

En la casa, el dormitorio estaba iluminado y caliente. Nellie llevaba despierta desde que se había ido el sinsonte. Estaba echada de costado y tenía un brazo debajo de la cabeza. El otro brazo rodeaba su cabeza y descansaba sobre la almohada. Parpadeó. Luego, durante un minuto, sus párpados dejaron de moverse. Volvió a parpadear seis o siete o nueve veces seguidas. Esperó pacientemente a que Vern se despertara.

Cuando Vern llegó a casa la noche anterior no la despertó. Se había quedado despierta esperándolo todo el tiempo que pudo, pero le había entrado tanto sueño que sus ojos no aguantaron abiertos a que él regresara.

La cabeza oscura sobre la almohada que tenía a su lado parecía cansada, extenuada. La frente de Vern, incluso cuando estaba dormido, se arrugaba un poco sobre la nariz. En los rabillos de los ojos la piel era más oscura que en otros sitios. Se acercó con mucho cuidado y le besó la mejilla que tenía más cerca. Quiso rodear su cabeza con ambos brazos y acercársela y besarla una y otra vez y apretarla contra su cara.

De nuevo empezó a parpadear incontrolablemente.

—Vern —susurró bajito—. Vern.

Él abrió los ojos despacio y los cerró de nuevo rápidamente.

—Vern, cariño —murmuró ella con el corazón latiéndole a toda prisa.

Vern volvió la cara hacia ella. Hundió la cabeza entre el brazo y el pecho de ella hasta que Nellie notó su aliento en el cuello.

—Vern —susurró.

Él notó los besos en sus ojos, mejilla, frente y boca. Ya estaba despierto. Alargó las manos hacia el cuerpo de ella y se acercaron hasta estar bien prietos.

—¿Qué ha dicho, Vern? —preguntó finalmente, incapaz de esperar más—. ¿Qué ha dicho?

Él abrió los ojos y la miró. Estaba totalmente despierto.

Ella pudo ver la respuesta en su cara.

—¿Cuándo, Vern? —dijo.

—Hoy —dijo cerrando los ojos y metiendo de nuevo la cabeza en el calor de su

esposa.

Los labios de ella temblaron un poco al oír sus palabras. No lo pudo evitar.

—¿Adónde vamos a ir, Vern? —preguntó como una niña pequeña y mirando sus labios a la espera de una respuesta.

Vern movió negativamente la cabeza y la empujó contra el pecho de ella, cerrando los ojos al contacto con su cuerpo.

Durante un rato permanecieron en silencio. El sol había calentado la habitación hasta que pareció que el verano había regresado, en lugar de encontrarse a principios de otoño. Del alféizar de la ventana subían pequeñas ondas de calor. El verano duraría un poquito más antes de que llegara el invierno.

—¿Le dijiste...? —dijo Nellie. Se detuvo y bajó la mirada hacia la cara de Vern—. ¿Le dijiste lo mío, Vern?

—Sí.

—¿Qué dijo?

Vern no respondió. Empujó la cabeza contra su pecho y la sostuvo con fuerza, como si estuviera buscando comida que lo alimentara y le diera fuerzas para levantarse y permanecer en la habitación vacía.

—¿No dijo nada, Vern?

—Dijo que no lo podía evitar, o algo así. No recuerdo lo que dijo, pero sé lo que quería decir.

—¿No le importa?

—Supongo que no, Nellie.

Nellie se puso rígida. Tembló un instante, pero tenía el cuerpo rígido, como si no tuviera control sobre él.

—Pero a ti te importa lo que me pase, ¿no?

—Por Dios, sí —dijo él—. Es lo único que me importa. Si algo pasara...

Durante un rato permanecieron en brazos uno del otro. Sus divagaciones los iban despertando más y más.

Nellie se levantó la primera. Se vistió y salió de la habitación antes de que Vern tuviera tiempo de averiguar cuánto tiempo había pasado. Saltó de la cama, se vistió y fue rápidamente a la cocina para encender el fuego. Cuando lo hubo encendido Nellie ya había empezado a pelar las patatas.

No hablaron demasiado mientras desayunaron. Tenían que marcharse y tenían que hacerlo ese día. No había nada más que pudieran hacer. Los muebles no les pertenecían y tenían tan poca ropa que no sería un problema llevársela.

Nellie lavó los platos mientras Vern lo preparaba todo. Después ya no hubo nada más que hacer excepto preparar un fardo con sus pantalones y camisas, otro con la ropa de Nellie, y ponerse en marcha.

Cuando estuvieron listos, Nellie se detuvo junto a la valla y miró hacia la casa. No le importaba dejar ese lugar, a pesar de que había sido el único hogar que ella y Vern habían tenido. La casa estaba tan ruinosa que probablemente se derrumbaría en

pocos años. El techo tenía goteras, un lado de la casa se había deslizado más allá de los postes de apoyo y el porche estaba todo combado hasta el suelo.

Vern esperó hasta que ella estuvo lista para marchar. Cuando se dio la vuelta, sus ojos estaban llenos de lágrimas. Pero en ningún momento volvió a girar la cabeza. Cuando hubieron caminado una milla, la carretera hizo una curva y los pinos taparon la casa.

—¿Adónde vamos, Vern? —dijo ella mirándolo a través de las lágrimas.

—Tendremos que ir caminando hasta que encontremos un lugar —dijo. Él sabía que ella sabía que en estas tierras de pinos y arena las granjas y casas estaban separadas unas diez o quince millas las unas de las otras—. No sé lo lejos que tendremos que ir.

Mientras caminaba con dificultad por la carretera de arena, Nellie pudo oler la fragancia de las últimas flores de verano. Las hierbas y matorrales las escondían, pero siempre que podía se detenía un instante y buscaba flores silvestres por la cuneta. Vern no se detenía y ella siempre tenía que correr para atraparle antes de llegar a encontrar alguna flor.

A media tarde llegaron a un arroyo donde se estaba fresquito y había sombra. Vern encontró un lugar donde pudieron echarse. Antes de sacarle los zapatos para que descansara los pies, Vern preparó un lecho de pinaza para que ella pudiera acostarse. Luego cogió varios puñados de musgo de los árboles que puso debajo de su cabeza. El agua que le llevó para beber tenía gusto a hojas y hierba, y era fresca y clara. Ella cayó dormida tan pronto hubo bebido un poco.

La tarde ya estaba avanzada cuando Vern la despertó.

—Nellie, has dormido durante dos o tres horas —dijo—. ¿Crees que podrás caminar un poco más antes de que anochezca?

Ella se incorporó, se puso los zapatos y lo siguió hasta la carretera. En cuanto se puso en pie notó que se mareaba. No quiso decir nada a Vern para no preocuparle. Cada paso que daba era doloroso. A veces era casi insoportable y se mordía el labio y apretaba los puños, pero continuaba caminando a su lado aunque manteniéndose fuera de su vista para que él no se diera cuenta.

Al ponerse el sol ella se detuvo y se sentó al borde de la carretera. Sentía que nunca más podría dar un paso. Los dolores que sentía la habían hecho palidecer y notaba como si le hubieran arrancado las extremidades. Antes de darse cuenta se desmayó.

Cuando abrió los ojos, Vern estaba arrodillado a su lado, abanicándola con su sombrero. Ella lo miró y trató de sonreír.

—¿Por qué no me has dicho nada, Nellie? —dijo—. No sabía que estuvieras tan cansada.

—No quiero estar cansada —dijo ella—. Supongo que no lo podía evitar.

La miró durante un rato y siguió abanicándola.

—¿Crees que pasará antes de que lleguemos a algún sitio? —preguntó con

ansiedad—. ¿Qué piensas, Nellie?

Nellie cerró los ojos y trató de no pensar. No habían pasado junto a una casa o granja desde que habían salido esa mañana. No sabía cuánto faltaba para llegar a un pueblo y tenía miedo de pensar en lo lejos que estaba la siguiente casa. La asustaba el mero hecho de pensar.

—Creía que habías dicho que faltaban dos semanas... —dijo Vern—. ¿No es así, Nellie?

—Es lo que pensaba —dijo ella—. Pero ahora será distinto. Caminando así, todo el día...

Se le cayó el sombrero de la mano y miró a su alrededor confundido. No sabía qué hacer, pero sabía que tenía que hacer algo por Nellie en ese mismo momento.

—No puedo estar así —dijo—. He de hacer algo.

La cogió en brazos y la llevó al otro lado de la carretera. Encontró un lugar donde la pudo recostar bajo un pino. Luego desató los fardos y le puso algo de la ropa debajo de la cabeza y la tapó con el resto.

El sol se había puesto y estaba oscureciendo. Vern no sabía qué hacer. Tenía miedo de dejarla sola en el bosque, pero sabía que tenía que conseguir ayuda.

—Vern —dijo ella alargando la mano para tocarle.

Él la agarró con fuerza y acarició sus dedos y su muñeca.

—¿Qué pasa, Nellie?

—Me temo que va a pasar... pasar... en seguida... —dijo débilmente y cerró los ojos antes de poder terminar.

Él se inclinó y vio que sus labios estaban lívidos y su cara blanca como nunca había visto. Mientras él la miraba, el cuerpo de ella se puso rígido y Nellie se mordió el labio para evitar gritar de dolor.

Vern se levantó de un salto y corrió a la carretera para mirar a un lado y a otro. La noche había caído con tanta rapidez que no era capaz de ver ni campos ni claros que indicaran si alguien vivía cerca. No había señal de ninguna casa ni de gente cerca.

Regresó corriendo junto a Nellie.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Si pudiera dormir —dijo ella—, creo que estaría bien durante un rato.

Se echó junto a ella y la rodeó con los brazos.

—Si supiera que no ibas a tener miedo, subiría por la carretera hasta encontrar una casa y conseguir un carro o algo para llevarte. No puedo dejarte aquí, en el suelo, durante toda la noche.

—¡Puede que no vuelvas... a tiempo! —gritó ella desesperadamente.

—Iré lo más rápido que pueda —dijo él—. Correré hasta encontrar a alguien.

—Si vuelves en dos o tres horas —dijo ella—, creo que seré capaz de soportarlo. Pero más que eso no creo que pueda soportarlo.

Él se levantó.

—Me voy —dijo.

Corrió carretera arriba tan rápido como pudo, recordando cómo había rogado que los dejaran quedarse en la casa un poco más para que Nellie no tuviera que caminar así. La única respuesta que obtuvo, incluso después de explicarlo todo sobre Nellie, fue una negativa con la cabeza. Después de eso ya no tenía sentido rogar. Lo echaban y no había nada que hacer. Estaba seguro de que le debían dinero por su cosecha de este otoño, incluso unos pocos dólares, pero sabía que tampoco valía la pena discutir sobre eso. Había regresado a casa esa noche sabiendo que se tenían que ir. Tropezó y se precipitó al suelo.

Al levantarse vio una luz a lo lejos. Era un rayo pálido procedente de una ventana cerrada con un tablón. Pero era una casa y alguien vivía en ella. Corrió tan rápido como pudo.

Cuando llegó a la casa un perro se puso a ladrar, pero no le prestó atención. Subió hasta la puerta y empezó a golpearla con los dos puños.

—¡Déjenme entrar! —gritó—. ¡Abran a la puerta!

Desde dentro alguien gritó y varias sillas cayeron al suelo. El perro salió de debajo de la casa y empezó a mordisquear las piernas de Vern. Trató de apartarlo de una patada, pero el perro era tan decidido como él y volvía a atacarle con mayor ferocidad. Finalmente abrió la puerta de un golpe, rompiendo la cerradura.

Varios negros estaban escondidos en la habitación. Podía ver sus cabezas y sus pies debajo de la cama, detrás de un baúl y debajo de la mesa.

—No me tengáis miedo —dijo con toda la calma que pudo—. He venido a buscar ayuda. Mi esposa está en la carretera, enferma. Tengo que llevarla a alguna casa. Está echada en el suelo.

El hombre más viejo, un negro de pelo gris que parecía tener unos cincuenta años, salió de debajo de la cama.

—Yo le ayudaré, jefe —dijo—. No sabía lo que quería cuando ha venido gritando y chillando. Por eso no le he abierto la puerta ni le he dejado entrar.

—¿Tiene un carro, o algo así? —preguntó Vern.

—Tengo un carro de un caballo —dijo el hombre—. George, tú y Pete id a atar la mula al carro. Daos prisa.

Dos muchachos salieron de sus escondites y salieron corriendo por la puerta trasera.

—Necesitaremos un colchón o algo así donde pueda acostarse —dijo Vern.

Una mujer negra empezó a sacar las sábanas de la cama y Vern cogió el colchón y lo sacó por la puerta delantera a la carretera. Mientras esperaba a que los muchachos trajeran el carro, caminó de arriba abajo tratando de convencerse de que Nellie estaría bien.

Cuando el carro estuvo listo todos subieron y se pusieron en camino con tanta rapidez como lo permitía la mula. Tardaron menos de media hora en alcanzar la arboleda donde Vern había dejado a Nellie. Entonces se dio cuenta de que se había ido durante tres horas o más.

Vern bajó de un salto y la llamó. Ella no respondió. Corrió hacia el talud y cayó de rodillas junto a su esposa.

—¡Nellie! —dijo sacudiéndola—. ¡Despierta, Nellie! ¡Soy Vern, Nellie!

No podía hacer que hablara. Puso su cara junto a la de ella y notó su mejilla fría. Le puso las manos en la frente y estaba fría también. Entonces cogió sus muñecas y las sostuvo con los dedos mientras apretaba su oído contra el pecho.

Finalmente el hombre negro logró arrancarlo del cuerpo de Nellie. Durante un rato no supo dónde estaba ni lo que había ocurrido. Parecía como si su mente se le hubiera quedado en blanco.

El negro intentó hablar con él, pero Vern no oía nada de lo que le decía. Sabía que había pasado algo y que la cara y las manos de Nellie estaban frías y que no podía oír el latido de su corazón. Lo sabía, pero no podía creer que fuera verdad.

Cayó al suelo, apretó la cara contra la pinaza y sus dedos se hundieron en la tierra suave y húmeda. Podía oír voces por encima de él, y podía oír lo que las voces decían, pero nada tenía sentido. En algún momento tendría que preguntar por el bebé, por el bebé de Nellie, por su bebé. Sabía que pasaría mucho tiempo antes de que pudiera preguntar algo así. Pasaría mucho tiempo antes de que las palabras volvieran a tener algún significado.

BÁLSAMO DE JUDEA

En enero, hacia la mitad de la primera semana, Ned Jones recibió una carta de la oficina de Bangor de su corredor de seguros contra incendios. La carta decía que la compañía dejaba —con fecha a partir del 1 de enero— de permitir descuentos sobre las primas que cubrían granjas y establos que estuvieran equipadas con pararrayos. Por lo tanto, decía la carta, el coste de proteger tales edificios subiría de veinte con cincuenta a veintidós con cincuenta.

No obstante, la carta proseguía, si los pararrayos ya estaban instalados en los edificios, un experto en pararrayos lo visitaría e inspeccionaría los terminales, los cables de tierra, clavitos, etc. Y si el experto los encontrara en excelentes condiciones, el descuento se volvería a aplicar. La carta concluía que los cargos por el tiempo del inspector subirían a tres dólares.

—¡Rayos y truenos! —dijo Ned cuando terminó de leer la carta por tercera vez—. ¡Rayos y truenos!

No tardó demasiado en comprender que se ahorraría un dólar si no hacía que viniera un inspector a ver los pararrayos, pero aun así vio que le costaría dos dólares más al año mantener sus edificios cubiertos por la póliza.

—¡Rayos y truenos! —dijo.

Su esposa, Betty, estuvo callada durante todo el asunto. Cuando surgía algo que amenazaba con costar más dinero, ella siempre se quedaba paralizada.

La prima no se tenía que pagar hasta el 1 de febrero, pero una semana antes Ned se preparó para hacer un viaje a Bangor y visitar a su agente.

Él y su esposa salieron hacia Bangor después del desayuno en su viejo coche. Condujeron por la carretera de asfalto manteniéndose lo más a la derecha posible. La ley decía que un propietario de un vehículo no tenía por qué llevar seguro de responsabilidad y contra daños a la propiedad siempre y cuando no tuviera ningún percance. Ned estaba empeñado en no tener ese primer accidente en la carretera que lo obligara a pagar una prima por el derecho a conducir su coche. En cualquier caso, se trataba de un coche viejo, de unos doce años, y no tenía intención de comprarse otro hasta que este estuviera muy usado.

Llegaron a Bangor antes de las diez de la mañana y después de encontrar un sitio donde aparcar y dejar el automóvil, Ned y su esposa se fueron directamente a la oficina del agente.

Se sentaron en un banco en el vestíbulo y esperaron varios minutos. Luego una muchacha los acompañó a ver al señor Harmsworth.

—Respecto al seguro que cubre mi granja en Gaylord —dijo Ned moviendo negativamente la cabeza y el dedo.

—Observo que está disgustado por la nueva cláusula de los pararrayos que entró en vigor el 1 de enero —dijo el señor Harmsworth sonriendo a Ned y a su esposa—. Verá, señor y señora Jones, las oficinas centrales de la compañía en New Hampshire

son la que reescriben los contratos y nosotros, los agentes, no tenemos nada que ver con los términos que dicta la compañía.

—¿Y qué sabe la gente de New Hampshire sobre pararrayos? —dijo Ned—. Déjeme decirle algo. Una vez conocí a un hombre en New Hampshire que...

—No cambiemos de tema, señor y señora Jones —dijo el señor Harmsworth—. Al fin y al cabo mis padres nacieron los dos en New Hampshire y estoy seguro de que ustedes también tienen algún familiar en New Hampshire.

Sonrió a la señora Jones, mostrándole con todas sus fuerzas lo que sabía que era una sonrisa radiante. Betty se negó a ser desarmada. Estaba paralizada por dentro y tenía la intención de permanecer así mientras la compañía de seguros se negara a hacer un ajuste que no les costara un solo penique adicional.

—He vivido aquí en el estado de Maine toda mi vida —dijo Ned—, y tengo más de sesenta años. Los pararrayos son lo único en el mundo que evita que un rayo vaya a dar a una casa o establo y lo incendie. Durante toda mi vida he visto los rayos dar contra una aguja y bajar el cable a tierra sin tan solo ahumar un tejado o los tablones. Si no fuera por los pararrayos...

—¿Están seguros que los relámpagos bajan por el pararrayos, señor y señora Jones? —dijo el señor Harmsworth—. Tenía la impresión de que subían por ellos, o que hacían contacto con la punta. No obstante...

—Un rayo es un rayo, tanto si sube como si baja, o va de lado si es lo que le apetece —dijo Ned levantándose.

—Veo que usted sabe más que yo de estas cosas —dijo riendo el señor Harmsworth. Luego sonrió a la señora Jones—. Yo crecí aquí, en la ciudad, y nunca he tenido la oportunidad de observar el comportamiento de los rayos cuando entran en contacto con un edificio equipado con pararrayos. Pero es lo mismo, no hay nada que usted o yo podamos hacer sobre esta cláusula, porque las oficinas centrales reescribieron el contrato y nos enviaron los formularios impresos. Yo soy meramente su representante. Obedezco sus órdenes, pero no tengo autoridad para alterar una cláusula de contrato.

Ned miró a su esposa y ella movió negativamente la cabeza. Era todo lo que quería saber. Ninguna compañía de seguros de New Hampshire, dirigida por gente de New Hampshire, iba a decirle a él si los pararrayos eran una protección o no. Volvió a mirar a su esposa y sacudió la cabeza. Betty, sintiéndose más paralizada por dentro, apretó la boca y asintió a su esposo.

El señor Harmsworth empezó a ordenar unos papeles de encima de su mesa y sacó uno muy arrugado que colocó delante de Ned.

—Esta es la factura por su cobertura contra incendios —dijo mirando rápidamente a Ned, pero evitando mirar a la señora Jones.

Ned lo empujó de vuelta al agente.

—Sobre el bálsamo de Judea... —dijo Ned adelantándose en su silla.

—¿Qué bálsamo de Judea? —dijo el señor Harmsworth sorprendido—. ¿Qué es

eso?

Ned miró a su esposa y ella asintió. Era la señal que necesitaba. Acercó la silla al escritorio.

—Mi bálsamo de Judea —dijo—. Tengo uno en el patio, a catorce pies de la pared oeste de la casa y a veintidós pies de la pared este del establo.

—¿Qué es el bálsamo de Judea? —preguntó el señor Harmsworth, todavía sorprendido—. ¿No es algo de la Biblia? ¿Cómo tiene usted algo que sale en la Biblia?

Ned y Betty se miraron, pero ninguno hizo un solo movimiento con la cabeza.

—El bálsamo de Judea es un árbol —dijo Ned—. Mi bálsamo de Judea lo plantó mi padre hace setenta y siete años y está en mi patio.

—¿Y qué le pasa? —preguntó el señor Harmsworth con los ojos desorbitados.

—Es un pararrayos —dijo Ned—. Es el mejor pararrayos de la tierra. Después de que un bálsamo de Judea...

—¿Quiere que le apliquemos un descuento porque tiene un árbol...? —empezó a hablar el señor Harmsworth adelantándose en la silla.

—... cumple cincuenta años se convierte en un pararrayos —prosiguió Ned obstinadamente—. Un relámpago no cae sobre ninguna otra cosa en un área de cincuenta yardas. Un relámpago siempre da en el bálsamo de Judea.

—No sé lo que pretende exactamente... —dijo el señor Harmsworth—, pero no esperará que le hagamos un descuento en su póliza contra incendios por tener un árbol así.

—No sé por qué no —dijo Ned—. ¿Por qué no iba a obtener un descuento si tengo un bálsamo de Judea casi en medio de los dos edificios y el más alejado está a veintidós pies? Un árbol así ofrece dos o tres veces mayor protección que los pararrayos encima de los edificios. Protege los edificios de los relámpagos. Imagino que se me deben cinco o seis dólares en descuentos por tener el árbol donde está.

El señor Harmsworth se rascó la cabeza y miró rápidamente a la señora Jones. Tuvo tiempo de ver que su boca se había tensado hasta formar una línea prieta que cruzaba su cara. No la volvió a mirar.

—Si insiste —dijo—, lo hablaré con las oficinas centrales de New Hampshire. No podré hacer nada hasta que sepa algo de ellos. Pero no creo que permitan que nadie obtenga un descuento en su póliza contra incendios por tener un bálsamo de Judea.

—Si no fueran de New Hampshire —dijo Ned—, sabrían la protección que da un árbol así.

—Le escribiré una carta y le haré saber la opinión de las oficinas centrales tan pronto como obtenga su respuesta —dijo, levantándose.

Ned y Betty se pusieron de pie y salieron al vestíbulo. El señor Harmsworth los siguió e intentó darle la mano a al menos uno de ellos. Betty mantenía las suyas firmemente cogidas en su cintura. Ned se adelantó al agente para salir a la calle.

—Joven ignorante —dijo Ned—. Asociado con gente de New Hampshire.

Betty asintió con la cabeza.

Compraron algunas cosas en un almacén y luego subieron a su coche y regresaron a casa. Ninguno de los dos mencionó la póliza durante el resto del día.

El fin de semana y los primeros días de la siguiente, tanto Ned como su esposa miraron el buzón a la espera de la carta del agente de Bangor. La carta llegó al tercer día.

Antes de abrirla procedieron a entrar en la cocina y sentarse en las sillas que había junto a la ventana. Ned sacó las gafas y limpió con cuidado las lentes. Betty se acercó su pañuelo a la nariz y luego lo guardó. Ned leyó en voz alta.

Apreciado señor Jones,

he hablado del asunto del bálsamo de Judea de su patio con las oficinas centrales de New Hampshire y por la presente le comunico su decisión. Parece ser que la compañía pensó que se trataba de un chiste porque, en sus propias palabras, querían saber si su bálsamo de Judea era capaz de «atrapar ratones, hacer de espantapájaros, curar cólicos». En su carta indicaban enfáticamente que bajo ninguna circunstancia se permitirían descuentos en las primas contra incendios por poseer un bálsamo de Judea...

La carta no terminaba ahí, pero Ned no continuó leyendo. Le entregó la carta a su esposa y ella la dejó sobre la mesa. Apretó la boca hasta formar una línea recta muy prieta que le atravesaba la cara.

—Nunca he perdido tiempo con la gente de New Hampshire —dijo Ned quitándose las gafas, cogiendo el sombrero y levantándose.

Su esposa no dijo nada cuando le vio salir de la cocina en dirección al patio.

Cuando lo vio salir con el hacha y la sierra de la leñera, se puso la chaqueta y salió a ayudarlo.

Ned hizo primero una muesca en el árbol para poder tirarlo en la dirección deseada. Cuando la tuvo hecha, cogió un extremo de la sierra y Betty cogió el otro. Empezaron a serrar en silencio. Sus caras brillaban, pero con los rasgos tirantes. Los dos esperaban que las tormentas eléctricas llegaran a principio de primavera y en silencio rogaban que un rayo cayera en la casa y la convirtiera en un montón de ceniza.

EL PUEBLO CONTRA ABE LATHAN, DE COLOR

Tío Abe estaba pelando maíz en el granero cuando Luther Bolick bajó la colina procedente de la gran casa blanca y le dijo que recogiera sus cosas y saliera de la granja. Tío Abe se había vuelto un poco sordo y la primera vez no oyó bien lo que Luther le había dicho.

—Señor Luther, estos viejos oídos me están fastidiando de nuevo —dijo tío Abe—. Ya no oigo como antes.

Luther miró al negro y frunció el ceño. Tío Abe se levantó y se acercó a la puerta del granero para poder oír mejor.

—He dicho que quiero que tú y tu familia recojáis vuestros muebles y utensilios y os vayáis de aquí.

El tío Abe alargó un brazo y se agarró al marco de la puerta.

—¿Irnos? —dijo tío Abe.

Miró incrédulo la cara de su terrateniente.

—Señor Luther, ¿no lo dirá en serio? —preguntó tío Abe con voz trémula—. Es una broma, ¿verdad, señor Luther?

—Me has oído perfectamente, aunque hagas ver que estás sordo —dijo Luther enfadado, dando la vuelta y avanzando unos pasos—. Te quiero ver fuera de aquí al final de esta semana. Te doy todo este tiempo si no me causas problemas. Y cuando te lleves tus cosas, ten mucho cuidado de no llevarte nada mío, o te mandaré a la policía.

Tío Abe se sintió débil tan repentinamente que apenas pudo evitar caer. Se giró un poco y se deslizó por el marco de la puerta hasta quedar sentado en el suelo. Luther se dio la vuelta para ver lo que hacía.

—Tengo más de sesenta años —dijo lentamente tío Abe—, pero mi familia y yo trabajamos muy duramente para usted, señor Luther. Trabajamos como el que más en todo el lugar. Sabe que es verdad, señor Luther. He vivido aquí, trabajando para usted, y para su padre antes que usted, sin importar lo grande que fuera la cosecha que cultivara. Nunca he pedido demasiado. Solo lo suficiente para comer y algo de ropa. Eso es todo. He criado una casa llena de niños para que ayudaran con el trabajo y ninguno de ellos le ha dado un solo problema. ¿No es así, señor Luther?

Luther hizo un gesto de impaciencia con la mano, indicando que quería que el negro dejara de discutir. Movié negativamente la cabeza, mostrando así que no quería escuchar nada de lo que tío Abe tuviera que decir.

—Todo eso es cierto —dijo Luther—, pero tengo que deshacerme de la mitad de los arrendatarios. No puedo permitirme mantener a ocho o diez viejos como tú. Todos tendréis que iros a otra parte.

—¿Ya no va a cosechar este año, no cultivará algodón, señor Luther? —preguntó tío Abe—. Puedo seguir trabajando tanto y tan bien como los demás. Quizás sea un poco más lento, pero hago mi trabajo. ¿Acaso no pelo este maíz para dar de comer a

las mulas igual de bien que los demás?

—No tengo tiempo para discutir —dijo Luther nerviosamente—. Ya he tomado la decisión y eso es todo. Ahora, en cuanto acabes de dar de comer a las mulas, vuelve a casa y empieza a recoger las cosas que te pertenecen.

Luther se dio la vuelta y empezó a caminar en dirección al establo. Cuando llegó a la puerta del establo se dio la vuelta y miró. Tío Abe lo había seguido.

—¿Adónde puede ir mi familia, señor Luther? —dijo tío Abe—. Los muchachos son mayores y pueden cuidarse de sí mismos. Pero mi esposa y yo somos viejos. Ya sabe lo difícil que es para un viejo de color encontrar una casa y tierra para trabajar de aparcerero. A usted no le cuesta demasiado mantenernos y yo y mis muchachos cultivamos tanto algodón como los demás. La última vez que mencioné mi parte fue hace mucho tiempo, treinta años o más atrás. Yo me contento trabajando como trabajo a cambio de raciones y algo de ropa. Sabe que es verdad, señor Luther. He vivido en mi pequeña casucha durante cuarenta años y es el único hogar que conozco. Señor Luther, yo y mi esposa somos viejos, y no me puedo poner a trabajar como jornalero porque ya no tengo la fuerza de antes. Pero sí puedo cultivar algodón igual de bien que cualquier otro hombre de color del lugar.

Luther abrió la puerta del establo y entró. Movi6 negativamente la cabeza como para indicar que no iba a escucharle más. Le dio la espalda a tío Abe y se alejó.

Tío Abe no sabía qué decir ni hacer. Cuando vio que Luther se alejaba, empezó a temblar. Se agarró a la puerta para no caer.

—No puedo irme, señor Luther —dijo desesperadamente—. No puedo. Este es el único sitio que tengo en el mundo. Sencillamente, no puedo irme, señor Luther.

Luther desapareció por la esquina del establo. Después ya no pudo oír a tío Abe.

Al día siguiente, poco después de las dos de la tarde, apareció un camión delante de la casa de tres habitaciones donde vivían tío Abe, su esposa y sus tres hijos. Tío Abe y su esposa estaban sentados junto al fuego tratando de protegerse del frío de pleno invierno. Eran los únicos que estaban en casa.

Tío Abe oyó como el camión llegaba y se detenía, pero se quedó sentado pensando que se trataba de Henry, su hijo mayor, quien a veces conducía un camión para Luther Bolick.

Pasaron varios minutos y alguien llamó a la puerta. Su esposa se levantó inmediatamente y fue a ver quién era.

Cuando abrió la puerta vio a dos hombres blancos desconocidos en el porche. Primero no dijeron nada, pero miraron dentro de la habitación para ver quién había dentro. Sin decir una palabra entraron y se dirigieron hacia la chimenea, donde estaba tío Abe, encorvado sobre el hogar.

—¿Es usted Abe Lathan? —preguntó uno de los hombres, el mayor.

—Sí señor, soy Abe Lathan —respondió preguntándose quiénes eran, ya que nunca antes los había visto—. ¿Por qué lo desean saber?

El hombre sacó un disco metálico de su bolsillo y lo sostuvo en la palma de su

mano ante los ojos de tío Abe.

—Vengo a entregarle un documento y una orden de arresto contra usted —le dijo—. El documento es una orden de desalojo y la orden de arresto es por amenaza de daños corporales.

Desplegó la orden de desalojo y se la entregó a tío Abe. El negro negó desconcertado con la cabeza. Primero miró el papel y luego a los dos extraños hombres blancos.

—Soy ayudante del *sheriff* —dijo el hombre mayor—, y he venido a hacer dos cosas: a desalojarlo de esta casa y a detenerlo.

—¿Qué significa... desalojar? —preguntó tío Abe.

Los dos hombres miraron la habitación durante un momento. La esposa de tío Abe se había acercado al respaldo de su silla y le puso las manos temblorosas en el hombros.

—Vamos a sacar sus muebles de esta casa y a echarlos de la propiedad de Luther Bolick. Luego lo llevaremos a la cárcel del condado. Vamos, dense prisa los dos.

Tío Abe se levantó. Él y su esposa se quedaron junto al hogar sin saber qué hacer.

Los dos hombres empezaron a recoger los muebles y a sacarlos de la casa. Cogieron las camas, las mesas, las sillas, y todo lo que había en las tres habitaciones excepto la cocina, que pertenecía a Luther Bolick. Cuando hubieron sacado todo afuera, empezaron a meterlo todo en el camión.

Tío Abe salió afuera tan rápido como pudo.

—Por favor, no hagan eso —les rogó—. Esperen un minuto a que vaya a buscar al señor Luther. Él lo arreglará todo. El señor Luther es el terrateniente y no permitirá que se lleven todos mis muebles de esta manera. Por favor, señor, espere a que vaya a buscarlo.

Los dos hombres se miraron.

—Luther Bolick es el que ha firmado los dos papeles —dijo el ayudante del *sheriff*, negando con la cabeza—. Él ha solicitado estas órdenes judiciales para que nos llevemos sus muebles y lo metamos en la cárcel. No creo que sirva de nada que vaya a buscarlo.

—¿Meterme en la cárcel? —dijo tío Abe—. ¿Por qué diría algo así?

—Por amenazas —dijo el ayudante del *sheriff*—. Por intentar matarlo. Golpearlo con un palo o dispararle con una pistola.

Los hombres acabaron de meter todos los objetos dentro del camión y dijeron a tío Abe y a su esposa que subieran. Al no moverse, el ayudante del *sheriff* los empujó hacia la parte trasera y los golpeó hasta que subieron al camión.

Mientras el joven conducía el vehículo, el ayudante del *sheriff* se sentó junto a ellos para que no escaparan. Salieron del sendero, pasaron las casas de otros aparceros, se metieron por una larga carretera que subía por la colina que pertenecía a Luther Bolick y salieron a la carretera principal. Pasaron junto a la gran casa blanca donde vivía, pero no pudieron verlo.

—Nunca he amenazado al señor Luther —protestó tío Abe—. Nunca he hecho algo así en toda mi vida. Tampoco he dicho una palabra contra él. El señor Luther es mi jefe y he trabajado para él desde que tenía veinte años. Ayer me dijo que quería que sacara mis cosas de la granja y lo único que hice fue pedirle que me dejara quedarme. No voy a vivir mucho más. Le dije que no quería irme. Es todo lo que le dije al señor Luther. Nunca le dije que fuera a matarle. El señor Luther lo sabe tan bien como yo. Pregúntenle a él si no es así.

Ya habían dejado atrás la granja de Luther Bolick y habían entrado en la carretera en dirección a la capital administrativa del condado, a once millas de distancia.

—He vivido y trabajado para el señor Luther durante cuarenta años —dijo tío Abe—, y en todo este tiempo no he dicho una palabra mezquina ni a su cara ni a sus espaldas. Me da raciones para mí y mi familia y algo de ropa, y yo y mi familia cultivamos algodón para él. Y he estado haciendo esto desde que tenía veinte años. Me vine aquí y empecé a trabajar de aparcerero para su padre primero, y luego, cuando él murió, seguí haciendo lo mismo para él hasta ahora. El señor Luther sabe que he trabajado duro y nunca le he hablado de mala manera. Solo le he pedido las raciones y algo de ropa. Pregúntele al señor Luther.

El ayudante del *sheriff* escuchó todo lo que contaba tío Abe, pero no dijo nada. Sentía pena por el viejo negro y su esposa, pero no había nada que pudiera hacer. Luther Bolick había ido al juzgado por la mañana a primera hora y había solicitado las órdenes de desalojo y arresto. Su trabajo se limitaba a hacer entrega de los documentos y ejecutar las órdenes judiciales. A pesar de ser ese su trabajo, no podía evitar sentir pena por los negros. Pensaba que Luther Bolick no debía echarlos de su granja simplemente porque eran viejos.

Cuando llegaron a las afueras del pueblo, el ayudante del *sheriff* le dijo al joven que se detuviera. Pararon al borde de la carretera, justo cerca de la primera hilera de casas. A ambos lados de la carretera había quince o veinte casas de negros.

Cuando el camión se detuvo, los dos hombres blancos empezaron a descargar los muebles y a amontonarlos junto a la carretera. Cuando hubieron descargado todo del camión, el ayudante del *sheriff* le dijo a la esposa de tío Abe que bajara. Tío Abe empezó a descender, pero el ayudante le dijo que se tenía que quedar donde estaba. Arrancaron el camión y dejaron atrás a la aturdida esposa de tío Abe, de pie junto a los muebles.

—¿Qué van a hacer conmigo ahora? —preguntó tío Abe mirando atrás a su esposa y los muebles.

—Le llevaremos a la cárcel del condado y lo encerraremos —dijo el ayudante del *sheriff*.

—¿Qué va a hacer mi esposa? —preguntó.

—La gente de esas casas probablemente la acogerá.

—¿Cuánto tiempo me tendrán encerrado?

—Hasta que haya un juicio.

Condujeron por las polvorientas calles del pueblo, dieron la vuelta a la plaza donde estaba el juzgado y se detuvieron en frente de un edificio de ladrillo con barras de hierro en las ventanas.

—Aquí es donde tenemos que bajar —dijo el ayudante del *sheriff*.

Tío Abe estaba demasiado débil para caminar, pero logró avanzar por el sendero hasta la puerta. Otro hombre blanco abrió la puerta y le dijo que siguiera recto hasta que le indicara dónde detenerse.

* * *

El sábado justo antes de mediodía, Henry, el hijo mayor de tío Abe, se presentó en la oficina de Ramsey Clark, sombrero en mano. El abogado miró al negro y frunció el ceño. Mordió el lápiz durante un rato, luego se meció en su silla y miró por la ventana hacia la plaza. Se volvió a dar la vuelta y miró al hijo de tío Abe.

—No quiero este caso —dijo—. No quiero tocarlo.

El muchacho lo miró con impotencia. Era el tercer abogado que había ido a ver esa mañana y todos se habían negado a aceptar el caso de su padre.

—No hay dinero en este caso —dijo Ramsey Clark, con el ceño todavía fruncido—. Nunca vería un céntimo con vosotros, negros, si aceptara el caso. Además, no quiero representar a más negros. Mejores abogados que yo se han visto arruinados haciéndolo. No quiero manchar mi reputación y ser conocido como «abogado de negros».

Henry pasó su peso de un pie a otro y se mordió los labios. No sabía qué decir. Se quedó en medio de la habitación tratando de pensar en alguna manera de ayudar a su padre.

—Mi padre nunca dijo que fuera a matar al señor Luther —protestó Henry—. Siempre se ha llevado bien con el señor Luther. Ninguno de nosotros le ha dado problemas. Todos se lo dirán. Todos los demás aparceros de la granja le dirán que mi padre siempre ha defendido al señor Luther. Nunca ha dicho que fuera a hacerle daño al señor Luther.

El abogado le indicó que dejara de hablar. Ya había oído todo lo que quería oír.

—Ya te he dicho que no quiero el caso —dijo enfadado, cogiendo unos papeles y lanzándolos sobre la mesa—. No quiero ir a juicio y perder el tiempo defendiendo un caso que nada hará cambiar. A vosotros, negros, ya os conviene de vez en cuando ir a la cárcel. No importa si Abe Lathan amenazara o no al señor Bolick. Abe Lathan le dijo que no se iba a ir de la granja, ¿no? Pues eso es suficiente para que el juez lo condene. Cuando el caso llegue al tribunal, eso será lo único que el juez querrá saber. Será enviado a prisión más rápido de lo que salta una pulga. Ningún abogado va a perder tiempo preparando un caso que sabe cómo va a terminar. Si hubiera dinero de por medio, podría ser distinto. Pero vosotros, los negros, nunca tenéis dinero con qué pagar. No tocaría este caso ni con una vara de diez pies de largo.

Henry salió de la oficina de Ramsey Clark y se dirigió a la cárcel. Solicitó permiso para ver a su padre durante cinco minutos.

Tío Abe estaba sentado en la litera de la celda mirando entre los barrotes cuando Henry entró. El carcelero se acercó y se quedó detrás de él junto a la puerta.

—¿Has visto a algún abogado y has explicado que nunca he dicho nada de eso al señor Luther? —preguntó tío Abe antes de decir nada más.

Henry miró a su padre, pero le resultó muy difícil responderle. Negó con la cabeza y bajó la mirada hasta ver solo el suelo.

—¿Lo has intentado, verdad, Henry? —preguntó tío Abe.

Henry asintió.

—¿Qué han dicho los abogados, Henry? ¿Qué dijeron cuando les explicaste lo respetuoso que siempre he sido con el señor Luther, cómo durante toda mi vida he trabajado muy duro para él? ¿No dijeron que me ayudarían?

Henry miró a su padre. Ladeó la cabeza para poder verlo entre las rejas de la celda. Tuvo que tragar saliva varias veces para poder hablar.

—He visto a tres abogados —dijo finalmente—. Todos me han dicho que no había nada que ellos pudieran hacer. Me han dicho que vayamos a juicio. Que no había nada que ellos pudieran hacer porque de cualquier manera el juez acabará enviándote a la cárcel.

Se detuvo un instante para mirar los pies de su padre entre las rejas.

—Si quieres, iré a buscar otros abogados para ver si quieren aceptar el caso. Pero no servirá de nada. Sencillamente, no quieren hacer nada.

Tío Abe se sentó en la litera y miró el suelo. No podía entender por qué ninguno de los abogados le quería ayudar. Entonces miró a través de los barrotes a su hijo. Sus ojos se le estaban llenando de lágrimas que no podía controlar.

—¿Por qué te han dicho los abogados que el juez me iba a enviar a la cárcel? —preguntó.

Henry agarró los barrotes y pensó en todos esos años en que había visto a su padre y a su madre trabajar en los campos de algodón para Luther Bolick, cobrando en raciones y algo de ropa, y una casa donde vivir y nada más.

—¿Por qué han dicho eso, Henry? —insistió su padre.

—Supongo porque solo somos gente de color —dijo finalmente Henry—. Si no, no sé por qué iban a decir algo así.

El carcelero se acercó a Henry por detrás y lo empujó con su vara. Henry caminó por el pasillo, entre filas de celdas, hacia la puerta que daba a la calle. No miró atrás.

BIG BUCK

Al caer la noche, la polvorienta carretera se empezó a llenar de gente despreocupada. Era sábado por la noche y estaba refrescando. Eso era bastante para hacer felices a muchos. Había unas pocas mulas caminando rendidas entre el polvo. En la cara tenían una mirada de preocupación, pero tenían derecho a tener ese aspecto, porque habían trabajado duro en los pantanos durante toda la semana y ya había pasado la hora de la cena, y todavía estaban lejos de casa.

Esta era la mejor época para la gente de color, porque hacía tanto calor que los blancos apenas salían de casa y un hombre negro podía caminar de arriba abajo por la carretera todo lo que quisiera. Las mujeres y muchachas llevaban vestidos blancos almidonados y lazos de seda brillante en el cabello. Los hombres vestían el traje de los domingos.

De repente, en algún lugar a lo largo de la carretera, empezó a ladrar un sabueso. Al mirar en esa dirección no se veía nada, porque la luna aún no había salido. Los muchachos se detuvieron en medio de la carretera y escucharon atentos. El viejo perro siguió ladrando. No dijeron nada, pero sabían que esos viejos sabuesos nunca se toman la molestia de levantarse y ladrar a menos que huelan a un extraño.

—Ten cuidado, tío —dijo el muchacho del sombrero amarillo—. Escóndete y aguanta la respiración, porque si no lo haces no tendrás tiempo ni de reaccionar.

—¿De qué diablos hablas? —dijo Jimson.

—Me acabo de dar la vuelta para ver qué venía por la carretera —dijo Moses—, y he visto algo que haría que te saltaran los ojos de las cuencas.

—¿Qué has visto, tío? —le preguntó Jimson, temblando como una hoja—. ¿Has visto algo espantoso?

—He visto a Big Buck —dijo Moses con voz baja—. Y lo he visto más de una vez, porque me he dado la vuelta dos veces para asegurarme de haber visto bien la primera vez.

Los dos muchachos salieron de la carretera, bajaron a la cuneta y se escondieron entre los arbustos. Se quedaron en cuclillas escuchando atentamente. Carretera arriba había gente riendo y cantando, hablando en voz alta. El viejo sabueso seguía ladrando.

—No es justo que Big Buck asuste a la gente de esta manera —dijo Jimson—. Es un pecado.

—No es que Buck quiera asustar a la gente —dijo Moses—. Es que la gente se asusta por naturaleza cuando él se acerca. Eso es todo. No es culpa de Buck. Él es dulce como un bebé.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí, escondidos entre los arbustos, si no hay nada de qué asustarse?

Moses no dijo nada. Apartaron un poco las ramas y miraron hacia la carretera. No pudieron ver a Big Buck porque estaba todo oscuro desde la puesta de sol, pero

podieron oír sus pisadas en la polvorienta carretera como cipreses cayendo en los pantanos a plena luz del día.

—Quizás en el pasado fuera dulce, cuando era un bebé —dijo Jimson—. Quizás lo sea ahora, cuando duerme en su cama. Pero el sábado pasado por la noche no actuó como un bebé en el almacén del cruce.

—¿Qué hizo? —dijo Moses.

—Dijo que le gustaba la cinta de rayas de mi nuevo sombrero de paja y luego me golpeó con tanta fuerza que caí de cara al suelo. Así de dulce es Buck ahora. Y así es como lo sé.

—Deja de parlotear —susurró Moses—. Aquí viene.

Se taparon con los arbustos y se agacharon tanto como pudieron para que sus cabezas no asomaran por encima. Se alegraron de que todo estuviera tan oscuro.

—Mira a ese estúpido ligón —susurró Jimson—. ¿No te parece el tipo más extravagante que hayas visto jamás? Se ha puesto zapatos amarillos y una corbata para exhibirse delante de la primera muchacha que vea. Ese ligón estúpido sabe cortejar hasta a quien nadie ha podido cortejar jamás. Dios, ojalá fuera yo así... Me conseguiría una mulata y...

—Cállate la boca, tío —susurró Moses dándole a Jimson un codazo en las costillas—. Si no cierras esa enorme boca saltará sobre nosotros, seguro.

Big Buck apareció por la carretera con el aspecto de tener un destino en mente. Silbaba tan fuerte como el motor de un aserradero a la hora del cierre un sábado por la tarde. Tiraba la cabeza hacia atrás y balanceaba los brazos con la seguridad de quien se sabe el centro del mundo. Iba de camino a cortejar a alguien. Estaba clarísimo.

Tras los arbustos, los muchachos temblaron hasta que les empezaron a sonar los huesos.

Entonces, allí mismo, Big Buck se detuvo y miró hacia la maleza. No había gato que viera mejor por la noche que él. Su cara negra simplemente tenía que girar en dirección a lo que quisiera ver y allí estaba, delante de sus ojos, tan claro como el día.

—Muchachos, vais a hacer caer todas las hojas de esos pobres arbustos —dijo Big Buck sonriendo hasta que sus dientes brillaron como lápidas nuevas a la luz de la luna—. ¿Por qué queréis hacerles algo así a esos pobres arbolillos?

Alargó un brazo por encima de la cuneta, agarró una cabeza lanosa y la arrastró consigo hasta la carretera.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —preguntó.

—Soy Jimson, señor Buck —respondió el muchacho de color—. Jimson y nada más.

Big Buck metió el otro brazo entre los arbustos y agarró la otra cabeza lanosa. Tiró de ella hasta que Moses salió saltando a la carretera. De pie y en los brazos de Buck, los dos muchachos temblaron más que las hojas de los arbustos.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Buck.

—Soy el pequeño Moses —respondió.

—¿El pequeño Moses y qué más?

—Moses March^[1].

—Un nombre algo curioso ahora que estamos en pleno agosto —dijo Buck sacudiéndolo de tal manera por el cabello que Moses deseó no haber nacido nunca—. ¿Por qué tiemblas tanto, muchacho? No hay nada que temer si te cambias el nombre.

—Sí, señor Buck —dijo Moses—. Me lo cambiaré. Me cambiaré el nombre como usted ha dicho. Haré lo que usted diga. Lo haré, señor Buck.

Big Buck soltó a Moses y se puso a reír. Le dio un golpe tal en la espalda a Jimson que antes de darse cuenta de lo que le estaba pasando el suelo se levantó y le dio en plena cara. Big Buck bajó la mirada hacia Jimson y lo levantó agarrando un puñado de su lanoso pelo. Se distanció un poco y se rio otro poco.

—Mocosos, no tenéis que asustaros —dijo Buck—. No le voy a hacer daño a nadie. Sois mis amigos. Si no estuviera llegando tarde, y si no estuviera de camino para cortejar a una moza, me quedaría aquí con vosotros para jugar un poco a los dados.

Se subió los pantalones y se apretó el nudo de la corbata.

Los muchachos no pudieron evitar admirar los zapatos amarillos y la corbata roja, que parecía una farola colgada de su cuello.

—¿Por dónde he de ir para llegar a casa de Singing Sal? —preguntó.

—¿La casa de quién? —preguntó Jimson dejando la boca abierta—. ¿La casa de quién ha dicho?

—He dicho la casa de Singing Sal —respondió Big Buck.

—¿No se estará refiriendo en serio a Singing Sal? —preguntó Moses—. No puede estar refiriéndose a ella, porque Sal jamás dejaría que la cortejaran. Es tan terca como una mula...

—Me has oído, mocosos —dijo Buck—. Siempre hablo en serio, y me estoy refiriendo a Singing Sal. ¿En qué dirección he de ir para llegar a su casa desde aquí?

—¿Está seguro de que quiere cortejarla? —preguntó Moses.

—A eso voy —dijo—, y tengo mucha prisa por llegar. Vosotros, mocosos, venid e indicadme el camino a su casa.

Jimson y Moses lo siguieron trotando para mantener su paso. Ninguno habló al menos hasta que hubieron caminado media milla.

Cada vez que se encontraban con un grupo de personas por la carretera, todos saltaban a la cuneta para dejar pasar a Big Buck. Este no pesaba más de doscientos cincuenta libras, y no debía de medir mucho más de siete pies, pero parecía ocupar toda la carretera. Las mujeres y las muchachas se rieron tontamente cuando lo vieron pasar, pero Big Buck no se giró para mirarlas. Siguió con la vista fija en la carretera, como un sabueso cuando sigue un rastro de un animal.

Al poco rato Jimson y Moses se quedaron sin resuello y no sabían cuánto tiempo más podrían seguir el ritmo de Buck si no paraban y recuperaban el aliento. La gente

de la carretera se dispersaba como una nidada de codornices.

Cuando llegaron a la bifurcación, Buck se detuvo y preguntó hacia dónde tenía que ir.

—Es por ahí, cruzando el arroyo —dijo Jimson respirando fuerte—. Si no tiene objeción, me gustaría acompañarlo el resto del camino. Moses y yo íbamos en esa dirección de todas maneras.

—No tengo intención de perder tiempo llamando a la puerta de la persona equivocada —dijo Buck—, y quiero que me llevéis directamente al lugar donde quiero ir. Vamos y no perdamos más tiempo.

Continuaron por el lado derecho de la carretera. Por ese lado no había demasiadas casas y no perdieron demasiado tiempo. Buck iba por delante, y detrás, rezagados, iban los dos muchachos tratando con dificultad de seguir su paso.

Pasaron junto a varias casas y subieron la colina que se elevaba a partir del puente que cruzaba el arroyo. Big Buck empezó a tararear una canción. Le costó tan poco subir la colina como le habría costado caminar sobre un camino llano.

Cuando llegaron a la cima, Buck se detuvo y se subió los pantalones. Se limpió con las perneras de los pantalones el polvo de sus nuevos zapatos amarillos, y luego se apretó la corbata roja hasta casi ahogarse.

—Es aquí —dijo Jimson señalando el lugar.

—Entonces, aquí es el lugar donde me quedo —dijo Buck—. Aquí es donde me instalo.

Se dirigió hacia la cabaña pasando por la abertura que había en la valla de madera. Se detuvo a mitad de camino y los llamó de nuevo.

—Os estoy muy agradecido, muchachos —dijo.

Buscó en los bolsillos de sus pantalones y les tiró una brillante moneda de diez céntimos. Jimson la cogió antes de que se perdiera en la oscuridad.

—Me habéis ayudado a no perder tiempo y os estoy muy agradecido —dijo.

—¿No irá a cortejar a Singing Sal, verdad, señor Buck? —preguntó Jimson. Él y Moses se acercaron a la valla y se apoyaron en ella—. Todo el mundo dice que Singing Sal no deja que la cortejen. Algunos dicen que no soporta ni el tufo a cortejo. Algunos que lo han intentado se han hecho incluso daño.

—Sencillamente es que nunca ha venido un hombre de verdad a cortejarla y darle lo que merece —dijo Buck—. He oído eso de que no quiere que la cortejen, pero otro gallo cantará cuando haya acabado con ella.

Big Buck dio unos pasos hacia la puerta de la cabaña. Moses se dirigió hacia la carretera. No se iba a arriesgar. Singing Sal tenía la costumbre de disparar su escopeta cuando no quería que la molestaran. Moses se alejó. Jimson se quedó donde estaba y trató de que Moses se acercara para que los dos pudieran ver lo que iba a pasar cuando Buck entrara en la casa.

—No hay nada que temer, Moses —dijo Jimson—. Big Buck sabe lo que hace o de lo contrario no habría venido hasta aquí desde tan lejos.

Buck se subió los pantalones de nuevo, rodeó un montón de leña y pasó por delante de una vieja bañera llena de latas oxidadas. Puso un pie en el escalón del porche y probó su solidez. El escalón crujió y osciló, pero sostuvo su peso.

En el patio, junto a la valla de madera combada, Jimson y Moses se apoyaron a un poste. Cuando Buck golpeó la puerta se quedaron sin aliento. No tuvieron tiempo ni de respirar y ya oyeron como caía una silla dentro de la cabaña. Justo después una sartén de estaño golpeó una mesa, o una estantería, o algo, y cayó al suelo montando un gran jaleo. Estaba claro que la habían cogido por sorpresa.

—¿Quién hay ahí fuera? —preguntó Singing Sal—. ¿Qué quieres?

Big Buck dio una patada a la puerta con uno de sus grandes zapatos amarillos. Toda la cabaña tembló.

—Ha venido tu hombre —dijo, girando el pomo de la puerta y haciéndolo sonar—. Abre y deja que entre tu hombre, chica.

—Lárgate, tío, mientras puedas —dijo Singing Sal—. No me sobra tiempo que perder contigo, quienquiera que seas. Ahora, con tus patitas aléjate de mi casa.

—Cariño —dijo Buck agarrando bien el pomo— hace tiempo que tengo decidido cortejarte mientras la comida esté caliente. Prepárame un plato y ponme una silla.

Antes de poder apartarse ni siquiera una pulgada, una carga de la escopeta de Sal atravesó la endeble puerta. Ni siquiera rozó a Buck, pero sí que durante un minuto se quedó desconcertado. Luego se subió los pantalones y volvió a tirar del pomo.

—Deja ese juguete antes de que te hagas daño, cariño —le gritó a través del agujero que había en la puerta—. Esas cosas no me asustan.

Tiró del pomo y lo rompió, arrancando el cerrojo al mismo tiempo. La puerta se abrió lentamente y la luz amarilla de la lámpara bañó el porche y el patio, e incluso la pila de leña. Entró pavoneándose en la casa mientras Singing Sal lo miraba con los ojos desorbitados. Nadie había atravesado nunca la puerta de su casa como él. Actuaba como si nada en el mundo lo asustara, ni siquiera las escopetas de doble cañón.

—¿Quién eres? —preguntó con ojos de loca.

Él sonrió y pareció como si toda la boca fuera a rajarse de oreja a oreja.

—Soy tu hombre, cariño —dijo—, y he venido para cortejarte.

Pasó delante de ella, mirándosela de arriba abajo mientras ella seguía aturdida. Big Buck caminó a su alrededor, mirándola bien por detrás. Ella no se movió una pulgada, así de indecisa estaba.

Jimson y Moses se acercaron arrastrándose y llegaron hasta la pila de leña. Se quedaron detrás de la misma para tener donde esconderse en caso de que Singing Sal se recuperara y empezara a disparar de nuevo.

—Soy Big Buck, del otro lado del pantano, cariño. Debes de haber oído hablar de mí, porque he vivido por aquí la mayor parte de mi vida. No está bien que haya tardado tanto en venir a cortejarte. Pero aquí estoy, cariño. Tu hombre ha venido finalmente.

Sacó una silla y se sentó a la mesa. Limpió el hule de color rojo y amarillo con la manga y alargó el brazo hacia la cocina donde había una sartén llena de percas de boca llorona. Mientras con una mano se servía el pescado, con la otra cogió la cafetera y se puso café en una taza. Cuando terminó, abrió el horno y sacó un puñado de bollos. Mientras hacía esto, Singing Sal sencillamente se quedó mirando como si acabara de despertarse de una larga siesta.

—Vaya, pues eres una cocinera excelente, querida —dijo Buck—. Vaya, vaya. Saldría a cortejar todas las noches si pudiera encontrar una cena tan buena como estas percas y estos bollos calientes.

Después de que Buck engullera un pedazo de pescado y un bollo entero, Sal se recompuso y agarró la escopeta del suelo, donde la había tirado después del primer disparo. La levantó, apuntó a Buck y cerró un ojo. Buck apartó la mirada de ella y tomó otro pedazo de perca.

—Querida, cierra esa puerta y deja que el frío se quede afuera —le dijo mientras se servía otra taza de café—. No me gusta notar corrientes de aire en la nuca mientras estoy sentado cenando.

Sal levantó un poco la cabeza para oír lo que le estaba diciendo y luego ajustó la mira de la escopeta. Para entonces sus brazos se movían tanto que ya no era capaz de apuntar. Temblaba de tal manera que no era capaz de sostener el arma, así que puso la escopeta derecha. Después de descansar un minuto soltó el percutor y guardó la escopeta debajo de la cama.

—¿De dónde vienes? —le preguntó a Buck.

—Cariño, te he dicho que vengo del pantano, donde corto cipreses durante toda la semana —dijo—. Si hubiera sabido lo bien que se está aquí, no habría esperado al sábado para venir. Habría venido mucho antes, cariño.

Se sirvió más pescado y café caliente. Los bollos habían desaparecido todos, la bandeja entera. Con los dedos buscó migas en el hule.

Singing Sal caminó hasta detrás de la silla y se lo miró de arriba abajo. Él no le prestaba atención. Ni siquiera dijo nada hasta que terminó de comer todo el pescado frito que quiso.

Luego apartó la mesa, se limpió la boca y levantó el brazo. Lo alargó hasta coger a Sal por la cintura y se la acercó. Abrió sus piernas y se la puso entre ellas. Entonces se la volvió a mirar de arriba abajo.

—Eres estupenda como esa perca y esos bollos calientes que acabo de comer, cariño —dijo—. Vaya, vaya.

Hizo que se sentara en su regazo. Entonces se la acercó y la besó en la boca con todas sus fuerzas.

Sal levantó el brazo más cercano a él y con la mano le dio en toda la cara. Él se rio de ella. Ella levantó el otro brazo, pero su puño rebotó en la cara de Buck como si esta fuera una pelota de goma.

Buck alargó las manos para acercar a Sal. Entonces ella atacó con ambos puños,

las rodillas y con la tapa de hierro de la sartén. Buck cayó al suelo al recibir el golpe de la tapa. Sal aterrizó encima de él y le golpeó con todas sus fuerzas con la tapa y con la pava, una en cada mano. La pava se rompió y los pedazos volaron por toda la habitación. Buck se arrastró por el suelo y ella lo golpeó con la sartén, la cafetera y con la encimera de la mesa. Eso parecía suficiente para acabar con él, pero Buck seguía con ganas de cortejarla. Alargó la mano para tirar de Sal hacia él y ella lo golpeó en la cabeza con la puerta del horno.

Sal había estado moviéndose como un gato con el pelaje quemándose y apenas le quedaba aliento. Se tambaleó hacia atrás y descansó contra los pies de la cama, toda deshecha.

Estaba jadeando y resoplando y no sabía qué más coger para golpear a Buck. Le parecía que no servía de nada golpearlo porque todo rebotaba en él como en una pared de ladrillos. Jamás había visto un hombre así. No sabía que existieran hombres como él.

—Cariño —dijo Big Buck—, qué ardiente eres. Eres mi tipo de mujer. Vaya, vaya.

Alargó la mano y la agarró. Apenas se movió y él tiró de ella. Estaba como un poste clavado en la tierra, así de rígida estaba cuando él intentó moverla. La volvió a agarrar y ella le cayó encima como un saco de maíz. Rodó por el suelo y los brazos y piernas se movieron como si estuviera tratando de espantar abejas y avispones. Buck la asió con fuerza y ella rodó hasta quedarse boca arriba. Así se quedó, como si nunca hubieran peleado. Sus ojos se encontraron con los de él y si hubiera sido un gatito habría ronroneado.

—¿Qué te han parecido mi pescado frito y las galletas calientes, Buck? —preguntó lentamente—. ¿Qué te han parecido?

—Tremendamente buenos —dijo—. Nunca he comido nada tan delicioso.

El viento casi cerró la puerta. Tan solo se podía ver por una rendija estrecha. Jimson y Moses se levantaron y miraron la luz amarilla que brillaba en la rendija. Después regresaron a la abertura de la valla y salieron a la carretera. De vez en cuando podían oír la risa sonora de Sal. Se sentaron en la cuneta y esperaron. No había nada más que hacer.

Esperaron durante mucho tiempo hasta que Big Buck salió de la casa. La luna había salido y ya había cruzado medio cielo. El rocío se había depositado encima de ellos y tiritaban como si hubieran caído en el arroyo.

Se levantaron de un salto cuando oyeron a Buck tropezar con la pila de leña y cruzar la abertura de la valla de madera.

La luz amarilla que salía de la casa alumbraba todo el patio. Sal estaba de cuclillas tras la puerta. Solo la cabeza asomaba.

—¿Por qué estáis aquí, muchachos? —dijo Buck—. Vámonos.

Empezaron a descender la colina. Big Buck iba por delante y Jimson y Moses corrían detrás de él tratando de seguirle.

Habían bajado la mitad de la colina y Buck no había dicho una palabra desde que dejaron la casa. Jimson y Moses corrían a su lado, tratando de seguir sus pasos para poder oír lo que tuviera que decir sobre el cortejo de Singing Sal. Cualquiera que hubiera ido a casa de Sal y la hubiera cortejado, seguro que tenía un montón de cosas que explicar.

Esperaban oírle decir algo en cualquier momento. De bajada ya no les costaba tanto seguirle el paso.

Cuando llegaron abajo, donde la carretera cruza el arroyo, Buck se detuvo y se dio la vuelta. Miró colina arriba, donde vivía Singing Sal, y dio un largo suspiro. Jimson y Moses lo rodearon para poder escuchar cualquier cosa que tuviera que decir.

—Esas percas son las mejores que he comido en toda mi vida —dijo Big Buck lentamente—. Vaya, vaya. Ese pescado frito y esos bollos calientes son lo mejor que he comido nunca. Vaya, vaya. Esa muchacha sí que sabe cocinar.

Big Buck se subió los pantalones y cruzó el puente. El camino hasta el pantano era largo y el sol estaba a punto de salir.

—Vaya, vaya —dijo poniéndose de nuevo en marcha.

Jimson y Moses corrieron a su lado, haciendo lo posible por seguirle el ritmo.

HANDY

Nadie sabía de dónde venía Handy ni nadie sabía adónde iría cuando se fuera, pero si no hubiera matado al abuelo Price, se podría haber quedado otros diez años o más.

El abuelo Price era un viejo malhumorado y durante todo el día no hacía más que alborotar y ver defectos en todo. En cualquier caso, si lo hubieran dejado en paz, tampoco habría vivido mucho más.

Pero Handy golpeó al abuelo Price con un torno y el viejo murió esa misma noche. Handy tuvo que empaquetar lo poco que poseía y prepararse para ir a buscar otro lugar donde vivir.

—Deberías de haber tenido más sentido común —le dijo Harry Munford.

—El sentido común no ha tenido nada que ver —dijo Handy.

—Da igual. No ha estado bien.

—Un hombre no debería ser un alborotador redomado —dijo Handy—. Las personas que se pasan la vida construyendo cosas no ven todo el tiempo defectos en los demás.

—Aun así —dijo Harry—, no has debido hacerle eso al abuelo Price.

Uno podría pasarse un día entero contando las cosas descaradamente provocadoras que había dicho y hecho el abuelo Price en los últimos diez o quince años. Cuando ya no le quedaban más cosas de las que quejarse —como que no había suficiente salsa en el pollo, o que la crema era demasiado dulce— iba por ahí peleándose con quien fuera por la hora del día. A veces, si era la mañana, decía que debería ser mediodía, y cuando era mediodía, entonces debería ser el atardecer, y luego despotricaba y criticaba a todo aquel que dijera que el mediodía era tan buen momento como cualquier otro. Tan solo unos días antes de morir, fue detrás de Harry porque la chimenea no estaba a plomo. Esto indignó tanto a Harry que casi perdió los estribos.

—¿Y qué si no lo está? —le gritó al viejo.

—Pues que si no lo está, debería estarlo —dijo el abuelo Price. Harry estaba tan enfadado que ya había ido a por una plomada y la había soltado dentro de la chimenea. Esta estaba apenas inclinada un octavo de pulgada.

—¡Eso debería hacer que cerraras la boca de ahora en adelante! —le gritó Harry.

—No voy a cerrar la boca porque la chimenea no está a plomo y lo sabes bien. Se debería tirar abajo y construir de nuevo como Dios manda —dijo el abuelo Price.

—Por encima de mi cadáver —le respondió Harry.

El abuelo Price se quejó de que la chimenea no estaba a plomo durante el resto del día, despotricando incluso durante la cena y hasta que se fue a dormir. Llamó vagos, inútiles y chapuceros a Harry y a los Munford. Al día siguiente siguió a Harry por todas partes diciéndole que cualquiera que aceptara vivir con una chimenea que no estuviera a plomo no era un buen ciudadano.

—Cuanto más lo pienso, Handy, más me convenzo de que no deberías haberlo

hecho —dijo Harry—. Muchas veces he tenido ganas de coger un ladrillo o una palanca y hacerlo yo mismo, pero uno no puede ir por el mundo golpeando a los viejos de esta manera, aunque sean unos provocadores. La ley está en contra.

—No podía soportarlo más, señor Harry —dijo Handy—. Ahora me arrepiento, pero en aquel instante no pude evitarlo.

Handy había vivido con ellos diez o doce años. Cuando apareció en el patio la primera vez estaban en plena cosecha de algodón. Entró y dijo que buscaba algo que hacer. Era una época en la que Harry necesitaba recolectores de algodón. Se alegró de que apareciera alguien que quisiera trabajar. Harry estuvo encantado de poder contratar a Handy. Le dijo que pagaba sesenta céntimos por cada cien unidades en los campos.

Handy negó con la cabeza como si supiera exactamente lo que quería y recolectar algodón no lo era.

—No señor. Yo no recolecto algodón —dijo Handy.

—Pues ahora no necesito a nadie para otra cosa —le dijo Harry—. El algodón se está cayendo, estropeándose cada vez más rápido, y eso es lo único que me preocupa ahora.

—Uno siempre necesita algo nuevo, o algo fabricado con algo viejo.

—¿A qué te refieres?

—Yo hago cosas —dijo Handy—. Simplemente cojo algo que alguien ha tirado y lo convierto en algo útil. A veces, pero, hago cosas solo porque son bonitas.

Cogió un palo de madera de un pie de largo y dos o tres pulgadas de grosor. Nadie prestó demasiada atención a lo que iba a hacer y Harry se limitó a estudiarlo para ver si era un vagabundo. Le preguntó a Handy si alguna vez había trabajado en los campos y Handy le dijo que no. Le preguntó si había trabajado en los barcos de vapor fluviales y Handy dijo que no. En las fábricas de algodón. Nunca. Ferrocarriles. No. Harry sacudió la cabeza. Se dijo que Handy era un vagabundo. Handy raspó el pedazo de madera con una navaja y se lo entregó a Harry. Era la cuchara de madera tallada más fina que nadie había visto jamás. Parecía como si la hubieran lijado y pulido con esteatita. Y Handy la había hecho en el tiempo que había estado ahí de pie. Harry le dio la vuelta a la cuchara varias veces, la tocó, y sonrió a Handy. Cualquiera que fuera capaz de hacer algo así merecía una navaja mejor que la que Handy tenía. Harry se sacó la navaja del bolsillo y se la dio.

Nadie le volvió a mencionar lo de recolectar algodón en los campos. Handy se paseaba por el patio buscando algo durante un rato y luego iba a la parte trasera de la casa y miraba en el establo, en la leñera, en el cobertizo de ahumar y en el gallinero. Buscaba en todos los nidos de las gallinas y entonces empezaba a tallar huevos de bloques de madera que había encontrado en el establo. Eran suaves, marrones y a las gallinas ponedoras les gustaban más que ningún otro huevo.

Después de hacer seis o siete huevos encontró otra cosa que hacer. Nunca le preguntaba a Harry ni a nadie si estaba bien que hiciera o no tal cosa, ni si querían

que hiciera algo. Sencillamente hacía lo que le apetecía. Las sillas que hacía Handy eran las más cómodas de la casa, los arados los más sólidos de la granja y las veletas las más bonitas del lugar.

—El problema del abuelo Price es que no era como nosotros, Handy —dijo Harry—. La razón por la que tú y yo nos parecemos es que yo ansío ver los campos cultivados y tú ansias hacer cosas con las manos. El abuelo Price no sentía ese ansia. Todo lo que quería era ver los defectos en las otras personas.

Handy estaba triste y abatido. Sabía que tardaría mucho tiempo en encontrar un lugar donde la gente lo acogiera y le permitiera hacer cosas. Podría parar de vez en cuando, por supuesto, y construir un gallinero o una pocilga. Pero en cuanto la terminara le darían los restos de una comida o un par de viejos pantalones y le dirían que se fuera. Sabía lo mucho que le costaría encontrar a alguien que le dejara quedarse y simplemente fabricar cosas. Algunos le ofrecerían trabajo arando, en los campos, o trabajando en un barco de vapor. «Yo quiero fabricar cosas a partir de pedazos de madera», diría Handy. «Quiero construir cosas con las manos». La gente se alejaría de él y le cerrarían la puerta en las narices. No podía estarse quieto. Las manos empezaron a temblarle.

—¿Qué te pasa, Handy? —le preguntó Harry—. ¿Por qué tiemblas así? No dejes que lo que le ha pasado al abuelo Price te disguste.

—No es eso. Es otra cosa.

—¿El qué?

—Me va a resultar muy difícil encontrar otro sitio donde pueda fabricar cosas.

—No me gusta la idea de que te tengas que ir —dijo Harry—. De alguna manera no me parece justo. —Le dolía tanto pensar que Handy tuviera que irse que trató de no mirarle a la cara—. Pero —dijo—, el *sheriff* me pondrá las cosas difíciles si no le explico lo que ha pasado. —Ya había pasado un día desde que había muerto el abuelo Price y tenía que decirle al *sheriff* lo que había pasado antes de poder enterrar al abuelo Price en el cementerio—. Pero no quiero hacerlo —dijo Harry con tristeza—. Eso significa que tendrás que irte, Handy, y antes que dejar que el *sheriff* te encuentre cuando venga te sacaría de mi casa mil veces.

A Harry le dolía tanto el asunto que no pudo quedarse sentado mirando a Handy. Se levantó y se fue.

Cuando regresó, Handy no estaba. Pero vio su cabeza apareciendo y desapareciendo tras la verja del establo y se sintió aliviado. Al cabo de un rato se metió en la casa para ponerse unos pantalones y una camisa limpios. Tenía que cambiarse para ir al pueblo. Pero no había nada que le impidiese tomarse todo el tiempo del mundo. Estuvo un rato mirando dos o tres pares de pantalones antes de decidirse por unos. Le gustaba tener a alguien como Handy en la casa, porque siempre estaba haciendo algo, o preparando algo. Eso era algo que le gustaba de Handy. Era como los niños cuando vuelven a casa del colegio, o de vacaciones. Estaban siempre ocupados jugando, o trabajando, cada minuto que estaban

despiertos. Pero tenía miedo de que cuando crecieran acabaran siendo como el abuelo Price. Que se pasaran el rato viendo los defectos en los demás.

Cuando Harry salió finalmente al patio ya era última hora de la tarde.

—No me gusta ir al pueblo a esta hora del día —dijo mirando hacia el establo donde estaba Handy, luego al cielo, y luego de nuevo al establo—. Significaría que tendría volver después de anochecer.

Harry dio vueltas por la casa, luego por el jardín varias veces, y finalmente se fue al patio de delante del establo. Se preguntaba qué era lo que Handy estaba haciendo allí. Había visto varias veces a Handy salir por la puerta del establo, tirar restos y virutas, y luego desaparecer adentro de nuevo.

Pronto anocheció y no volvió a ver a Handy hasta el día siguiente. Handy estaba en la mesa tomando el desayuno cuando Harry entró y se sentó junto a él.

—¿Qué es esto? —preguntó Harry, levantándose de un salto.

—Es un pequeño regalo para el abuelo Price —dijo Handy.

—Pero el abuelo Price está muerto...

—Solo lo he hecho para ponérselo en el cuello cuando lo entierren —dijo Handy—. Siempre he querido hacer algo para él, pero pensaba que si estuviera vivo solo vería defectos, así que lo he hecho todo mal para satisfacerle.

Era una cadena de madera de dos pies de largo. Cada eslabón era del tamaño de una uña y cada uno era un objeto distinto. Handy había tallado la cadena de principio a fin la tarde anterior y durante toda la noche.

—Si el abuelo Price estuviera vivo le habría hecho tanta gracia que no le habría encontrado defectos, Handy. Tal cual, creo que nunca he visto un regalo más bonito.

Harry se sentó y cogió la cadena para mirarla más de cerca. El primer eslabón era una silla en miniatura que tenía tres patas más cortas que la cuarta.

—Nunca habría pensado que nadie excepto yo recordaría esa vez que el abuelo Price se quejó tanto de una silla que tenía una pata más corta que las otras. Yo dije que una pata era más corta. El abuelo Price dijo que tres eran cortas y una larga. Esa había sido hasta entonces la mayor pelea que tuvimos, ¿no es así, Handy?

Handy asintió.

Harry se inclinó a ver los otros objetos. Uno era un pedazo de cielo con el sol y las estrellas brillando al mismo tiempo. Otro era una foto en un marco que parecía estar al revés, se mirase como se mirase.

Handy empujó la silla hacia atrás y se levantó.

—Esto es algo demasiado bonito para poner en una tumba —dijo Harry—. Sería un pecado enterrar esto en el suelo donde nadie nunca más lo pueda volver a ver.

—Lo he hecho para que cuelgue del cuello del abuelo Price —dijo Handy—. Por eso lo he hecho.

—Bien —dijo Harry moviendo negativamente la cabeza—, en ese caso... Supongo que tienes derecho... Pero es una pena...

Handy salió de la cocina, bajó los escalones y cruzó el patio en dirección al

establo. En cuanto entró en él disparó su escopeta.

Harry se levantó de un salto con la cadena del abuelo Price en la mano.

—¿Por qué habrá disparado Handy? —dijo.

Miró por la ventana un minuto y luego se dirigió al establo.

Cuando volvió lo hizo moviéndose lentamente. Estaba triste, pero en su mirada había algo más. Al cabo de un rato se sentía tan bien que sonrió. «Ahora Handy no tendrá que irse, después de todo». Su sonrisa ocupó toda la cara. «Si Handy estuviera vivo nunca más lo habría visto», se dijo. Caminó hacia el porche y empezó a mirar la cadena, sosteniendo un eslabón y estudiándolo y tocándolo y luego pasando a otro eslabón.

—El abuelo Price puede ir al cementerio si quiere —dijo en voz alta—, pero a Handy lo enterraremos aquí mismo, en el patio trasero.

Tocó la cadena con los dedos de ambas manos y la sostuvo en alto para verla a la luz del sol.

—Quiero tenerlo cerca —dijo.



ERSKINE CALDWELL (White Oak, Georgia, 1903 - Paradise Valley, Arizona, 1987), escritor estadounidense, hijo de un ministro de la Iglesia Presbiteriana, estudió en la Universidad de Virginia sin llegar a graduarse. En 1926 se trasladó a Maine y allí empezó a escribir para periódicos y revistas. En sus libros manifestó su preocupación por las miserables condiciones de vida de los campesinos sureños, a la vez que denunciaba el racismo, la violencia de género y los prejuicios de clase de aquella sociedad. En 1936 se casó con la fotógrafa Margaret Bourke-White. De sus obras, entre ellas *El camino del tabaco* (1932) y *La parcela de Dios* (1933), se habían vendido hacia 1940 más de dieciocho millones de ejemplares. En ellas se describen con humor y erotismo la miseria, la violencia y el racismo de los blancos pobres del Sur.

Notas

[1] *March*, «marzo», en inglés (N. de la T.). <<